

A romantic couple is shown in a close embrace, their faces nearly touching. The woman is on the left, wearing a light-colored top, and the man is on the right, with his hand near her face. The background is a soft-focus landscape of rolling hills and trees under a sunset sky with warm, golden light. The overall mood is intimate and tender.

*Donna Kenci*

*Cuando no  
te tengo*

Cuando no te tengo  
**Donna Kenci**

Título: Cuando no te tengo

1ª Edición: Marzo, 2020

© Donna Kenci, 2019

Diseño de portada: Esther Ortiz

Imágenes de portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para Rocío.  
Por acompañarme en esta locura.  
Por creer en Leo y Ani desde el principio.*

# Contenido

[Cuando no te tengo](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Epílogo](#)

# Prólogo

~Ana~

*Septiembre de 2011*

—Ana, ¿te queda mucho? Venga, cariño, que al final llegaremos con demasiado retraso.

El espejo devolvió la imagen de una joven vestida de novia y bañada en llanto, con un surco de lágrimas negras cruzando por sus mejillas. Esa era yo. Apenas quedaba rastro de los cosméticos con los que me habían maquillado una hora antes.

—Ya salgo, mamá.

Ese día debía ser el más especial de mi vida, sin embargo, no podía parar de llorar. A mi mente acudía una y otra vez el recuerdo de la noche anterior, la que lo cambiaba todo.

Cuando cerraba los ojos para convencerme de que no había ocurrido, solo veía su rostro, su mirada ardiente mientras me susurraba lo mucho que me necesitaba. El calor de sus manos recorriendo mi cuerpo, sus interminables besos, su sabor, el aroma de su piel...

—*No te cases con Enzo —me suplicaba a la vez que me apretaba entre sus brazos—. No quiero perderte otra vez.*

*Su mirada de anhelo me nublaba los sentidos, y al posar mis manos en su pecho, él tembló.*

—*Leo, no podemos...*

*Su voz aterciopelada y ronca atormentaba mi cerebro.*

—*No soy nadie cuando no te tengo, Ani.*

Presioné mi cabeza con las dos manos, pero no sirvió de nada. Las imágenes de nuestra noche de amor se sucedían como diapositivas y no cesaban.

Me costaba respirar.

¿Cómo iba seguir mintiéndome a mí misma? Había intentado olvidarlo una y mil veces, pero era inútil, nunca dejaría de querer a Leo. Me enamoré de él siendo una adolescente, y mis sentimientos persistían con el paso de los años, aunque yo lo negara una y otra vez.

—Leo... —susurré en voz alta.

Era demasiado tarde, por mucho que yo lo amara todavía, y a pesar de que en el fondo ya lo hubiera perdonado. Nuestra historia era imposible, por mi culpa, por la suya. En ese instante de confusión, quise salir corriendo para refugiarme en sus brazos y marcharme con él, pero el dolor me lo impedía, y lo más importante, no podía hacerle eso a Enzo.

Sentí una punzada en el pecho.

Enzo no se lo merecía. Él siempre estuvo a mi lado. Me cuidaba, me protegía y me demostraba un amor incondicional. Mi amigo, mi compañero. Sin embargo, nunca despertó en mí la misma pasión desgarradora que su hermano. Por mucho que lo quise, no conseguí amarlo con la misma intensidad que a Leo.

En ese momento tomé una decisión. No seguiría engañando a Enzo y negando los dictados de mi corazón. Sabía que le haría daño al dejarlo plantado en nuestro día más importante, pero no era justo continuar con esa farsa que nos destruiría la vida a ambos.

Nunca debí llevarlo tan lejos.

Yo era la responsable y, por tanto, le pondría punto y final sin más demora. Tenía que salir de allí cuanto antes, aunque eso significara que tampoco volvería a ver a Leo. Sí, eso era, me marcharía de sus vidas para siempre y sin lastimar a nadie más.

—Cálmate, Ana. Todo irá bien —le dije a mi reflejo—. Es hora de enmendar tus errores.



# Capítulo 1

## Cómo hemos cambiado

~Ana~

*En la actualidad*

A través de la ventanilla observaba de reojo el paisaje que tantos recuerdos evocaba en mi memoria. Un pequeño conjunto de casitas rurales apareció entre las colinas y mi corazón dio un vuelco. Hasta ese instante no fui consciente de cuánto me removía por dentro aquella pequeña aldea.

Acaricié el cristal sin dejar de sujetar el volante y suspiré. Casi todos los momentos más felices de mi vida habían sucedido allí, pero también algunos de los más dolorosos.

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

No, no iba a estropear esa maravillosa oportunidad con pensamientos negativos. Delante de mí estaba mi futuro, ese que tanto tiempo llevaba esperando, y lo iba a encarar con optimismo.

—Mami, ¿eso es Canaleja?

—Sí, cariño. Ya casi estamos. —Extendí mi mano hacia atrás y ella la entrelazó con fuerza—. Ya verás, te va a encantar.

—Sí, sí, pero ¿podré bañarme en la piscina cuando lleguemos?

Solté una carcajada, me había preguntado lo mismo cada media hora durante todo el viaje.

—Primero tenemos que deshacer el equipaje e instalarnos. Además, Emilia tiene muchas ganas de conocerte. ¿No quieres verla antes?

Sofía protestó por lo bajo y chasqueó la lengua.

—Seguro que Emilia no se enfada conmigo y te ayuda con las maletas, ¿no dices que es tan buena?

Levanté una ceja y la observé por el retrovisor. Era mi debilidad, sobre todo cuando me miraba con sus profundos ojos oscuros, tan idénticos a los de su padre.

—Qué bicho eres... Vaaale, te llevaré a la piscina en cuanto lleguemos.

Su padre. Algo que nadie debía sospechar y lo que más me preocupaba de nuestra llegada a la aldea. Antes que nada, tenía que asegurarme de que nadie hiciera conjeturas.

—Nena, tienes que hacer algo importante por mamá —le pedí a Sofía.

—¿El qué, mami?

—¿Recuerdas que siempre te digo que no hay que mentir?

—Claro —rio.

—Bien, pues mientras estemos en Canaleja debes contar una mentira pequeñita y no puedes equivocarte, ¿de acuerdo? Es importante que lo recuerdes.

Sofía me miró asombrada.

—¿En serio? —preguntó como si se tratase de un juego.

—Sí, cariño. —Inspiré con fuerza y continué—: Si alguien te pregunta por tu edad, contestarás que tienes cuatro años. ¿Lo entiendes?

—Pero tengo cinco —afirmó, confusa.

—Lo sé, pero dirás que tienes cuatro. Será nuestro secreto, ¿vale?

—¡Cómo mola! ¡Un secreto! —jaleó—. No te preocupes, lo haré.

—Así me gusta —le dije aliviada.

Continué deleitando mi vista con los tonos marrones y verdes de los campos que se extendían a nuestro paso, esas preciosas campiñas tan típicas de Castilla la Mancha que había echado tanto en falta. Estaba tan concentrada que, apenas sin darme cuenta, tomamos el cruce que llevaba hasta la carretera de entrada de la aldea.

Canaleja se había congelado en el tiempo a simple vista. La pequeña aldea, situada a cinco kilómetros de Alcaraz, seguía teniendo el mismo encanto que la primera vez que la vi. En aquel entonces me pareció más grande y misteriosa, como un pueblo fantasma repleto de edificios abandonados, rodeada de campos de cultivo y donde menos de una veintena de personas convivían durante todo el año, casi todos ellos ancianos. Sin embargo, en los periodos vacacionales, las calles se llenaban de familiares y de niños que correteaban jugando entre las ruinas y caserones deshabitados, dando vida al lugar.

En ese instante me percaté de los pequeños cambios que se habían producido, como el asfaltado de algunas carreteras, o la recién pintada iglesia, que años antes lucía menos cuidada, pero con idéntico misticismo.

Miré hacia el frente y descubrí las modernas construcciones que se alzaban entre las antiguas residencias. Un complejo de apartamentos rurales destacaba por sus bonitos colores, y al fondo localicé el nuevo hotel Canaleja Resort, el lugar donde yo trabajaría a partir de ese momento, que suponía la gran oportunidad que estaba esperando para demostrar mi valía como chef.

En efecto, la aldea continuaba perenne, pero yo ya no era la misma chica inocente con mil sueños por cumplir. La vida me había llevado por otros caminos y ahora era una madre con los pies en la tierra, dedicada en cuerpo y alma a mi hija y a mi profesión.

No hizo falta buscar a Emilia, en cuanto entramos por el camino principal de Canaleja, ella nos esperaba frente a la puerta del caserón de mi madre.

Los años no habían pasado por Mili, su apariencia era la misma, con su tirante y austero moño teñido de blanco por las canas, su vestimenta negra de riguroso luto y su dulce sonrisa, que contrastaba con la dureza de su aspecto.

—¡Mi niña bonita! —Me envolvió en sus brazos con tanto amor que me sentí en casa y mi inseguridad se esfumó por completo.

No la veía desde que me marché dejando a su nieto menor en el altar. Temía y ansiaba ese reencuentro a partes iguales. Por un lado, me aterraba que pudiera odiarme por lo ocurrido seis años atrás, pero por otro lado, la echaba tanto de menos que dolía. Era una segunda madre para mí, pues siempre me consideró un miembro más de su familia sin distinciones y me trataba con el mismo cariño que a sus nietos Leo y Enzo.

—Qué ganas tenía de verte, Mili.

—¡Hola! —Una vocecita atrajo su atención y Emilia se agachó con el rostro iluminado.

—Esta preciosidad tiene que ser Sofia, ¿no es así? —La apretó contra su pecho y comenzó a darle besos sonoros en la mejilla—. ¡Pero qué guapa! Eres más bonita de lo que tu abuela me ha contado. Y te pareces muchísimo a tu madre.

—Gracias —contestó mi pequeña con timidez.

Mili separó a la niña un poco para observarla con detenimiento y todo mi cuerpo se puso

rígido. Era imposible descubrir lo que ocultaba, pero si alguien tenía la capacidad para darse cuenta, esa era ella, que continuaba mirando a Sofía con curiosidad.

Rompí la tensión del momento agarrando de la mano a mi hija y tiré de ella con suavidad.

—Ven, ¿quieres ver la casa de la abuela Rosa?

—Bueno. Jo, mami, pero antes me has dicho que podría ir ya a la piscina.

Emilia sonrió y abrió la puerta del caserón, que chirrió por la falta de uso.

—Ya me parecía a mí, eres idéntica a tu madre cuando tenía tu edad, e igual de impaciente — dijo Emilia entrando en la vivienda, para acto seguido abrir todas las ventanas del gran comedor.

—Bueeno, vamos a por las maletas y buscaré tu bañador, ¿vale? —contesté con la mirada puesta en la sala—. No lo puedo creer, todo está igual que cuando lo vi por última vez.

Salí para introducir el equipaje en el edificio y luego recorrí la estancia, empapándome de cada rincón, acariciando cada objeto.

Mi madre heredó la finca cuando mi abuela falleció y yo era tan solo una adolescente. Fue el hogar de su familia durante varias generaciones y ella me contagió el amor que sentía por ese lugar; por eso, cada vez que mis padres conseguían unos días de descanso en el trabajo, nos trasladábamos desde Madrid para disfrutar de la paz que nos concedía esa casa. No se trataba de una simple residencia de verano, para nosotros se convirtió en nuestro refugio particular.

El interior era sencillo y rústico, pero a mí me encantaba. Los altos techos con vigas de madera le daban un aire campestre a la par que elegante, con amplias habitaciones decoradas con muebles de nogal macizo y todo tipo de utensilios antiguos, que habían pasado de mano en mano durante décadas.

—Tu madre me encargó que cuidara de ella durante su ausencia —contó Emilia, con una sonrisa satisfecha en la cara—. Cada semana abro todas las ventanas para que se ventile bien y no salgan manchas de humedad, sobre todo en invierno, que ya sabes cómo se inunda todo de nieve cuando llega el mal tiempo.

Me acerqué a ella y la abracé con emoción.

—Gracias, Mili.

—Anda, anda, lo hice gustosa. —Sus ojos se empañaron y carraspeó antes de continuar hablando—: ¿Quieres que me lleve a la niña al hotel para que se dé un baño en la piscina? Así podrás deshacer el equipaje tranquila y descansar un rato.

Sofi comenzó a brincar por la habitación, entusiasmada con la idea.

—¡Sí! ¡Por favor, mamá, déjame ir con Emilia!

Dudé antes de contestar.

—Vale, pero solo si me prometes que te portarás bien y harás todo lo que te diga Mili.

—Te lo prometo.

—De acuerdo, pues. Me reuniré con vosotras en el hotel, en cuanto termine aquí.

Al poco rato, las dos se marchaban dejándome a solas con mis recuerdos. Estar en ese lugar había despertado la nostalgia que guardaba en el rincón más oscuro de mi corazón y que nunca me permitía sacar a la superficie.

Tardé un par de horas en dejar las cosas en orden, pero como no estaba cansada, decidí dar una vuelta por la aldea antes de reunirme con Sofía y Emilia.

De manera automática mis pies me condujeron hasta el lugar donde comenzó todo, la explanada que los chicos utilizaban para jugar al fútbol... donde lo conocí tantos años atrás.

## Capítulo 2

### Entre mis recuerdos

~Ana~

*Verano de 2000*

—¡Leo! ¡Enzo! Venid aquí un segundo.

Dos chicos se acercaron corriendo desde el campo de fútbol improvisado. Uno era alto, llevaba el pelo castaño despeinado y más largo de lo habitual. El otro, un poco más bajo, tenía el cabello rubio perfectamente colocado, como si se hubiera echado gomina para que no se moviera con el ejercicio físico. Los dos me observaron con intriga.

—Esta es Ana, la nieta de Rosa. —La mujer me empujó con suavidad para que me adelantara unos pasos—. Ha venido con sus padres y pasará todo el verano aquí. —Me revolvió el pelo con afecto y continuó—: Anda, sed buenos y jugad con ella.

—Hola, Ana. —Fue Enzo, el chico del pelo claro, quien se dirigió a mí—. ¿Vienes con nosotros? Estamos jugando con el balón.

—Vale —contesté un poco avergonzada.

Miré a Emilia, quien me animó para que fuera con sus dos nietos, ya que según ella en esos momentos debía estar con otros niños y no con los mayores. Tras dudar durante un instante, le hice caso y me marché detrás de ellos, aunque poco convencida.

Eran días difíciles para mí. Mi abuela había fallecido dos semanas atrás y todos estaban tristes a mi alrededor. Llegamos a Canaleja para que mis padres se hicieran cargo de la finca que mi abuela les había legado, pero mi madre quiso quedarse todo el verano para hacer algunos arreglos, recuperarse y descansar de la ruidosa ciudad.

—Esos que están allí son Pablo, Irene, Tomás, Marta, Rafa y Alicia —me contó Enzo, señalando al grupo de niños a los que nos aproximábamos.

Todos me recibieron con los brazos abiertos y consiguieron que me sintiera parte de la pandilla desde el principio. Nos divertimos, hablamos sin parar y pronto comenzamos a forjar unos lazos de amistad, que años más tarde comprobaría que eran para toda la vida.

Solo uno de ellos parecía reacio a dirigirse a mí, se mantenía distante, me ignoraba y ni tan siquiera me miraba: Leo. Me fastidió bastante que no me hiciera caso, pero llegué a la conclusión de que era un niño consentido, pijo y tonto, así que decidí actuar igual que él: lo ignoré por completo.

Las semanas transcurrían deprisa entre risas y juegos, que me ayudaban a no pensar en la repentina muerte de mi abuela.

La tarde en la que todo comenzó, jugábamos al escondite por las calles de la aldea, aprovechando que el sol ya no pegaba tan fuerte y corría una suave brisa. Le tocaba el turno de buscarnos a Pablo y él era el más rápido, por lo que tuve que hacer un esfuerzo para ocultarme bien. Intenté trepar por el pequeño muro de una casa deshabitada que llegaba a la altura de mis

hombros, pero al apoyar el pie derecho en un hueco de la pared, resbalé y caí. Al instante distinguí una sombra alargada a mi lado, levanté la vista y sorprendida descubrí el brazo extendido de Leo, quien tiró de mí para levantarme.

—¿Estás bien? —preguntó con cara de preocupación.

Lo miré ceñuda, extrañada de que me dirigiera la palabra.

—Ah, pero si sabes hablar... —respondí airada—. Sí, estoy bien.

Malhumorada, me sacudí la tierra de la ropa.

—Te has hecho sangre —dijo señalando mi rodilla.

Bajé la mirada y vi que tenía un gran reguero rojo a lo largo de la espinilla.

—No es nada. —Lo miré con enfado y fingí indiferencia, aunque en realidad comenzaba a doler bastante.

—No seas tonta, ven. —Agarró mi muñeca y me instó a andar detrás de él—. Avisaré al resto de lo que te ha pasado y luego iremos a la fuente para limpiarte la herida.

Asentí sin volver a rechistar porque cada vez era más fuerte la quemazón de mi rodilla.

Lo observaba de reojo mientras me limpiaba la rozadura con sus manos mojadas. No comprendía su cambio de actitud conmigo, no me había hablado durante semanas, sin embargo, en ese instante me estaba cuidando con devoción. Qué chico tan peculiar, además con ese acento extraño...

—¿Por qué hablas tan raro? —le pregunté, curiosa.

Me ayudó a meter la pierna en el chorro de agua fría, que alivió mi escozor al momento.

—¿Hablo raro? Pues no sé a qué te refieres —dudó—. Puede ser porque soy italiano. Mi padre es español, pero Enzo y yo vivimos con él en Roma, donde nacimos.

Me sorprendí.

—Vaya, Italia está muy lejos. ¿Y qué hacéis en Albacete?

—Todos los años venimos a pasar el verano con mi abuela —me dijo sonriendo—. A mi padre no le gustan las vacaciones, siempre está trabajando, así que le hacemos un favor porque de esta forma no tiene que ocuparse de nosotros.

Me quedé callada, pensando en lo que me acababa de contar sobre su padre, y de pronto sentí una punzada de culpabilidad por haberme mostrado tan arisca, cuando él solo trataba de auxiliarme. No parecía un mal chico, en verdad. Quizá me había equivocado al juzgarlo.

—Gracias por limpiar mi herida, Leo. —Mi voz fue apenas un susurro.

—De nada. —Volvió a sonreír y aparecieron dos hoyuelos en sus mejillas—. Si quieres podemos ir a casa de mi abuela para que te ponga una venda, porque el corte no deja de sangrarte.

Me encogí de hombros.

—Vale —acepté, agradecida.

Emprendimos el camino hacia casa de Emilia en silencio. Leo me sacaba una cabeza de altura, pero era normal, ya que tenía casi dos años más que yo. Lo cierto es que era guapo, con su pelo castaño, su nariz perfecta y esos grandes ojos oscuros.

—Yo... me enteré de lo que le ha pasado a tu abuela —soltó él de repente.

Mi rostro se puso serio y noté que se formaba un nudo en mi garganta.

—Era muy buena conmigo —le dije, volviendo la cara para que no viera mi expresión.

Leo se rascó la coronilla, parecía que dudaba si seguir con esa conversación o no, pero finalmente lo hizo.

—No te avergüences, yo también me pongo triste cuando me acuerdo de mi madre.

—¿Tu madre? —pregunté, sorprendida.

Asintió despacio con la cabeza.

—Murió hace tres años.

Giré la cara y lo miré a los ojos.

—Lo lamento mucho. —Le apreté el brazo para hacerle ver que de verdad lo sentía, y él me sonrió con dulzura, aunque su mirada era compungida.

Continuamos nuestro camino callados, hasta que Leo, cabizbajo, rompió el silencio:

—¿Sabes qué hago cuando estoy triste y me acuerdo de mi madre?

—¿Qué haces? —le interrogué.

Sacó unos cascos de su bolsillo y me ofreció uno de ellos.

—Oigo a sus grupos de música favoritos. ¿Conoces a Bon Jovi o Guns and Roses?

—No, no sé quiénes son —dije, poniéndome el auricular en la oreja.

—Escucha.

Se pegó a mi lado, pasándome un brazo por los hombros y juntamos las cabezas para que llegara el cable que colgaba entre los dos. Y entonces comenzaron a sonar los primeros acordes de la canción *In these arms* de Bon Jovi.

—¡Qué pasada! —grité emocionada con la melodía—. Me gusta.

Leo se echó a reír.

—Me caes bien —afirmó—. Eres la primera chica que conozco a la que le gusta esta canción.

Lo miré de soslayo, y no sé si fue ese el instante en que me enamoré de él, pero lo que sí tuve claro es que nunca lo podría olvidar.

## Capítulo 3

### Volverte a ver

~Leo~

*En la actualidad*

—De acuerdo —concedí—. Pero no te olvides de preparar los contratos de los camareros.

Sujeté el auricular con el hombro para poder retirar la cortina de la ventana y vigilar la terraza, por si aparecía ella; mientras conversaba por teléfono con Jaime, uno de mis gestores en España.

—Cuenta con ello —me dijo—. Mañana mismo te los envío. Por cierto, sigue en pie la invitación. Si te apetece puedes quedarte en mi piso, allí tendrás más privacidad que en la suite.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero ya sabes que prefiero quedarme en el hotel —le aseguré—. Además, tendrías que ver la habitación de lujo, no le falta un solo detalle. Es enorme. De verdad, tengo todo lo que necesito aquí. No te preocupes.

—Bien, como prefieras, pero si precisas de cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

Volví a echar una ojeada por el cristal.

—Gracias, Jaime. Te tomo la palabra —manifesté, observando distraído la escena que sucedía en la terraza de la piscina.

—Cuídate, Leo. Hasta otra.

Sonreí sin dejar de mirar por el ventanal.

—Igualmente, *ciao*.

Colgué. Estaba inquieto, andaba de un lado a otro del despacho y mi mente no paraba de imaginar cómo sería su reacción cuando me viera. ¿Se enfadaría? ¿Se alegraría? ¿Le causaría indiferencia? Esto último era lo que más temía.

Quizá no era tan buena idea contratarla para este trabajo sin decirle que la empresa me pertenecía, pero de haberlo sabido lo más probable es que no hubiera aceptado.

Solté un largo bufido.

—Me estoy volviendo loco —susurré para mí.

No la culpaba. Ella siempre quiso luchar por nuestra relación, pero fui yo quien no supe valorar su lealtad incondicional. Yo la abandoné. Pero cuando me di cuenta de mi error y quise recuperarla, ya era demasiado tarde. Entonces Ana se marchó sin volver la vista atrás. Se esfumó durante seis años sin dejar rastro, sin darme la oportunidad de demostrarle que no podía vivir sin ella, que me arrepentía de todo lo ocurrido en el pasado, que estaba decidido a confesarle a Enzo lo que aún sentía por ella, y que nunca cometería más equivocaciones. Pero claro, esperar hasta el día antes de su boda con mi hermano para revelarle que nunca dejé de quererla, tampoco fue la mejor de las ideas.

Se marchó, la busqué durante cinco años, pero la única información que logré averiguar fue que vivía en Londres, que estaba empleada en un pequeño restaurante y era madre de una niña, algo que me rompió el corazón porque siempre quise ser el padre de sus hijos. Tampoco podía sentirme así, pues era lógico que rehiciera su vida.

No me quedaban esperanzas, aunque cuando supe que había vuelto a España sola con su pequeña y que buscaba trabajo, no lo dudé. Esta vez no la dejaría escapar.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Una de las recepcionistas se asomó sin entrar en la oficina.

—Señor Soler, vengo solo para avisarle de la llegada de la chef Ana Hernández, tal y como me pidió —me dijo, solícita.

—Gracias, Begoña.

—¿Quiere que le enseñe las instalaciones? —preguntó.

—No te preocupes, yo mismo bajaré a recibirla.

—De acuerdo. Si necesita cualquier cosa, avíseme —se despidió.

Asentí con la cabeza, agradecido, y acto seguido Begoña se marchó.

Miré por la ventana y observé a la niña que jugaba despreocupada con mi abuela en el borde de la piscina. Su hija. Era tan parecida a Ani que mi corazón se saltó un latido cuando la vi.

Ana y su pequeña habían vuelto solas a España, pero dudaba si su corazón estaba libre. ¿Y si continuaba enamorada del padre de la pequeña? Rosa aseguró a mi abuela que estaba soltera, y que nunca le había dado a conocer la identidad del padre, pero ¿y si él residía en Londres y mantenían una relación a distancia?

La amaba con todo mi ser, sí; pero jamás sería capaz de romper una familia. Me sentía confuso y lo único que tenía claro es que me moría por volverla a ver. La echaba tanto de menos que en ese instante me conformaba solo con tenerla cerca.

Mientras mis pensamientos volaban, Ana apareció en mi rango de visión. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Estaba preciosa, con su largo pelo castaño suelto por la espalda, una camiseta negra de tirantes y unos pantalones cortos de color blanco, que dejaban al descubierto sus torneadas piernas. El tiempo no había pasado por ella, continuaba igual de bonita que seis años atrás.

Era el momento.

Me puse las gafas de sol, sacudí mi nerviosismo y bajé las escaleras para salir a la terraza de la piscina, donde la encontré agachada junto a su hija.

—Hola, Ana.

Se oyó el sonido de unas llaves estrellándose en el suelo, mientras Ana se incorporaba y se giraba con lentitud.



## Capítulo 4

### Se me olvidó todo al verte

~Ana~

Su voz. Era la voz de Leo.

Me olvidé de respirar y mi corazón se paró. Las llaves se escurrieron de mis manos, chocando contra el suelo ruidosamente.

—Leo —jadeé—. ¿Qué haces tú aquí?

Cuando sonrió, mi cerebro también dejó de pensar. Estaba paralizada, los músculos no me respondían y no conseguía reaccionar.

—¿Seis años sin vernos y eso es lo primero que me dices? —me preguntó Leo, quien se acercó hasta mí despacio, me envolvió en sus brazos y depositó un suave beso en mi frente—. Al menos saludame como es debido, ¿no?

Me aparté de él con disimulo, intentando recuperar el aliento. Esto no podía ser real. Leo estaba en Italia, al frente del negocio de su padre, ¿qué demonios hacía allí?

—No esperaba verte, la verdad —dije tratando de aparentar normalidad—. De haberlo sabido...

—No estarías aquí. Lo sé —terminó la frase por mí y se puso serio—. He vuelto a Canaleja porque siempre superviso la puesta a punto de nuestros nuevos hoteles hasta su apertura. Ya sabes que me gusta hacer las cosas bien.

Emilia nos observaba en silencio, a unos metros de distancia.

—¿Cómo dices? —inquirí, confusa.

—Que siempre superviso...

—Ya te he escuchado —lo corté—, pero pensé que había entendido mal. ¿Tu hotel? ¿Este hotel pertenece a la empresa de tu padre?

Mi asombro iba en aumento.

—Sí, este hotel pertenece a nuestra compañía —intentó tranquilizarme con la mirada—. Necesitábamos personal para cubrir varios puestos de trabajo, y cuando vi que te interesabas, con tu excelente formación, te ofrecí la vacante de cocinera.

¿De verdad había dicho cocinera?

—Chef, si no te importa —dije con enfado.

¿Eso era una sonrisa? ¿Se estaba riendo en ese momento tan incómodo para mí?

—Sí, eso... chef —concedió Leo.

Definitivamente, se estaba divirtiendo.

—¿Y no crees que «ser el dueño del resort» es una información que debía conocer antes de aceptar el puesto? —le pregunté, seria.

Se quedó pensativo y levantó sus gafas de sol, colocándoselas sobre la cabeza, con un gesto que yo conocía bastante bien. ¡Dios santo! ¿Por qué estaba incluso más guapo que en el pasado?

Sus intensos ojos oscuros se me clavaron en las pupilas.

—Creí que te gustaría la sorpresa, Ani —respondió.

¿Estaba nervioso? También reconocía esa mirada y su forma de actuar. Me había dicho «Ani». Solo él me llamaba así, y lo hacía únicamente cuando estábamos a solas. No, no se divertía con la situación, ni estaba tan seguro de sí mismo como aparentaba. Era una fachada para esconder sus verdaderos sentimientos.

—Mamá, ¿quién es este?

Mi rostro palideció. Me había olvidado por completo de Sofia. Me agaché y pasé el brazo por la espalda de mi hija.

—Es un buen amigo, cariño —le expliqué, moderando mi tono—. Se llama Leo y es uno de los nietos de Emilia. Anda, ve a darle un beso.

—¡Hola, Leo!

Me arrepentí de inmediato, porque en cuanto Sofia se acercó a besarlo en la mejilla y los vi juntos, el mundo se me vino encima.

—Hola, peque —le contestó él sonriendo.

Demasiado para mí. Debía salir de allí.

—Esto... si no os importa nosotras nos vamos a retirar a descansar. —Me aclaré la garganta y continué—: Han sido muchas emociones por hoy, y el viaje me ha dejado exhausta.

Leo borró la sonrisa de su rostro por mi repentino intento de huida, y Emilia, que escuchaba la conversación desde el borde de la piscina, se aproximó a nosotros. Sin duda, se había dado cuenta de que me incomodaba esa situación.

—Pues sí, ya está bien por hoy —afirmó, comprensiva—. Vamos, que os acompaño a casa.

—De acuerdo, continuaremos la conversación en otro momento —se despidió Leo de mala gana—. Ana, ¿te parece bien si hablamos mañana?

Dudé, pero finalmente accedí.

—De acuerdo. A primera hora estaré aquí —me comprometí.

Comenzamos a andar hacia la salida, pero algo me impulsó a volver la vista hacia atrás. Leo seguía mirándonos, sonrió con tristeza y dijo adiós con la mano.

Se aceleraron mis latidos, pero continué caminando.

Mi mente bullía con pensamientos desordenados. Encontrarme allí con Leo me hizo sentir vulnerable y confusa. Esa situación inesperada lo cambiaba todo.

Las tres llegamos a la casa en silencio, aunque antes de despedirse, Emilia habló.

—Ana, yo... pensé que sabías que Leo era el propietario del hotel y por eso habías aceptado el trabajo —dijo pesarosa.

—No pasa nada —manifesté, intentando disimular mi turbación.

Emilia se percató de ella.

—No sé qué ocurrió entre vosotros; cuando erais niños siempre fuisteis como uña y carne, pero sé que ahora las cosas son distintas —dijo, comprensiva—. En fin, si puedo ayudar en algo... sabes que estoy aquí para lo que necesites, mi niña.

Apreté su mano con ternura.

—Lo sé, Mili. No te preocupes.

La abracé con fuerza al despedirme porque necesitaba sentir su cariño.

Fue una noche interminable en la que no logré pegar ojo. Mi mente no procesaba todo lo sucedido y reencontrarme con Leo trastocaba todos mis planes, poniendo mi mundo patas arriba.

¿Qué hacía en la aldea? Un empresario de su nivel, con tantos éxitos a sus espaldas en su tierra natal, Italia.

Recordé que siempre me expresó en sus cartas y correos electrónicos su deseo de levantar hoteles de lujo en zonas rurales, con todo tipo de comodidades. Él creía que supondría un buen negocio realizar algo así para aquellas personas que buscaban tranquilidad a la vez que opulencia. Pero nunca imaginé que lo construiría en Canaleja, siempre creí que lo haría en Italia.

Bien, al final había cumplido su sueño; aunque en otra época yo también era parte de sus sueños...

Me puse la almohada en la cara para evitar los derroteros por los que comenzaba a vagar mi cerebro, pero resultó inútil.

Me había impactado verlo tan perfecto como siempre, con su pelo castaño recogido en una coleta y esa barba incipiente que tanto me gustaba. Recordé cómo mis piernas temblaron cuando me abrazó, cuando sentí sus fuertes brazos a mi alrededor y rememoré su aroma. Me quedó claro que esa chispa que se producía cada vez que me tocaba persistía con la misma intensidad que en el pasado, sobre todo cuando noté que su piel se erizaba bajo mi contacto.

Nada había cambiado entre nosotros, a pesar del tiempo transcurrido, a pesar del dolor causado.

Desde luego, encontrarlo en la aldea era lo último que hubiera imaginado. ¿Qué debía hacer ante este inesperado giro?

Parecía una broma de mal gusto. Ahora que por fin lograba un empleo que podía compaginar con el cuidado de Sofía, quizá debía renunciar a él.

Ver a Sofía y Leo juntos esa tarde me causó un shock y no estaba preparada aún para enfrentarme esa parte de mi pasado.

Tras seis años ocultándolo, en ese momento no encontraba el valor para confesarle que éramos padres de una preciosa niña, que fue concebida con mucho amor la noche antes de mi boda con su hermano. ¿Cómo iba a destapar aquello y confesar que había sido infiel a Enzo?

En algún momento debía contarle a Leo la verdad, pero todavía no sentía la fuerza necesaria para hacerlo, por no causarle más dolor a Enzo, por la vergüenza de haberle traicionado, por nuestras familias, por Sofía, por Leo y por mí...

Hice mal al tratar de olvidar a Leo en brazos de su hermano. Y para colmo fuimos desleales con él, que no se lo merecía.

Sofía era una niña feliz, para mí lo primero era su bienestar. Ella era mi razón de ser, por lo que me levantaba cada día.

No, no me arriesgaría a echarlo todo a perder, dada las circunstancias. No había vuelta de hoja, tenía que marcharme... otra vez.

Resoplé contra la almohada.

A la mañana siguiente decidí dejar a mi hija a cargo de Emilia antes de dirigirme al hotel. Desayunamos en su casa y poco rato más tarde me despedí de Sofía, mientras Emilia le enseñaba a hacer galletas de avena.

La melancolía se apoderó de mí. Me hubiera gustado que Sofía y Emilia pasaran más tiempo juntas, al fin y al cabo era su bisabuela y merecía ese derecho mucho más que otros.

Aparté esos pensamientos de mi cabeza y con seguridad, me encaminé hacia el hotel para presentarle mi dimisión a Leo.

No me echaría atrás.

## Capítulo 5

### Quédate conmigo

~Leo~

—¿Por qué, Ani?

Ana me acababa de anunciar su renuncia a trabajar como chef en el hotel. No supe ocultar mi incredulidad, que se hizo aún más patente cuando rompí en dos mitades el lápiz que sostenía entre los dedos, casi sin darme cuenta.

—No puedo trabajar para ti, Leo —dijo con voz calmada.

—¿No puedes o no quieres? —insistí.

—No puedo.

Su rostro se desencajaba por momentos, y sus ojos reflejaban dolor, aun así, estaba preciosa y me quemaban las manos por saltar sobre ella para reconfortarla.

—¿Por qué no probamos unas semanas?

—Te he dicho que no puedo, ¿no lo comprendes? —alzó la voz Ana, perdiendo la paciencia.

—¿Es por lo que ocurrió hace seis años? —pregunté.

—No —respondió con demasiada rapidez.

Mentía. Y eso me frustró más.

—¿Acaso tu novio no quiere que trabajes con tu ex? —la provoqué.

—¿Novio? ¿De qué hablas, Leo? ¿A qué viene esa pregunta?

—El padre de tu hija, por ejemplo.

Pero Ana no contestó y me quedé sin saber si tenía una relación con alguien.

Pasé la mano por mi pelo y resoplé con fuerza para tranquilizarme. Me dolía la idea de verla con otro y obraba sin sentido cuando la tenía cerca. Con ella no existía el término medio.

No quería perderla otra vez.

Ahora que por fin la tenía frente a mí, sentí impotencia por no saber cómo retenerla y evitar que se fuera. Quizá si viera el hotel... Si consiguiera transmitirle todo el amor con el que lo había construido para ella.

—Está bien, respeto tu decisión —concedí, rebajando el tono para serenarla—. Pero al menos déjame que te enseñe el resort antes de irte, ¿de acuerdo?

Me aferré a la idea de que cambiaría de opinión cuando lo viera.

Ana dudó unos instantes, pero al final asintió con la cabeza y su mirada se suavizó.

Le sonreí con franqueza y agarré su mano, tirando de ella para mostrarle aquel lugar tan especial para mí, en el que me había dejado la piel.

—Ven.

La llevé hasta el gran salón para eventos y disfruté al observar su mirada de asombro.

El amplio comedor contrastaba de manera drástica con el entorno campestre. Decorado en su totalidad en estilo victoriano, con muebles tallados en caoba, grandes ventanales, sillas y sillones tapizados en damasco con encajes y borlas, y paredes con molduras decorativas; daba como

resultado un lugar de aspecto clásico, pero sin parecer recargado.

—Leo, es maravilloso —confesó, abrumada—. Es como siempre imaginé, como en las novelas que leía.

—Eso es lo que único que pretendía.

Sin darse cuenta se colgó de mi brazo, emocionada.

—Estoy segura de que va a ser un éxito. En la zona todos querrán usarlo para sus bodas, bautizos y todo tipo de celebraciones.

Tenerla tan cerca, pegada a mi cuerpo, me nublaba la razón. La miré con anhelo y no conseguí evitar dirigir mis ojos hacia sus preciosos labios.

—Este hotel no tiene sentido sin ti... —le susurré sin dejar de mirar su boca—. No renuncies, por favor.

Ana se dio cuenta de nuestra proximidad y se alejó con brusquedad.

Tampoco me contestó.

Continué mostrándole el complejo, al que no le faltaba ni un solo detalle y combinaba el estilo antiguo con las más modernas instalaciones: spa, gimnasio de última generación, un pequeño casino, pista de tenis, piscina climatizada y todo tipo de elementos de confort.

—Es como un palacio en mitad del campo —dijo embelesada.

Me sentía feliz con su entusiasmo, pero dejé lo mejor para el final. Abrí la última puerta y la dejé pasar para que entrase en la cocina.

Ana se llevó las manos a la cara, intentando ocultar su reacción. Se giró para mirarme de frente y sus ojos estaban brillantes, pero supo contener sus lágrimas.

—Esto es precioso, es la cocina más completa que he visto en mi vida. Es perfecta.

«Como tú», pensé.

Acarició con suavidad la extensa encimera central y observó cada rincón en silencio, sonriendo. Me moría por decirle que todo lo había planeado para ella, para hacer su sueño realidad.

De pronto su sonrisa se esfumó y vi cómo una lágrima se deslizaba por su mejilla. Cabizbaja se dirigió hacia la salida y se paró en seco con el pomo en la mano.

—Leo, yo... agradezco que desees que me quede, pero han pasado demasiadas cosas entre nosotros. Esto no va a funcionar, debo irme.

No se movió.

La seguí hasta la puerta y apoyé mis brazos a cada lado, encerrándola para que no pudiera abrirla. Estaba de espaldas a mí y el aroma de su pelo me atrapó. Me acerqué a su cuerpo, hasta que su calor derribó mis fuerzas, y con mi cara rozando su cabello, le susurré al oído.

—Olvida el pasado, por favor. —Deposité un beso en su pelo—. No te vayas, Ani. Quédate.

La oí contener la respiración y se apretó contra mi pecho... pero tras unos segundos se arrepintió y abrió la puerta.

—No puedo...

Y se marchó, dejando un gran vacío entre mis brazos y lo más importante, en mi corazón.

No. No quería perderla otra vez.

Si tan solo consiguiera enmendar mis errores... Si pudiera volver a aquella época en la que éramos dos adolescentes con mil sueños a nuestras espaldas.

## Capítulo 6

### No dejes de soñar

~Leo y Ana~

*Invierno de 2001*

Madrid, 20 de enero de 2001

Querido Leonardo:

Ya ves que siempre cumplo mis promesas. Te dije que te escribiría y así lo estoy haciendo. Espero que me respondas antes de que me haga vieja, cosa que dudo. Quiero que sepas que si no me contestas, el próximo verano no te dirigiré la palabra.

Por cierto, ¿por qué no me hablabas al principio cuando nos conocimos?

Me acuerdo mucho de lo bien que lo pasamos en vacaciones y estoy deseando volver a veros a ti y a Enzo. No te hagas ilusiones, mi preferido siempre será tu hermano.

Los estudios me van bien, pero las mates se me empiezan a atragantar un poco. Menos mal que lo que quiero estudiar es Cocina y Restauración. Cuando sea una gran chef os voy a hacer una tarta para que os chupéis los dedos Enzo y tú.

Me tengo que despedir, porque te estoy escribiendo y mi madre se cree que hago los deberes.

Tu amiga: Ana.

Roma, 1 de marzo de 2001

Querida Anita:

Como ves te estoy respondiendo, así que me puedes hablar con tranquilidad el próximo verano. He tardado un poco más en contestar porque nos hemos mudado a la antigua casa familiar y teníamos que ayudar a mi padre con el traslado. Aquí me siento un poco triste porque era donde vivía cuando mi madre estaba con nosotros y me acuerdo de ella.

Mejor cambio de tema.

No voy a contarte por qué no te hablaba cuando te conocí, y no me lo preguntes más, pesada. Ah, y me da igual que digas que Enzo es tu favorito, sé que a él no le escribes y a mí sí. Por algo será.

¿Sabes qué? Cuando me haga cargo de la empresa de mi padre voy a construir un hotel de lujo en la Toscana y te contrataré como chef para que hagas esa tarta y muchas más, pero con la condición de que sean de chocolate y con tres pisos de altura.

Tu amigo: Leo.

PD. Como me vuelvas a llamar Leonardo, no te escribiré más cartas.

Madrid, 17 de abril de 2001

Querido Leo:

Vale, no te llamaré más Leonardo si tú no me llamas Anita.

Ya sabes que me gusta que me cuentes cosas sobre tu madre, así que háblame de ella y la recordaremos juntos. Y si nos ponemos tristes, siempre nos quedarán sus canciones favoritas. Tú puedes escucharlas en Roma y yo en Madrid, mirando al mismo cielo donde ella está.

He tenido que buscar la Toscana en la enciclopedia, parece un lugar muy bonito. Cuando construyas ese hotel estaré encantada de ser tu chef y te ayudaré a decorarlo, porque tú eres capaz de adornarlo todo en plan rockero. Si me dejas, pondré un gran salón de baile victoriano, como los que salen en las novelas de época.

Pronto nos veremos en la aldea. Os estaré esperando a Enzo y a ti.

Tu amiga: Ana.

Roma, 15 de junio de 2001

Querida Ani:

¿Ani te parece bien? Me gusta, a partir de ahora serás mi Ani.

A mi madre le habrías caído bien, y sé que disfrutaría mucho con tu tarta de chocolate cuando seas chef. Ojalá la hubieras conocido...

Mi padre nos ha comprado un ordenador con Internet. No te imaginas lo guay que es mandar correos electrónicos y chatear. Deberías probarlo.

Creo que nos lo ha regalado porque se siente culpable... me refiero a mi padre. ¿Te he dicho que se ha vuelto a casar? Su nueva mujer no quiere que vivamos con ellos, así que Enzo y yo nos hemos quedado solos en nuestra casa y ellos se han mudado a un ático. Apenas lo veo, pero tampoco es necesario.

Claro que sí, cuando levante ese hotel te dejaré que lo decores a tu gusto, incluso ese gran salón de baile... ¿victoriano, dices? Podría funcionar para celebrar eventos como bodas o fiestas.

Ya falta poco, nos vemos en un mes.

Tu amigo: Leo

PD. Enzo te envía recuerdos. No le digas nada, pero creo que le gustas.

## Capítulo 7

### Pero a tu lado

~Ana~

*En la actualidad*

Desperté temprano a Sofia y sin meditarlo más, para no cambiar de opinión, la introduje en el coche sin darle explicaciones y puse rumbo a Madrid.

No me había despedido de nadie, no encontré el valor para hacerlo, y menos con Emilia, a quien le oculté nuestra marcha contándole que íbamos a pasar el día en Alcaraz para realizar unas compras.

¿Estaba haciendo lo correcto?

El móvil comenzó a sonar con insistencia, era mi madre.

—Hola, mamá.

—Ana, ¿dónde estás?

—Emmm... En Alcaraz —contesté de manera automática.

—¿Por qué no estás en la aldea? —me interrogó—. He llamado a Emilia y me ha dicho que os fuisteis esta mañana temprano.

—Esto... ¡sí! Vamos al pueblo para comprar unas cosas que me hacen falta —improvisé.

—Ahh, vale. Estaba preocupada porque no conseguía localizarte. ¿Cómo está Sofia?

Miré hacia el asiento de atrás donde estaba mi hija.

—Está aquí. Saluda a la abuela Rosa, cariño —le dije a Sofia.

—¡Hola, abu!

—Hola, preciosa, ¿cómo lo estás pasando? —le preguntó mi madre.

—Muy bien. ¿Sabes, abuela? Hay una piscina chulísima y Mili me ha enseñado a hacer galletas.

Resoplé sin prestarle atención a la conversación.

¿Qué me pasaba? No me comportaba como una persona adulta, ni con sensatez. Otra vez escapaba para evitar plantarle cara al pasado.

¿Por qué lo complicaba todo tanto? ¿Por miedo a causar más daño?

La desesperación se apoderaba de mí cada vez que recordaba mi parte de responsabilidad en todo lo sucedido; cómo había destrozado la vida de los tres por culpa de mis malas decisiones. Si no me hubiera dejado llevar por mi amor por Leo no hubiera engañado a Enzo, claro que Sofia tampoco estaría en el mundo, y eso era algo inconcebible para mí. Y si mi necesidad de cariño no me hubiera empujado a aceptar a Enzo, tampoco nada de esto habría pasado.

Inspiré con fuerza.

—Oye, mamá —interrumpí—. Vamos en el coche, ¿te parece bien si te llamo cuando volvamos a la aldea?

«Cuando volvamos a la aldea», lo solté sin pensar, pero ¿eso era lo que en realidad deseaba?

No le había contado a Sofia que íbamos a Madrid. Ni tan siquiera llevaba las maletas en el



coche porque no fui capaz de hacer el equipaje antes de irnos, nos marchamos con lo puesto.

—Sí, mejor llámame desde la casa —contestó mi madre—, que no me gusta que uses el móvil cuando conduces. Venga, cuelga. Un beso para las dos.

—Besos, mamá. —Y apagué el manos libres, pensativa.

Sí. De nuevo escapaba de los problemas, igual que seis años antes, sin enfrentarlos. Era una cobarde, pero estaba cansada de huir.

¿Y si aprovechaba esta nueva oportunidad que se me había presentado para empezar de cero? Quizá la solución no era eludir el pasado, al fin y al cabo no se podía cambiar. Quizá la mejor opción era dejar las cosas como estaban y comenzar de nuevo. Con esperanza. Con ilusión.

¿Por qué no?

Con decisión, tomé la siguiente salida de la carretera para volver a Canaleja.

Y por supuesto, no renunciaría al trabajo. Esta vez lucharía por conseguir un buen porvenir para nosotras.

—Sofi, ¿te apetece que comamos en casa de Emilia?

Regresamos a la aldea a mediodía y Mili nos recibió con los brazos abiertos, invitándonos a comer.

—Siento que nos presentemos de improviso, pero se nos echó el tiempo encima sin darnos cuenta.

Sofía iba a hablar, pero le lancé una mirada de advertencia y se calló.

—Mejor, así me hacéis compañía y no como sola, porque Leo hoy no ha podido venir, ya que tenía una reunión importante con no sé quién del Ayuntamiento.

—Será por algún tema sobre la apertura —aventuré y cambié de tema—: Venga, Sofí, vamos a poner la mesa.

Saqué el mantel del primer cajón del aparador y Sofía me ayudó a colocarlo sobre la mesa.

—¿Habéis comprado mucho? —preguntó Emilia.

—Solo un par de cosas —dije observando fijamente a mi hija, para que no me llevase la contraria.

—Sí, sí —corroboró Sofía.

—Bien. Al menos el trayecto te habrá servido para despejarte un poco —soltó Emilia al descuido.

La miré con suspicacia.

—Ajá —afirmé, tratando de averiguar a dónde quería llegar.

No tardé en comprobarlo.

—Y supongo que ya te habrás repuesto de la sorpresa que te llevaste al ver a Leo —insistió Emilia.

—Emmm, sí —dije en tono casual.

—Me gusta Leo —soltó Sofía, que iba a lo suyo.

—Bien, bien. Eso está bien —prosiguió Mili—. Esta mañana, cuando me dijiste que os marchabais a Alcaraz, tuve la impresión de que no os volvería a ver... no sé por qué.

Abrí mucho los ojos por la sorpresa, y Emilia rio.

—No sé por qué dices eso, Mili —contesté aparentando inocencia.

Se acercó a mí y me dio una suave palmadita en la espalda, luego me susurró al oído, para que la niña no se enterara.

—Me alegra mucho que hayas decidido volver a la aldea. Has tomado la decisión correcta.

Y sonriendo, me dio un beso en la mejilla.

## Capítulo 8

### Es por ti

~Leo~

*Verano de 2002*

—¡Retíralo, imbécil!

Enzo me sujetó los brazos en la espalda para que no le diera un puñetazo en la cara.

—Déjalo, Leo. No merece la pena —trató de tranquilizarme mi hermano.

Esa tarde estábamos jugando al fútbol, mientras las chicas nos animaban y charlaban en el lateral de la pista de tierra.

Los primos de Rafa, que habían venido de visita ese día, se unieron al partido, pero yo sabía que nos iban a dar problemas, porque eran un poco chulos y se creían superiores al resto de mortales.

Así fue. No tardaron mucho en fijarse en «las chicas», y comenzaron a dedicarles piropos desagradables y subidos de tono. Sobre todo se propasaron con Ana, a quien se atrevieron a llamar «golfilla de ciudad» y no contentos con eso, uno de ellos quería que se fuera con él para enrollarse con ella. Cuando lo escuché, todo se volvió negro a mi alrededor, y si Enzo no me hubiera sujetado, le hubiera estampado el puño en la nariz.

—Vale, tranquilo —dijo el primo de Rafa—. Lo retiro, lo retiro... Pero sigo pensando que esa tía tiene que hacer maravillas con la lengua.

Una oleada de furia me subió desde los pies hasta la cabeza y sin poder contenerme, me zafé de mi hermano y le asesté un puñetazo en la boca.

—Y ahora, si tienes huevos, repítelo.

Me fui de allí, escuchando las carcajadas de mis amigos y los gritos de asombro de las chicas. ¿Cómo se atrevía ese gilipollas a insultar de esa forma a Ana?

Me dolía la mano y se me habían quitado las ganas de cenar, así que me fui a mi cuarto y me tumbé en la cama para escuchar música con los auriculares.

Sabía que esa no era la forma correcta de actuar, pero aguantar esa sarta de barbaridades sobre Ani me había cabreado mucho.

Ana no era una golfilla, yo la conocía muy bien. Ni siquiera había besado todavía a un chico; por eso me sentí tan mal cuando dijeron tantas burradas, que no tenían ni pies ni cabeza.

Ani era la chica más buena y divertida con la que había tratado. Mi amiga, la que guardaba todos mis secretos y la única a la que le hablaba de mi madre. No se merecía esas palabras tan hirientes.

Me quité los cascos de repente, cuando me pareció oír un fuerte golpe, pero no supe ubicar de dónde procedía. Con la habitación en silencio volví a escuchar el mismo ruido seco, esta vez acompañado de una voz que provenía de la ventana.

Extrañado, me acerqué y me asomé. Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí una cabeza con una melena castaña, que alzó la barbilla y me mostró un rostro de sobra conocido por mí, cuyos ojos

estaban mirándome con el ceño fruncido.

—¿Ani? ¿Qué haces ahí?

—Calla y ayúdame a entrar.

No había mucha altura, pues mi cuarto estaba en la planta baja de la casa de mi abuela, pero era de noche y estaba oscuro fuera.

—Estás loca, ¿lo sabes? —le dije, sacando medio cuerpo por la ventana y tirando de ella hacia arriba.

—No estoy loca. Estoy preocupada, so tonto —me regañó.

Cuando entró en la habitación, se incorporó con agilidad y se plantó frente a mí con los brazos en jarras.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Cómo que qué! —Parecía enfadada—. ¿Me vas a contar lo que ha pasado? ¿Por qué le has pegado a ese chico?

—No ha sido nada, solo... que estaba haciendo muchas faltas en el partido.

Me miró con los ojos entrecerrados y gesto acusador.

—A mí no me engañas, Leo. Dime la verdad.

Chasquéé la lengua. No podía mentirle.

—Te ha llamado golfilla de ciudad —le confesé en voz baja.

Ana soltó una carcajada.

—Pues vaya tontería. —Y volvió a reír—. Entonces, ¿le has pegado para defenderme?

—Shhhh, baja la voz que te van a oír —cambié de tema, incómodo.

Ani levantó las cejas y negó con la cabeza.

—Anda, déjame que te vea la mano —me dijo con tono mandón.

—No es nada, la peor parte se la ha llevado el imbécil ese.

Nos miramos divertidos y prorrumpimos en carcajadas sin poderlo reprimir. Me encantaba que casi pudiera leer mis pensamientos.

—Shhh, que nos van a escuchar —repitió ella imitando mi voz.

Comenzó a recorrer mi habitación y a observarlo todo con curiosidad. Ya había estado en ella, pero siempre era de paso cuando me acompañaba a recoger algo. Esta vez era diferente.

—¿Qué estabas haciendo cuando he llegado? —me interrogó sin mirarme.

—Escuchaba música, tumbado en la cama.

Se volvió y fijó sus ojos en mí.

—¿Puedo acompañarte? —Y bajando la voz, añadió—: Me portaré bien y no hablaré alto para que no nos pillen.

Sonreí. Nada me gustaba más que pasar tiempo con ella. Pero me sorprendí cuando mi corazón empezó a latir acelerado, sin motivo aparente.

—Claro que sí. Ven.

La tomé de la mano con timidez y me tumbé en la cama, señalando el hueco vacío para que se tendiera a mi lado. Acto seguido, apoyó su cabeza en mi hombro y se puso uno de los auriculares. El otro me lo dejó a mí, como solíamos hacer cuando escuchábamos música juntos.

Durante un par de horas permanecimos en silencio disfrutando de las canciones de Guns and Roses, Aerosmith, Bon Jovi y Def Leppard; hasta que ella habló.

—Leo.

—¿Qué?

Ana se incorporó y se apoyó sobre los codos para mirarme.

—¿Me prometes que siempre seremos amigos?

Sonreí.

—Siempre —le prometí.

## Capítulo 9

### Robarle al tiempo

~Ana~

*En la actualidad*

Encontré a Leo en la entrada principal del hotel, dando indicaciones a los nuevos empleados. Como siempre, vestía de manera informal, con unos vaqueros desgastados y una camiseta gris de mangas cortas de su grupo favorito, Guns and Roses. Desentonaba por completo en aquel lujoso hall, pero a mí me aceleraba el pulso su estilo desaliñado.

En cuanto notó mi presencia vi la sorpresa en sus ojos, pero caminé hacia él con determinación.

Me miró de arriba abajo con seriedad.

—Tenemos que hablar —le dije.

—Ven a mi despacho.

Lo seguí en silencio hasta la oficina, sin lograr descifrar lo que pasaba por su mente en esos instantes. Me dejó paso, para acto seguido apoyarse en el escritorio y observarme fijamente.

—Creí que te habías ido —manifestó.

—No —respondí con rotundidad.

—¿Y bien? ¿Sobre qué quieres hablar? —fue directo al grano.

Titubeé, pero decidí no andarme por las ramas.

—He decidido quedarme y trabajar para ti.

Leo levantó una ceja a modo de interrogante, pero vi cómo brillaban sus ojos con dulzura y me animó a continuar con un gesto de su mano.

—Cuéntame, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Lo que ocurrió... —hice una pausa para encontrar las palabras—. Lo que hicimos hace seis años causó un daño irreparable en nuestras vidas. No estuvo bien. Dejé a Enzo en el altar, Leo. Me fui sin darle explicaciones... Él no se lo merecía.

Su semblante cambió y pareció meditar antes de decir algo.

—Lo sé. —Su voz sonaba apagada—. Sabes que siempre he intentado proteger a Enzo de todo. —Inspiró y continuó hablando—: Aquella noche no era mi intención que le traicionásemos, pero cuando te vi... no logré evitar lo que pasó.

Me miró con impotencia.

—No fue solo culpa tuya, los dos somos responsables de lo que sucedió —le declaré.

Era un buen inicio, al menos conseguíamos sincerarnos con este tema, aunque hubiera otros guardados bajo llave.

Se acercó a mí y con su mano me levantó la cara con suavidad, para fijar sus ojos en los míos. Había ternura en su mirada.

—No fue algo premeditado, simplemente pasó. Pero quiero que sepas que lo que te dije esa noche era verdad —se sinceró—. Estaba dispuesto a dejarlo todo por ti, incluso si eso suponía

perder a mi hermano, porque iba a confesarle que aún te amaba.

Te amaba. Sentí una punzada en el pecho al escucharlo hablar en pasado.

Me alejé unos pasos para tomar aliento.

—Ya era tarde para nosotros, Leo. Fuiste tú quien años antes me abandonaste y me empujaste...

Leo entrecerró los ojos.

—¿En serio me estás acusando de empujarte a los brazos de mi hermano? —me cortó—. Te ibas a casar con él porque así lo decidiste tú sola —me recriminó.

Ese cruce de reproches no iba a buen puerto.

—No te acuso de nada, pero tampoco tú puedes echarme en cara mi relación con Enzo y sabes perfectamente por qué —le solté con rabia.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos, hasta que habló con voz cansada.

—No tiene sentido que discutamos, no podemos cambiar lo que ocurrió —expuso.

Me ablandé.

—Leo, yo... no pretendía pelear, de verdad; solo vine a decirte que quiero trabajar en este hotel, pero también a pedirte que olvidemos el pasado, tal y como dijiste, y que a partir de ahora nos comportemos como lo que siempre debimos ser: amigos, sin más.

—Amigos —repitió.

Su rostro se ensombreció.

—Sabes que eres una de las personas que más quiero, por eso necesito que dejemos atrás los errores y actuemos como adultos, caminando a la par en esta nueva oportunidad, por la amistad que siempre nos ha unido.

—Amistad —dijo con aspereza.

—Sí.

—¿Me estás diciendo que los cuatro años que estuvimos juntos para ti fueron un error? —preguntó dolido.

Chasquéé la lengua con fastidio.

—Yo no he dicho eso —y maticé—. No me arrepiento de nuestra relación, sabes que mis sentimientos siempre fueron sinceros.

Ví que su semblante se relajaba.

—Pero acabas de afirmar que nunca debimos pasar de una simple amistad.

—Quiero decir que si no nos hubiéramos enamorado, nadie hubiera sufrido por nuestra culpa.

Pero Sofia tampoco existiría, pensé para mí.

Leo me miró con resignación, pero yo sabía que no teníamos otra alternativa si íbamos a trabajar juntos.

—Para mí no fue un error enamorarme de ti, Ana; aunque si es eso lo que quieres, a partir de ahora seremos solo amigos.

—Es la mejor solución.

Se aproximó a mí y acarició mi mejilla.

—Como deseas —hizo una pausa, arrimando su rostro al mío—. Pero sabes perfectamente que tú y yo no conseguiremos ser solo amigos. Esto que existe entre nosotros cuando estamos cerca es demasiado fuerte para obviarlo. Aun así, respetaré tu decisión. No me acercaré a ti con ninguna otra intención que no sea de amistad, aunque si cambias de opinión, tendrás que ser tú la que dé ese paso.

¿Seguía sintiéndose tan atraído por mí? ¿Era cierto? Mi corazón se saltó un latido, pero intenté

disimular mi reacción.

Asentí despacio con la cabeza para hacerle saber mi conformidad, pero no logré deshacerme del azoramiento provocado por sus palabras.

—Bien, puesto que hemos aclarado mis condiciones para quedarme, si no te importa ahora voy a marcharme para recoger a Sofía, que está en casa de tu abuela. Mañana vendré temprano para comenzar a elaborar la carta.

Leo me contempló con seriedad, aunque lo intentó disimular con una media sonrisa.

—Claro, mañana nos vemos —me aseguró.

Me acompañó hasta la puerta y acarició mi espalda con lentitud antes de salir. ¿Así se despedían los amigos?

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

# Capítulo 10

## Te entiendo

~Leo~

—Pasa, Leo. Estoy en el huerto.

Seguí la voz de mi abuela hasta el patio interior de la vivienda, donde la encontré recogiendo tomates de la mata e introduciéndolos en una cesta.

—Hola, *nonna*. ¿Estás mejor hoy?

—Sí, ya se me ha pasado, no te preocupes —dijo restando importancia a su dolor de espalda—. Toma, lleva esto a la cocina.

La obedecí y ella me siguió.

—¿Te quedas a comer? —me preguntó.

—Sí, hoy comeré contigo.

Sonreí al ver su cara de entusiasmo.

—Me das una alegría. —Me pellizó la mejilla—. Cuéntame, ¿cómo van las cosas por el hotel?

—Ya falta poco para abrir al público, está casi a punto. Solo quedan un par de cuestiones por solucionar y algunas reformas menores que pronto finalizarán.

—Bien, bien. A ver si atrae al turismo y puedo ver la aldea otra vez como antaño, repleta de gente.

—Eso espero.

Me senté en una silla del comedor, frente a ella, mientras la observaba moverse en la cocina. A pesar de su avanzada edad era una mujer enérgica y de fuerte carácter, que había criado prácticamente sola a su hijo, pues se quedó viuda siendo aún bastante joven.

Mi padre.

Mi buen humor se esfumó cuando lo recordé. Nunca entendí por qué mi padre no se mostraba más cariñoso con ella, a pesar de lo mucho a lo que ella había renunciado por su bienestar, hasta tal punto de destrozarse la espalda limpiando casas para poder pagar sus estudios universitarios.

Pero a estas alturas no debía extrañarme la actitud de mi padre, ya que a nosotros nos trataba con la misma indiferencia que a su propia madre.

—Ayer llamó mi padre —le dije.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está mi Martín? —me preguntó con interés.

—Está bien, viajando mucho por negocios, como siempre —mentí—. Me preguntó por ti y me dijo que te diera recuerdos de su parte.

El pequeño engaño mereció la pena cuando ella se dio la vuelta y sus ojos brillaban de emoción.

—¿Ves? Mi Martín en el fondo es un buen muchacho, solo que trabaja demasiado. Pero yo sé que me quiere y se preocupa de su vieja madre.

La miré con ternura.



—Claro que sí, *nonna*.

Me removí inquieto en la silla y noté algo esponjoso debajo de mí. Saqué un peluche y lo contemplé con curiosidad.

—Es de Sofia —me aclaró mi abuela desde la cocina.

—Ah.

Me quedé en silencio.

—Es una niña encantadora, ¿verdad?

—Sí, lo es —contesté.

—Se parece mucho a su madre, con esos ojos grandes y un poco rasgados. Su pelo también es idéntico al de Ana —se entusiasmó hablando de la niña—. Y su piel, con ese tono dorado, tan bonito.

Sonreí con tristeza.

—Sí, ha salido a su madre —le confirmé con melancolía.

Emilia chasqueó la lengua.

—Además es muy buena y obediente... Es una pena que esté creciendo sin su padre —comentó observándome por el rabillo del ojo.

Eso llamó mi atención y la miré con intriga.

—¿Cómo sabes que Sofia no tiene contacto con su padre?

Mi abuela se encogió de hombros.

—Bueno, no me lo ha dicho, pero me lo ha dado a entender, por las cosas que cuenta.

Asentí con la cabeza.

—Puede que el padre de la niña viva en Londres y no la vea desde que Ana y ella volvieron a España —opiné.

Mili movió la cabeza de un lado a otro.

—No estoy yo tan segura que el padre de Sofia viva en Londres —lo dijo en voz baja, pero la escuché.

Tal vez tuviera razón y el padre de la pequeña no era inglés, algo que yo había dado por sentado.

Tras la extraña conversación, comimos casi en silencio, pensativos. Poco rato después me despedí de ella para volver al trabajo.

Al salir a la calle, vi a lo lejos que Ana cruzaba la carretera de la mano de Sofia. Con toda seguridad, iba a dejar a la niña a cargo de mi abuela, para regresar al hotel y continuar la jornada.

Camino del resort, mis pasos me llevaron hasta la iglesia de la Virgen de la Paz, y en un impulso giré a la derecha y me metí en un estrecho callejón solitario. Allí, palpé la pared hasta que lo encontré. Con una mezcla de asombro y nostalgia lo acaricié. Era el grabado de un corazón, que años atrás realicé con una llave vieja. Dentro del corazón pude distinguir las letras un poco borrosas por el paso del tiempo: L y A.

Sonreí con tristeza al recordar aquel día, cuando nos besamos por primera vez, y de nuevo la añoranza se apoderó de mí.

Costara lo que costase, en esta ocasión no la dejaría escapar. Y si era necesario, volvería a enamorarla como la primera vez.

Me encaminé hacia el hotel con decisión y buen humor.

# Capítulo 11

## Tu boca en mi boca

~Leo~

*Verano de 2003*

—¿Jugamos a Verdad, Atrevimiento o Beso? —preguntó Pablo.

—¡Sí! —gritaron casi todos a coro.

Aquel verano el balón y las bicicletas fueron sustituidos por otra clase de entretenimientos en la aldea. Nos hacíamos mayores y comenzamos a descubrir que las chicas ya no nos parecían tan aburridas, incluso resultaba divertido tontear con ellas y besuquearnos en rincones oscuros.

Menos con Ana.

Ana llevaba varios meses sin hablarme, ni siquiera contestaba a mis emails. Estaba enfadada conmigo porque durante el invierno anterior salí con una chica en Italia. Ani me dijo que no me perdonaría jamás que me hubiera besado con Alessia antes de que ella lo hiciera con algún chico; aunque a mí me parecía que estaba un poco celosa y eso me encantaba.

¿Por qué seguir engañándome? Ana me gustaba mucho. Demasiado. Además de ser mi mejor amiga, era preciosa, tanto que me dejaba sin aliento cada vez que la veía aparecer. Pero estaba prohibida para mí. Mi hermano andaba medio enamorado de ella desde hacía bastante tiempo, y yo me sentía incapaz de quitarle a su chica, aunque no estuvieran saliendo juntos. Enzo era lo más importante en mi vida y nunca le haría daño.

La voz de Pablo me sacó de mis pensamientos.

—Enzo, es tu turno: ¿Verdad, atrevimiento o beso?

Enzo se hizo el interesante, aunque todos sabíamos cuál sería la respuesta.

—Beso. —Enzo sonrió y se frotó las manos, divertido.

Todos jaleaban menos yo, que miraba la escena con una mezcla de fastidio e indignación.

—Bien —dijo Pablo, luego fijó la vista en las chicas y continuó—: Tienes que darle un beso a Ana en la boca, pero ya sabes que el beso debe durar un minuto de reloj.

Me tensé por completo y sentí algo parecido a un puñetazo en el pecho. ¿Qué me pasaba? Era mi hermano y yo quería verlo feliz.

Miré a Ana y observé que ponía cara de sorpresa, sonrojándose de pies a cabeza. Acto seguido, Enzo se acercó a ella y sin vacilar posó sus labios sobre los de ella, que cerró los ojos con inocencia.

Mi corazón se paró.

Todos comenzaron a aplaudir y a contar, segundo a segundo, hasta que el minuto concluyó; entonces Ana abrió los ojos y sonrió complacida. Pero evitó mirarme.

Fue más de lo que pude soportar.

Mi Ani.

Murmuré una excusa y me marché de aquel lugar para intentar ordenar mis ideas. Deambulé solo durante dos largas horas, pero no conseguí calmarme. Debía ser sincero conmigo mismo: Ana

me importaba más de lo que jamás imaginé, y no quería que besara a otro. Mi hermano se podía ir al cuerno porque lo que había hecho, dolía.

Necesitaba verla.

Eran las once de la noche, y sabía que más o menos a esa hora Ana volvía a su casa para recogerse hasta el día siguiente. Esperé en la puerta lateral de la iglesia, a sabiendas de que ella pasaría por allí de camino a casa. No me equivocaba, a los pocos minutos apareció y se sorprendió al verme, pero disimuló.

—¿Sigues enfadada conmigo? —le pregunté comenzando a caminar a su lado.

—Sí —dijo sin mirarme.

—¿Por qué? Ya estamos en paz, ¿no? Yo besé a Alessia y Enzo a ti.

Ana se paró en seco y apoyó la espalda contra la pared más cercana. Entonces me observó con fijeza.

—Pues tienes razón —me concedió.

—Bueno, entonces ¿vuelves a ser mi amiga?

Ana suavizó su hermosa mirada y suspiró.

—Vale.

Y me abrazó para hacer las paces, pero ese gesto provocó una explosión de emociones en mi interior. Me aparté de ella como si quemara, sin entender nada. Nos habíamos abrazado infinidad de veces, pero esta fue distinta.

Me situé frente a ella y la interrogué.

—Y... ¿te ha gustado?

—¿El qué? —contestó Ana distraída.

—El beso.

—Muchísimo. —Volvió a suspirar—. Enzo besa muy bien.

Una oleada de furia me subió por la espalda, sin lograr controlarla.

—No ha sido un beso de verdad —afirmé para provocarla.

—¿Cómo que no? —contestó ofendida.

—No —insistí.

Se cruzó de brazos. Estaba cabreadísima y sus ojos lanzaban fuego.

—¿Y qué es un beso de verdad, según tú? —me echó en cara.

Debía frenar mi impulso, no iba a dejarme llevar por esa sensación de rabia mezclada con la atracción que me producía su cercanía, y que cada vez era más poderosa. Pero Ana se mordió el labio inferior, desvió sus ojos hasta mi boca y desde ese instante ya no pude pensar con cordura.

—¿En serio quieres saberlo?

—Claro, porque estoy segura de que mi beso con Enzo ha sido el mejor —contestó, retándome.

—Eso lo dices porque no has probado este.

Y la besé.

La empujé contra la pared con suavidad, abrazando su cintura. Separé sus labios con los míos e introduje mi lengua en su boca. Un torbellino de placer me inundó. Froté mi lengua con la suya profundizando el beso, y cuando noté sus pequeñas manos acariciando mis hombros fue mi perdición. Lamí, mordí y me apoderé de sus labios y su aterciopelada lengua hasta que nuestras respiraciones se volvieron entrecortadas.

Ninguno de los besos que había compartido con Alessia se podía comparar con lo que este me hizo sentir. Mi corazón latía desbocado. Necesitaba más, no quería que finalizara esa maravillosa

sensación. ¿Qué clase de hechizo había lanzado Ana sobre mí?

Cuando conseguimos separar nuestras bocas, nos quedamos abrazados, en silencio. Ella tenía sus brazos alrededor de mi cuello y me acariciaba el pelo con dulzura. Con timidez, frotó su pequeña nariz con la mía, en un gesto de complicidad.

—Me gusta —dijo en voz baja.

—¿Qué te gusta? ¿El beso? —pregunté, desconcertado por la intensa magia que acababa de experimentar.

Negó con la cabeza.

—Tu pelo. Me gusta cuando te lo dejas más largo —me confesó, aún azorada y sin atreverse a mirarme a los ojos.

La vi tan vulnerable, tan preciosa, con sus labios hinchados y enrojecidos aún por la pasión compartida, que no daba crédito a mi fortuna por tenerla allí, junto a mí.

No quiso mencionar lo que acababa de ocurrir entre nosotros, y yo estaba tan impresionado que tampoco atiné a articular palabra. Al rato, tomé su mano, la enlacé con la mía y la acompañé hasta la puerta de su casa, sin soltarla.

Antes de entrar, me besó en la mejilla y me susurró al oído:

—Tenías razón.

Sonreí. Estaba seguro de que esta vez sí se refería al beso.

## Capítulo 12

### La vida empieza hoy

~Ana~

*En la actualidad*

Habían transcurrido varios días desde la conversación en la que Leo y yo acordamos pasar página, y tenía la certeza de que el pacto estaba funcionando a la perfección. Leo respetaba mi lugar y tan solo se dirigía a mí para hablarme sobre temas profesionales o para preguntarme si necesitaba algo.

Gracias a Emilia también había logrado compaginar mi profesión con el cuidado de Sofía. Mili se ocupaba de atenderla mientras yo estaba en el hotel, y cuando terminaba la jornada, pasaba a recogerla y nos marchábamos a casa para disfrutar del resto del día juntas. Era la situación perfecta, por fin mi vida comenzaba a encaminarse.

Me encantaba el hotel, allí me encontraba como si viviera un sueño hecho realidad, sobre todo en mi nueva gran cocina, que poseía todo tipo de utensilios de última tecnología, incluso con aparatos que no sabía si alguna vez los utilizaría.

Pronto llegarían los refuerzos, los nuevos empleados que tendría a mi cargo, así que aproveché mi soledad en ese momento para comenzar a elaborar la carta. Esa era mi parte favorita de la profesión de chef: inventar, crear, innovar.

Tan absorta estaba en mi tarea, que no escuché la puerta cuando se abrió. Era Leo.

—Buenos días, preciosa. Te traigo una sorpresa.

Di un respingo.

No iba a confesar, ni siquiera para mí misma, lo mucho que me deleitó oír ese «preciosa» que había salido de sus labios. No.

—Buenos días —contesté seca y sin volverme; aunque una gran sonrisa se dibujó en mi rostro.

Una sonrisa que se convirtió en un grito de felicidad cuando Leo se apartó de la puerta y vi de reojo que entraban Marta y Pablo. Eché a correr hacia ellos, emocionada.

—¡Marta! ¡Pablo!

Nos fundimos en un abrazo a tres.

—¡Qué cara eres de ver! —me dijo Pablo.

—Estás guapísima —afirmó Marta—. ¡Cuánto te echaba de menos!

Pablo y Marta eran mis amigos más queridos, después de Leo y Enzo; sobre todo Marta, con quien había continuado en contacto incluso cuando vivía en Londres. Era la única persona que conocía mis secretos y que estaba al corriente de toda mi historia con Leo. Tenía confianza plena en ella, pues me había demostrado a lo largo de los años que jamás me traicionaría.

—Creí que no sabías nada de mi llegada porque no me devolviste la llamada —le dije.

—Escuché el mensaje de voz, pero no te llamé porque quería verte para poder darte la noticia en persona —me explicó Marta, con el rostro iluminado.

—¿Qué noticia?

Leo se acercó a nosotros para unirse a la conversación. Parecía complacido por vernos juntos después de tanto tiempo.

Marta y Pablo se miraron y hablaron al unísono.

—¡Nos casamos!

Sentí una alegría inmensa, pues llevaban juntos desde la adolescencia y no los podía imaginar separados. Eran una pareja que se complementaban a la perfección.

—¡Ya era hora! —les regañé—. Os ha costado catorce años decidirlos.

Todos rieron.

—Leo nos acaba de enseñar el salón para eventos y nos ha parecido perfecto para celebrarla, ¿no es precioso? —contó Marta, ilusionada—. Hacía falta algo así en la zona, ha tenido una gran idea montando el hotel justo aquí y estoy segura de que atraerá al turismo.

Observé la expresión orgullosa de Leo mientras recibía halagos por su profesionalidad, algo importante para él porque siempre se había sentido a la sombra de su padre; un padre que nunca estuvo a la altura, al que Leo daba mil vueltas, en todos los sentidos, y que no se merecía el cariño de sus hijos.

—Creo que no llegaremos a tiempo con la apertura del hotel antes de la boda, pero como os he dicho, tendremos a punto el salón y estoy seguro de que la cocina funcionará a la perfección —aseguró mirándome.

—¿La apertura? —pregunté con preocupación—. ¿Pero cuándo os casáis?

—En tres semanas —contestó Pablo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y me lo anunciáis con tan poca antelación? —dije con fingida indignación.

—¡Venga ya! Te da tiempo de sobra a preparar un menú para chuparse los dedos —se jactó Marta.

Cuánto echaba de menos estos momentos, por un instante tuve la sensación de regresar al pasado, a esos tiempos en los que Leo y yo éramos la pareja perfecta y compartíamos maravillosos ratos en compañía de nuestros amigos. Una época en la que no existían los problemas de los adultos, en la que solo reinaba el entusiasmo de la juventud y las ganas de comerse el mundo.

Las risas de los tres me devolvieron al presente.

—Por cierto, ¿le ha llegado la invitación a Enzo? —Fue Pablo quien se dirigió a Leo, esta vez con seriedad.

Leo me miró inquieto.

—No lo sé, hace varios meses que no hablo con él, desde que vine a España para comenzar el proyecto del hotel.

¿Hacía meses que no hablaba con Enzo?

Se hizo el silencio, pero Marta reaccionó con rapidez cambiando de tema.

—Bueno, que sepáis que nuestras despedidas de solteros serán la próxima semana y tenéis que estar los dos. Las haremos por separado, pero al final de la noche nos reuniremos todos en el local de Irene. Ya sabéis que no me fio de este gamberro —dijo señalando a su futuro marido—, y prefiero vigilarlo de cerca.

—Allí estaremos —aseguró Leo, fijando sus ojos en los míos.

—Sí —les confirmé.

Reímos y recordamos anécdotas de nuestra infancia durante un buen rato, hasta que Pablo y Marta se marcharon con la promesa de encontrarnos la siguiente semana.

Mi mente, sin embargo, no logró olvidar durante todo el día las palabras de Leo, cuando afirmó que llevaba meses sin tener noticias de su hermano.

# Capítulo 13

## Déjame comerte

~Ana~

*Verano de 2004*

Estaba enamorada y necesitaba gritarlo a los cuatro vientos, pero le había prometido a Leo que lo mantendríamos en secreto; aunque cada vez me costaba más no mostrar al mundo entero mi felicidad.

Pero sabía que Marta comenzaba a sospechar que le ocultaba algo, sobre todo cuando Leo y yo desaparecíamos a la vez y tardábamos un buen rato en regresar.

Aquella era la tarde de chicas, y decidimos ir al pueblo para merendar en nuestra heladería favorita, pero en el trayecto Marta y yo nos quedamos rezagadas, mientras Irene y Alicia caminaban por delante.

—¿Me vas a contar por qué estás tan rara? —me preguntó Marta por quinta vez.

—Ya te he dicho que no puedo.

—Venga ya, pero si lo estás deseando —se rio.

Me paré en seco y la sujeté del brazo.

—Si te lo cuento tienes que prometerme que me guardarás el secreto —le advertí en voz baja y con gesto serio.

—Sabes que puedes confiar en mí —me aseguró.

—Está bien. —Llené de aire mis pulmones y lo solté—: Leo y yo estamos juntos.

—¡Lo sabía! —exclamó, entusiasmada.

Marta se echó a reír.

—¿De verdad lo sabías? —le pregunté temerosa.

—Pues claro, se os nota un montón —afirmó con suficiencia—. Comencé a sospechar cuando dejaste de hacer caso a Enzo y él insistía en tontear contigo, pero tú no hacías otra cosa que mirar de reojo a Leo. Y este verano, Leo no deja de comerte con los ojos, aunque quiera disimularlo.

—¿En serio se le nota tanto? —dije con una sonrisa soñadora.

—Uff, debe estar loco por ti.

Y yo por él, pensé. Cada vez que lo veía acercarse a mí, con sus preciosos ojos mirándome con decisión, retándome; mis piernas se tornaban de gelatina y sentía mariposas en mi barriga.

—Es tan guapo... —Suspiré.

—Pues a mí me gusta más Pablo —me contradijo Marta.

Solté una carcajada.

—¡Claro! Qué vas a decir tú, si eres su novia.

—Novia, no. Solo estamos saliendo juntos —matizó.

—Sí, sí... tú di lo que quieras, pero ya verás como al final esto termina en boda.

Las dos reímos cómplices.



No estaba bien. Yo sabía que lo que hacíamos Leo y yo no era lo correcto porque estábamos engañando a todos, pero no lograba parar. Durante todo el verano aprovechábamos cualquier excusa para escaparnos a solas y besarnos a escondidas. Cuando me miraba con anhelo, con sus grandes ojos oscuros, perdía la sensatez.

Nuestros encuentros eran cada vez más osados, aunque nunca pasaban a mayores porque yo aún no estaba preparada para cruzar la línea.

Bajo la sombra de un árbol, a las afueras de la aldea y alejados de todas las miradas, me sentaba a horcajadas sobre él, besándonos con desesperación. Nunca me saciaba de su boca, siempre necesitaba más.

—Ani, tenemos que dejar de hacer esto —me dijo un día entre beso y beso.

Gemí contra su boca, como muestra de protesta.

—¿Por qué?

Resopló.

—Mi hermano está colgado por ti. Mucho. Solo sabe hablar de ti. Me siento tan culpable por mentirle y por... esto.

—Lo sé, pero...

—Entiéndeme —me pidió—. Enzo es lo único que tengo y él solo me tiene a mí, no quiero que se enfade conmigo, además tengo que cuidar de él porque mi padre... Bueno, ya sabes cómo es.

Le acaricié el pelo con ternura.

—Pero yo quiero estar contigo —le declaré—. Además, no se va a enterar. Lo podemos seguir manteniendo en secreto.

Me miró pensativo, con esos hermosos ojos que me hipnotizaban. Lo quería y estaba segura de que sería para siempre.

—¿Recuerdas que en tus cartas me preguntabas por qué no te hablaba cuando nos conocimos? —me soltó de improviso.

—Sí.

—No te hablaba porque me pareciste la chica más guapa que había visto nunca, y me daba vergüenza quedar como un tonto.

—¿En serio? —le pregunté sorprendida.

Asintió con la cabeza, y me pareció algo tan tierno que volví a besarlo.

Pero el final del verano llegó, y con él la despedida, que fue la más difícil de todas porque a Leo y a mí nos tocó volver a ocultar nuestros sentimientos para que nadie se diera cuenta de lo que sucedía entre nosotros.

# Capítulo 14

## Vuelve el amor

~Ana~

*En la actualidad*

La carta del restaurante ya estaba casi completa, solo me faltaba elegir los postres. A Leo le habían encantado todos los platos, y yo disfrutaba viendo su cara de regocijo cada vez que le daba alguno a probar.

Para crear los entrantes y los principales, había tomado como base la comida tradicional de Castilla la Mancha, como el Gazpacho manchego, Atascaburras, Pisto... pero siempre añadiendo un toque vanguardista.

Esa misma mañana me había trasladado hasta Albacete para visitar el Mercado de Villacerrada y había regresado cargada de bolsas repletas de carne, frutas, verduras e ingredientes de primera calidad.

Me encantaba la gran variedad de productos que producía esa rica comarca y su calidad, pero sobre todo, la amabilidad con la que todos los tenderos me recibían, a pesar de ser una extraña.

Tras recoger por fin todos los utensilios y limpiar la cocina, me dispuse a reunirme con Sofía y Emilia, quienes me esperaban en la piscina.

Le había prometido a Sofi que cuando saliera de trabajar me daría un baño con ella, pues aún no había podido disfrutar de un ratito de sol y distracción desde nuestra llegada.

Mi corazón dio un vuelco cuando salí a la terraza de la piscina y vi a Leo y Sofia jugando juntos en el agua. Estuve a punto de darme la vuelta y marcharme sin ser vista, pero Sofía fue más rápida.

—¡Corre, mamá! Ponte el bikini y ven.

—Hola, cariño. Ahora voy.

Forcé una sonrisa y saludé a los tres con la mano e intenté evitar la mirada de Leo. Luego me acerqué hasta la hamaca donde descansaba Emilia.

—¿Tú no te animas? —le pregunté a Mili.

—Yo ya estoy vieja para estas cosas —rio—. Prefiero quedarme aquí sentadita viendo lo bien que se lo pasan ellos.

Miré hacia la piscina y levanté las cejas. Se me formó un nudo de angustia en el estómago al observarlos juntos.

—Ya veo, ya. Han hecho buenas migas, ¿no?

Los dos reían y charlaban, mientras Leo la sostenía de pie sobre sus hombros, para que Sofía guardara el equilibrio y acto seguido saltase hacia delante, hundiéndose en el agua con deleite.

—Sí, son igual de gamberros —soltó Emilia al descuido.

La miré de reojo y me pareció ver una sonrisa nada inocente en su cara.

—Yo... estoy bastante cansada, creo que iré a darme una ducha y dejaré la piscina para otro día —le comenté en voz baja a Mili.

De pronto, noté que ella miraba detrás de mí, y sin darme tiempo a reaccionar, sentí unos brazos mojados bajo mis rodillas y mi espalda. Oh, Dios, no. Era Leo, que me portaba en volandas para tirarme al agua.

—¡Bájame, idiota! —le supliqué a viva voz.

—Vamos a ponerte en remojo para que se te quite esa cara tan seria —susurró en mi oído.

Los tres reían a carcajadas, y Sofia gritaba jaleando a Leo, hasta que él me lanzó sin miramientos a la piscina, con ropa y gafas de sol incluidos.

Estaba cabreada. Mucho.

Emergí del agua buscando a Leo con la mirada, y cuando lo localicé a varios metros de distancia, me dirigí hacia él con furia.

—¡Esta me la pagas!

—¡Corre, Leo! —chillaba Sofia, entusiasmada.

Leo me miraba sonriendo de forma provocativa, con un brillo diabólico en los ojos.

—Mira que bañarte vestida... ¿A quién se le ocurre? —se burló él.

—¡Pedazo de bruto! —le bramé mientras me acercaba—. ¡Que no me he traído más ropa para cambiarme!

Leo no paraba de reír y cuando lo alcancé, puso su pierna detrás de mí y me hizo la zancadilla con el pie, para volver a empujarme bajo el agua con la mano.

Salí escupiendo agua y más enfadada aún, pero la risa contagiosa de Sofia y la sonrisa lobuna de Leo me obligaron a ceder y soltar una carcajada con ellos tres.

—¿Aún quieres más? —me preguntó, divertido.

—Ni se te ocurra... —le advertí.

Me acerqué a él y apoyé mi mano en su musculoso pecho con un gesto de confianza, pero mi sonrisa se esfumó cuando me di cuenta de lo que había hecho y del ramalazo de deseo que recorrió mi cuerpo. Lo miré a los ojos y sentí mariposas en el vientre cuando noté el anhelo con el que me observaba. Miles de recuerdos cargados de pasión pasaron por mi mente en un solo segundo y retiré la mano con rapidez.

Él intuyó mi pelea interior, sin duda.

—No te preocupes, ahora te dejo algo de ropa que tengo en el despacho, para que puedas cambiarte.

Su mirada se volvió tormentosa, como si también luchara contra las ganas de estrecharme entre sus brazos. Pero se contuvo, salió de la piscina y se secó con una toalla.

No quise alzar la vista mientras se secaba, era demasiado para mis alborotados pensamientos. Al instante, se alejó caminando hacia el edificio y cuando regresó trajo consigo unos pantalones cortos de deporte y una camiseta vieja de otro de sus grupos favoritos: Aerosmith.

—Gracias —murmuré.

Sofia continuaba chapoteando en el agua como si nada, y Leo se reunió con ella, para deleite de la niña.

—¡Venga, Leo! ¡Lánzame más lejos! —dijo eufórica.

Me metí en los vestuarios y sustituí mi ropa mojada por la seca, pero cuando me puse la camiseta de Leo, un millón de sensaciones conocidas me atravesaron el alma por mis fosas nasales. Era su aroma, la camiseta olía a él. Y eso terminó de derribar mis defensas.

Lo había intentado con todas mis fuerzas. Cada mañana me levantaba con el convencimiento de que esto funcionaba, que entre Leo y yo solo debía quedar una bonita relación de amistad y que no podíamos complicarlo todo otra vez. Pero cuando lo veía, solo podía soñar con acariciar esos

musculosos brazos y fundirme en sus labios. No era una ingenua, siempre supe que seguía enamorada de él como el primer día, pero creí que conseguiría controlar mis sentimientos y mantenerlos a raya.

Pero ya no estaba segura de nada.

Regresé turbada y avisé a Sofía de que se hacía tarde y teníamos que volver a casa, quien me obedeció de inmediato.

Cuando nos fuimos, todavía sentía el calor de la mirada de Leo sobre mí.

# Capítulo 15

## La tortura

~Leo~

—Con un poco de suerte podremos inaugurarlo en tres semanas, a lo sumo. Ya está casi todo listo, solo faltan algunos detalles menores de la decoración y que llegue el resto del personal.

—Ha quedado precioso, Leo —me dijo Carla, zalamera—. Tienes un gusto excelente; pero eso ya lo sabes, ¿no?

—Casi todo el mérito es tuyo y de la dueña de la idea, Ana —le contesté—. Yo solo te di las instrucciones, y tú las desarrollaste.

Conocí a Carla a mi llegada a España, unos meses atrás, cuando buscaba una buena interiorista para los proyectos que quería llevar a cabo, y uno de los arquitectos me la recomendó, alegando que era la mejor en su campo. Era cierto, Carla tenía un don para transformar conceptos y estilos en realidad.

Pero hasta ahí.

Era una mujer preciosa, de eso no cabía duda, y me sentía halagado por sus constantes insinuaciones.

Pero no era Ana.

En otro momento de mi vida quizás me hubiera dejado llevar y tendría una aventura con Carla, sobre todo cuando intentaba por todos los medios olvidar a Ani. Pero hacía seis años que había dejado de luchar contra mis sentimientos y estaba seguro de que a la única que quería ver en mi cama cada mañana era a mi Ani.

Cada vez me costaba más reprimir los impulsos de abalanzarme sobre ella y besarla hasta quedarme sin aliento cuando la tenía cerca; sobre todo el día de la piscina, al verla con su ropa mojada pegada al cuerpo, marcando cada curva de su preciosa figura... Y después, cuando apareció vestida con mi camiseta, algo que me excitó y me trajo tórridos recuerdos de nuestros momentos más íntimos. Fue una auténtica tortura para mí.

Ana me tentaba hasta la locura, pero le prometí que actuaría con ella como un simple amigo, y así lo mantendría; al menos si ella no cambiaba de parecer. Si me lo pidiera... entonces nada podría frenar este deseo que me estaba matando.

Las palabras de Carla me sacaron de mis pensamientos.

—Te decía que si quieres aún estamos a tiempo de modificar el color de esta pared.

—No, no, creo que al final queda mejor que el otro —le aseguré.

Carla se colgó de mi brazo para continuar con nuestro recorrido, supervisando la sala de reuniones.

—Buenos días. —Me sorprendí al escuchar la voz de Ana.

Me giré y la vi parada en el umbral de la puerta con algo en las manos, dirigiéndome una mirada de... ¿enfado?

—Ana —la llamé—. Ven, quiero presentarte a...

—No era mi intención interrumpir —dijo seca.

Me divirtió notarla tan enfurruñada. ¿Estaba celosa?

—No interrumpes —le confirmé, y me acerqué a ella con Carla del brazo—. Carla, esta es Ana, nuestra chef.

—Hola, Ana, encantada de conocerte.

Carla se soltó de mi brazo, no sin antes acariciarlo con falso descuido, y le dio dos besos en las mejillas a Ana, que los recibió con desgana.

Una escena curiosa, sin duda. No conseguí reprimir una amplia sonrisa, pero Ani se percató y me fulminó con sus ojos.

—Carla es la interiorista que ha hecho posible esta maravilla, gracias a tu idea del salón victoriano.

Debí morderme la lengua, porque Ana se tensó aún más. Miró de arriba abajo a Carla y habló.

—Yo solo vine para devolverte tu ropa. —Y la tiró con desprecio sobre una silla—. Ya me marchó.

Se fue con tanta rapidez que no me dio tiempo de articular palabra. Pero no quería que se llevara una impresión errónea.

—Vuelvo en un segundo —le dije a Carla.

—Claro, aquí te espero.

Salí de la habitación y apresuré el paso hasta alcanzar a Ana tras doblar el pasillo.

—Espera, *cara* —le pedí.

Se dio la vuelta hecha una furia.

—¡No me llames así! —soltó a viva voz.

Cuando se enfadaba me ponía a mil. Estaba preciosa, con ese brillo en sus ojos y las mejillas sonrojadas por el enfado. Tuve que contener el impulso de estrecharla entre mis brazos y besarla hasta robarle el sentido.

Me acerqué a ella con lentitud para que viera que iba en son de paz.

—Ani, ¿qué te pasa? ¿Por qué te enfadas?

La sujeté por los hombros, pero ella retiró mis manos con brusquedad.

—¿Por qué le has contado a esa... esa... Carla algo que era solo nuestro?

—¿A qué te refieres, *cara*? —le pregunté confuso.

Acaricié su brazo y esta vez no rechazó mi contacto.

—Me refiero al salón de baile victoriano de las novelas que leía y que te describía en mis cartas.

Ví dolor y rabia en su rostro y me sentí culpable por haberlo provocado sin querer. Nunca hubiera imaginado que se podría enfadar por eso, pero ahora que lo pensaba, Ana estaba en lo cierto, era algo solo suyo y mío que no debía haber compartido con nadie.

—Lo siento, Ani —Suspiré—. No lo pensé, tan solo quería hacer tu deseo realidad.

Noté que su mirada se ablandaba y la envolví en mis brazos. Pero aún continuaba tensa.

—Déjame en paz, vete con tu amiguita —dijo enfurruñada, pero esta vez aceptó mi abrazo.

Reí por lo bajo y la estreché con más fuerza.

—No es mi amiguita, *amore*. —Depositó un leve beso en su nariz—. Para mí no existe ninguna mujer más que tú, y no he estado con nadie más desde aquella noche contigo, hace seis años.

Me separé de ella con sutileza y me fui, tras observar la sorpresa e incredulidad en su cara.

# Capítulo 16

## Nada sin ti

~Leo y Ana~

*Primavera de 2005*

De: anahernandezv03@jrmail.com

Para: leosolerbianchi@bgmail.com

Asunto: Toc, toc

¿Se puede? Ya sé que prometí escribirte antes, pero estas últimas semanas han resultado un caos. Nos han cambiado a dos profesores a mitad de curso y todavía no he conseguido acostumbrarme a su forma de dar las clases.

Te echo tanto en falta que a veces creo que voy a volverme loca. Menos mal que entre las clases y estudiar no me queda tiempo para ponerme a recordar nuestras tardes juntos, porque cada vez que se me vienen las imágenes a la cabeza me pongo a llorar.

Tu Ani.

PD. No te preocupes por los chicos, son todos feos y yo solo tengo ojos para mi dios romano.

De: leosolerbianchi@bgmail.com

Para: anahernandezv03@jrmail.com

Asunto: Re: Toc, toc

¿Soy tu dios romano? Me gusta.

Te echo de menos, *cara*. No puedo dejar de recordar nuestros días de verano juntos... y lo que sucedía entre nosotros durante esas horas. Lo malo es que después me paso toda la noche en vela y con un dolor terrible en ya sabes qué parte de mi anatomía.

En mi clase sí hay alguna chica bastante guapa este año...

Cambiando de tema, Enzo pasará por Madrid durante el próximo mes y me ha dicho que quiere quedar contigo para verte. Solo estará de paso, porque va a Granada de viaje de estudios.

Tu dios romano.

De: anahernandezv03@jrmail.com

Para: leosolerbianchi@bgmail.com

Asunto: Re: Re: Toc, toc

Hola, mi dios romano. Aunque no sé si te mereces que te llame así después de decirme que hay chicas guapas en tu clase. Te mando adjunta una foto para que recuerdes lo que te estás perdiendo y te duela un poquito en cierta zona de tu anatomía...

Enzo me ha escrito para avisarme que llegará a Madrid dentro de dos semanas. He quedado con él para merendar.

Tu Ani.

PD. Ahora me arrepiento que no fuésemos más lejos el verano pasado.

De: leosolerbianchi@bgmail.com  
Para: anahernandezv03@jrmail.com  
Asunto: Re: Re: Re Toc, toc

*Cara*, no me puedes enviar un email así y quedarte tan tranquila. Ten piedad de mí, que llevo muchos meses sin verte y no soy de piedra. Cuanto he visto la foto de tus tetas, me he derramado el café encima y me he quemado la parte de mi anatomía a la que te refieres. Si el próximo verano no funciona bien para hacer eso que te arrepientes de no haber hecho, será tu culpa.

Tu dios romano.

PD. Ninguna chica de mi clase me pone a mil como lo haces tú, *amore*.

De: anahernandezv03@jrmail.com  
Para: leosolerbianchi@bgmail.com  
Asunto: Re: Re: Re: Re: Toc, toc

Te lo mereces, por provocar mis celos con las chicas de tu clase.

Ayer estuve con tu hermano. Quedamos para merendar, pero al final nos dieron las tantas recordando anécdotas de la aldea. Todo fue bien, hasta que comenzó a insistir para que durmiera con él en el hotel donde se hospeda. Creo que se enfadó conmigo otra vez porque le dije que no, y traté de hacerle entender, otra vez, que yo lo quiero mucho, pero como amigo.

¿No crees que ya va siendo hora de contarle lo nuestro a Enzo?

Me hubiera gustado que vinieras tú, pero ya sé que estás en plena época de exámenes y es imposible.

He solicitado plaza para un curso de repostería en Londres, que imparte un prestigioso Chef y que también me puede ayudar a perfeccionar mi inglés. No creo que me acepten, pero por intentarlo...

Estoy triste, te echo de menos.

Tu Ani.

De: leosolerbianchi@bgmail.com  
Para: anahernandezv03@jrmail.com  
Asunto: Bella ragazza

No estés triste, *amore*. Ya falta poco para vernos. Pronto finalizará el curso y nos encontraremos en Canaleja. No pienso en otra cosa y es lo que me da fuerzas para estudiar y sacar buenas notas.

A Enzo se le pasará el disgusto, como siempre. Te aprecia mucho y los enfados contigo le duran poco. Dale tiempo. Pero sí, tienes razón, ya va siendo hora de contarle que estamos juntos. Pensaré cómo hacerlo.

Tu dios romano.

De: anahernandezv03@jrmail.com  
Para: leosolerbianchi@bgmail.com  
Asunto: Malas o buenas noticias

Leo, no sé si son buenas o malas noticias, pero me han aceptado en el curso de Londres, lo que ocurre es que se realizará durante tres meses, de julio a septiembre. Si confirmo mi asistencia no podré verte este verano, y eso me llena de angustia.

Estoy hecha un lío y lo único que quiero es que me abracés.



Tu Ani.

De: leosolerbianchi@bgmail.com

Para: anahernandezv03@jrmail.com

Asunto: Re: Malas o buenas noticias

*Amore*, todo lo que sea para mejorar tu carrera es una buena noticia. No te voy a negar que me destroza saber que este verano no voy a verte, pero tenemos el futuro por delante y ya encontraremos la manera de estar juntos.

*Ti amo.*

Tu dios romano.

# Capítulo 17

## Sabor de amor

~Ana~

*En la actualidad*

Cuando estaba de buen humor me gustaba elaborar platos dulces de todo tipo de sabores, con diferentes texturas y colores.

Había concluido la carta de postres, también basándome en la cocina tradicional de Albacete, pero mezclándolo con otras más internacionales. Mousses y tartas con Hojuelas, o helado y cremas con Flores fritas o Suspiros.

Una vez terminado, me dispuse inventar algún postre que pudiera sorprender a Marta y Pablo para el menú de su boda. Conocía bien sus gustos, así que tomé nota de sus frutas y tipos de chocolates favoritos para su creación.

Aún no me había repuesto de la impresión que me causó ver a Leo y Sofia juntos en la piscina. Era una estampa tan preciosa que me hacía sentir más culpable por no haberle confesado a Leo la verdad.

Debía armarme de valor y contárselo, pero me lo impedía la vergüenza por lo que le hicimos a Enzo, el miedo a que Leo me odiara por habérselo ocultado o a que causara su separación de su hermano, y eso era injusto porque Enzo siempre fue lo más importante para Leo.

Leo... Desde que llegué a la aldea, casi todos mis pensamientos los ocupaba él y cada vez me ocurría con más frecuencia. Nuestra conversación en el pasillo me había desconcertado, porque no podía creer que él no tuviera ninguna relación después de aquella noche en la que concebimos a Sofia. ¿Sería cierto?

Un calor descontrolado comenzó a recorrer todo mi cuerpo, y el recuerdo de las imágenes de Leo en la piscina me sonrojaron de pies a cabeza. Mi dios romano, nunca mejor dicho.

Los años transcurridos solo habían servido para que su presencia mejorara como el buen vino. Sus músculos estaban más marcados, su espalda era más ancha que en el pasado y su pelo más largo, aunque casi siempre lo llevaba recogido en una coleta... pero cuando se lo dejaba suelto, como el día de la piscina, parecía un bárbaro de esos que aparecían en las novelas románticas que tanto me gustaban. Mi bárbaro.

—¿Qué haces, *bella ragazza*?

La voz de Leo me sobresaltó, haciendo que se me cayera la cuchara de las manos.

—Qué susto me has dado —le dije intentando recuperarme de la impresión—. Al menos podías llamar a la puerta.

Se le veía pletórico, apoyado en el marco de la puerta y observándome con descaro.

—Solo venía a pedirte ayuda con la combinación de colores de los sillones de las habitaciones. Yo no entiendo de esas cosas y los de la tapicería tienen prisa por irse.

Levanté las cejas.

—¿Y por qué no se lo pides a tu amiga, la interiorista?

Río con ganas.

—Porque no está... Y también porque era una excusa para verte —reveló—, pero veo que estás ocupada, así que ya te molestaré en otro momento.

Me agradó mucho su confesión.

Leo se dirigió hacia la puerta para regresar al trabajo, pero en un espontáneo impulso lo llamé. Necesitaba su cercanía, aunque sabía que no era una buena idea dado el rumbo que habían tomado nuestros últimos encuentros.

—¿Quieres probar los postres que he hecho para el menú de la boda de Pablo y Marta? —le pregunté insegura.

Pareció sorprendido, pero al momento apareció en su rostro su sonrisa más granuja; me conocía demasiado bien.

—Claro que quiero.

Se acercó con lentitud hasta situarse frente a mí, apoyado en la isla central de la cocina y me observó divertido. En el pasado, nuestros juegos en la cocina siempre terminaban de la misma manera, y yo sabía que él lo estaba recordando en ese instante.

—¿Por qué sonríes así? —le interrogué mientras me aclaraba la garganta.

—Porque sé que te estás acordando de lo mismo que yo —su voz sonaba ronca.

Intenté apartar de mi mente las imágenes de aquellas inolvidables navidades en Italia, pero fue imposible.

Caminé los pasos que nos separaban con nerviosismo y le di a probar un sencillo mousse de chocolate con mermelada de fresas y crema de queso. Él me sujetó la mano mientras se introducía la cuchara en la boca con lentitud y luego enfocó su ardiente mirada en mis labios.

—Delicioso.

Mi pulso se aceleró. Di varios pasos hacia atrás, hasta que choqué con la encimera. Leo me siguió despacio, se sujetó a la superficie de piedra tensando sus brazos a cada lado de mi cuerpo y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

Definitivamente, no había sido una buena idea.

—Déjame probar esto.

Se inclinó sobre mí y pasó su brazo por mi lateral, hasta alcanzar un cuenco con nata montada, donde introdujo el dedo índice y lo sacó empapado en la esponjosa crema. Lamió con suavidad una parte y luego acercó su dedo a mi boca para que yo terminase lo que él había empezado.

—Buenísimo. ¿Qué opinas? —me preguntó.

¿Quería jugar? De acuerdo.

Lamí el resto de nata de su dedo mirándolo fijamente y percibí en sus ojos un deseo abrasador.

—Le falta azúcar —comenté al descuido, tratando de recuperar la compostura.

Leo soltó una carcajada y acercó tanto su rostro al mío que me rozó con su barba incipiente.

—¿Los amigos hacen esto, *amore*?

Oh, oh; si me hablaba en italiano estaba perdida.

—No lo... sé —dije en un murmullo, incapaz de moverme.

Mi corazón latía a mil por hora y mi respiración se aceleró. Al momento sentí sus labios recorriendo mi mejilla, tan leve como la caricia de una pluma.

—Me muero por besarte. ¿Tú también quieres? —me susurró al oído.

—Yo... —no supe contestar.

—No voy a hacerlo hasta que me lo pidas —susurró frotando de manera sexy su nariz con la mía.

—Leo...

—¿No? Bien —dijo apartándose con falsa indiferencia—, entonces sigamos trabajando. Luego nos vemos, preciosa.

Cuando se giró escuché que soltaba el aire de sus pulmones de forma sonora y tuve la certeza de que se sentía igual de excitado que yo.

Y se fue, dejando un fuego en mi interior difícil de apagar.

# Capítulo 18

## Diez mil maneras

~Leo~

—Marta, ¡qué sorpresa! —le dije abriendo la puerta y dejándole paso—. ¿Has venido a visitar a Ana?

—Hola, Leo —contestó con cautela—. En realidad estoy aquí para hablar contigo sobre los preparativos de la boda.

—Claro, pasa al despacho y siéntate.

Marta estaba tan ilusionada con su boda que resultaba contagioso, pero lo que también la animaba era que, tras muchos años de separación, por fin nos reuniríamos todo el grupo de amigos de la niñez, excepto Enzo.

—He traído unas tarjetas con los listados de los invitados que formarán parte de cada mesa. — Me entregó el fajo de tarjetas y continuó rebuscando en su bolso—. Y aquí te he apuntado lo que hemos elegido para la decoración, de las opciones que me diste. La *wedding planner* hoy no ha podido venir y por eso lo traigo yo.

—Perfecto.

—Después iré a hablar con Ana para ir concretando el menú —me comentó.

—Sí, claro —sonreí—, ya sabes dónde está. Se va a poner contenta cuando te vea.

—¿Tienes tiempo ahora? —preguntó—. Quería hacerte un par de consultas, para saber si es posible añadir algunas cosas para la decoración.

—Adelante, cuéntame.

Tomé nota de todas sus peticiones para hacérselo llegar a la interiorista y le aseguré que haría lo que estuviera en mi mano para llevarlo a cabo.

Tras la larga conversación, Marta hizo amago de levantarse, pero cambió de opinión y volvió a sentarse, nerviosa y mirándome con preocupación.

—Leo, tengo otra cosa que comentarte, pero es algo personal —explicó Marta—. Me ha llamado tu hermano por teléfono y me ha confirmado que acudirá a la boda. No asistirá a la despedida de solteros de mañana pero al enlace, sí.

Ahora comprendía el motivo de su nerviosismo.

—Ajá —contesté, reflexivo.

—Los dos conocemos bien a Ana —continuó exponiendo Marta—. Y sabemos que esto va a afectarle bastante.

Me pasé la mano por el pelo, dudando.

—No sé qué decir, Marta. —Solté todo el aire de los pulmones—. No creí que Enzo viniera, la verdad. Su decisión me sorprende. Yo... no sé nada de él desde hace meses.

Marta levantó las cejas, pero no indagó.

—No me malinterpretes. Lo que haya ocurrido entre tu hermano y tú no es asunto mío —dijo restándole importancia, sin querer ahondar en el tema—, tan solo te pido que arregléis vuestras

cosas sin causarle más dolor a Ana. Ha sufrido mucho, Leo.

Permanecí unos segundos en silencio, pero finalmente decidí continuar. Marta solo quería lo mejor para Ana, igual que yo.

—Ella no va a sufrir más. Es mi turno, tengo que enmendar mis equivocaciones —le expuse.

—Los dos cometisteis errores, pero ella se llevó la peor parte, créeme.

Me incomodaba hablar sobre este asunto con la mejor amiga de Ana, pero era consciente de que Marta solo quería ayudar.

—Lo sé, por eso quiero demostrarle que me arrepiento de lo que hice —le aseguré.

Marta pareció sorprendida, con toda seguridad no esperaba que me mostrase accesible para hablar de ese tema con ella.

—Leo, Ana está frágil. Cuando la abandonaste ella se quebró en mil pedazos y no ha vuelto a ser la misma. Si le rompieras el corazón otra vez, no lo soportaría.

Esa constatación retumbó en mi mente como una tormenta.

—No volverá a pasar.

Marta dudó, como si escogiera sus siguientes palabras con alfileres.

—Sé que no vas a entender nada de lo que te voy a decir a continuación, pero... si Ana decide contarte algo importante, por favor, primero escúchala y trata de ponerte en su lugar antes de enfadarte y hacer algo que después no tenga solución. Estoy segura que si te alejas de nuevo, ella no te perdonará.

La miré inquisitivo.

—¿Qué me intentas decir, Marta?

Ella desvió la vista.

—Leo, creo que ha llegado el momento de que tengas una conversación sincera con Ana. —Hizo una pausa—. Me parece que tenéis cuentas pendientes que solucionar para que podáis avanzar.

Su explicación me dejó aturdido. ¿Qué me estaba ocultando Ana?

—Lo tendré en cuenta —le aseveré—. Y no te preocupes, yo mismo le contaré a Ana que Enzo estará en la boda y le hablaré de lo que nos ha ocurrido.

—De acuerdo. Ahora ya me quedo más tranquila.

Marta se marchó dejándome en un gran estado de inquietud. Escuchar la confirmación de lo mucho que Ana sufrió cuando me alejé de su lado, me partió en dos.

Si pudiera borrar aquel episodio... Si pudiera volver a los días más felices junto a ella. Lo recordaba como si acabara de pasar, el sonido de su risa y su rostro arrebolado entre las sábanas de mi cama. Aquellos maravillosos días de invierno en Roma.

# Capítulo 19

## Te amo

~Leo~

*Diciembre de 2005*

No había sido un buen año. Menos mal que estaba a punto de finalizar y si todo marchaba como lo había planeado, las cosas comenzarían a mejorar pronto.

Las discusiones entre Enzo y mi padre cada vez eran más constantes. La última se había producido unos días antes porque mi padre se negaba a seguir costeando la Universidad de Enzo si no aprobaba todas las asignaturas de ese curso. Y eso era algo improbable, pues mi hermano siempre arrastraba algún suspenso.

La amenaza de nuestro padre había provocado la ira de Enzo, quien en caliente tomó la decisión de gastarse toda su paga navideña en un viaje para ir a esquiar a Los Pirineos con sus amigos.

No, definitivamente no era un buen año. Debía tomar cartas en el asunto y comenzar a trabajar de inmediato en cuanto terminase mi formación en Administración de empresas, así podría costear yo mismo los estudios de Enzo.

Mi padre, en vista de mis buenas notas, me había prometido un puesto como responsable de los hoteles rurales que había levantado en Italia, una vez que finalizase la carrera, así que esas Navidades decidí cancelar el viaje a España que había programado, para quedarme en Italia y realizar otro curso avanzado de marketing que se comenzaba a impartir durante esas fechas.

No cabía otra opción, aunque me tuviera que aguantar otra vez sin ver a Ani, algo que no soportaba más. Llevábamos un año y tres meses sin vernos.

Era demasiado tiempo y no pensaba más que en ella a todas horas; en abrazarla, en escuchar su voz, en sentir sus manos y sus labios... Me inundaba tal obsesión que creía verla en todas partes; justo como en ese instante, que me pareció ver su preciosa figura sentada en los escalones de la entrada del edificio donde yo vivía.

Sacudí la cabeza para que se esfumase la visión, pero la chica continuaba allí y conforme me acercaba, más se asemejaba a Ana.

Mi corazón dio un vuelco cuando me paré frente a ella y la sonrisa de Ani me deslumbró.

—¿Ani? ¿Qué haces en Roma?

Se arrojó a mis brazos con tanta fuerza que casi me caí de espaldas.

—No resistía otro día más sin verte —me dijo colmando de besos mi cara.

Nos besamos con ansia durante varios largos minutos, en mitad de la acera, hasta que comencé a sentir el frío que me congelaba las manos y la conduje hasta el interior del edificio.

El portero nos saludó, divertido y supe con certeza que había presenciado nuestro tórrido reencuentro en la puerta.

Continuamos besándonos en silencio y sin descanso en el ascensor, hasta que una vez en el interior de mi piso, Ana se apartó, mostrándose tímida, mirando a un lado y a otro.

—¿Dónde está Enzo? —me preguntó.

Sonreí con descaro. La situación se ponía interesante.

—Estamos solos —le contesté acercándome con lentitud—. Enzo se ha marchado de viaje durante las fiestas navideñas. Se ha ido con sus amigos a esquiar.

Ana rio con deleite y de un salto se encaramó sobre mí, enlazando sus piernas a mi alrededor.

—Llévame a tu habitación —me pidió entre beso y beso.

La transporté en mis brazos hasta mi cuarto y la deposité con cuidado en mi cama, pero no me dejó incorporarme, tiró de mi camiseta, para que me tumbase sobre ella y luego me la quitó, con prisas.

Volví a tomar sus labios, hambriento.

—Te quiero, Leo.

No esperaba que me hiciera tal declaración. Dejé de besarla de inmediato y contemplé su bello rostro. Era la primera vez que pronunciaba esas dos palabras y mi pecho se hinchó, plétorico de amor.

—Yo también, *cara*.

Sin apartar su vista de mis ojos, me soltó el pelo, que llevaba recogido por una goma, y cayó sobre ella como una cascada.

—Mi bárbaro —murmuró.

Volví a besarla con ansia, introduciendo mi lengua en su boca y buscando la suya. La necesitaba, me moría por el roce suave de sus labios, de su lengua aterciopelada. Nuestros besos se volvieron descarnados, transmitiendo todo el anhelo contenido por tantos meses de separación.

Noté que me desabrochaba el pantalón vaquero y me alarmé.

—¿Qué estás haciendo, *amore*?

—¿Tú qué crees? —me dijo levantando una ceja.

Sonreí, su impaciencia me divertía y excitaba a partes iguales.

—Espera, no tengo nada. Déjame pensar —intenté concentrarme—. Voy a buscar condones. Sé que Enzo guarda una caja en su armario.

Ana rio, protestó mimosa cuando me alejé y cuando volví con la caja en la mano, le pregunté.

—¿Estás segura?

—Ven aquí, tonto —me contestó con determinación.

Le bajé los pantalones y la ropa interior sin dejar de mirarla, pero mi deseo apremiaba y no llegué a quitarle la camiseta. Me apoderé de sus labios mientras los latidos de mi corazón palpitaban a un ritmo frenético. Cuando sentí su piel desnuda rozando la mía, no conseguí reprimirme y me hundí en ella con cuidado, experimentando un intenso placer, pero refrené mis ganas al observar el dolor reflejado en su cara.

—Me llevas al cielo, *amore*. —Posé mi frente sobre la suya—. Iré despacio. Si te duele mucho paramos, ¿de acuerdo?

Asintió, aunque su rostro seguía mostrando su intensa molestia.

Me moví con lentitud y cuando me miró con los ojos nublados de pasión ya no pude contenerme y empujé con más firmeza.

—No pares —me pidió en voz baja.

Sus palabras fueron mi perdición y comencé a embestir cada vez más rápido, con más potencia, hasta que un intenso orgasmo me atravesó como un rayo.

Permanecemos abrazados en la cama durante horas. La sentía tan menuda entre mis brazos que temí aplastarla, pero cada vez que intentaba incorporarme para liberarla de mi peso, ella me



retenía. Poco rato después, se quedó dormida.

Yo, sin embargo, permanecí bastante tiempo contemplando sus preciosos rasgos.

Me despertó la claridad que se colaba por la ventana. Era de día y el débil calor que proporcionaban los rayos del sol de invierno resultaba un bálsamo frente al ambiente frío de la habitación.

El sonido lejano de la música me indicaba que Ana se había levantado ya, así que me coloqué los desgastados vaqueros y me dirigí hacia la cocina, donde la música sonaba más alta. Me apoyé en el marco de la puerta para contemplar el espectáculo que tenía ante mis ojos: Ana, vestida solo con una de mis camisetas viejas, se movía sensualmente al compás de la canción *Come And Get Your Love*, de Redbone, mientras preparaba un suculento desayuno.

No se percató de mi presencia, pues estaba de espaldas a la puerta. Me aproximé a ella con lentitud, apoyé mis manos en sus caderas y la besé en el hombro izquierdo.

—¡Leo! Me has asustado —me dijo, pegando un respingo y dándose la vuelta.

—Buenos días, preciosa. —Sonreí con franqueza.

Ana me devolvió la sonrisa, y escaló con agilidad para sentarse sobre la encimera, me atrajo con sus manos y me atrapó entre sus piernas.

—Prueba esto —me pidió, introduciendo en mi boca un pedacito del *cornetto* que sostenía en la mano—. Tiene mermelada por dentro. Ah, y también he preparado *cappuccino*.

—Uhhmm, delicioso. —Hice una pausa para tragar—. Veo que te ha dado por la comida italiana.

—Me gusta, tiene muchos matices. —Sonrió y su mirada se transformó de repente, tornándose traviesa—. ¿Quieres más?

Sabía que no se refería al *cornetto*.

Su proximidad me alteraba los sentidos, y acerqué mi rostro a su cuello para deleitarme con su aroma. Ese simple gesto encendió el fuego entre los dos con rapidez, su olor único y especial me volvía loco. Comenzamos a besarnos, al principio con dulzura, pero pronto las caricias se volvieron más osadas, los besos más profundos. Su sabor, dulce y picante, encendía un fuego en mí que solo ella conseguía satisfacer. La tela sobraba entre nosotros.

Me desabroché los pantalones y Ana introdujo sus manos por detrás para bajármelos. Con presteza, aparté sus braguitas hacia un lado y sin más preámbulos me introduje en ella con una necesidad imperiosa. Ella gimió contra mi boca y ya no pude pensar con claridad.

Mis embestidas comenzaron lentas, pero poco a poco se tornaron cada vez más fuertes, durante largos minutos, hasta que Ana gimió y me clavó las uñas en la espalda, presa del placer. La miré a los ojos, tenía las pupilas dilatadas y continué penetrándola profundamente. Nada me podía preparar para observar la intensidad de su mirada cuando experimentó su primer orgasmo en mis brazos. Jamás podría olvidar su expresión de éxtasis, mordiéndose el labio inferior para no gritar. Tanto me excitó que finalmente me derramé en su interior.

Permanecemos enlazados durante largo rato, hasta que me separé un poco para posar la vista en su rostro.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió con la cabeza, se bajó de la encimera con cuidado y volvió a abrazarme.

—Leo —murmuró.

—¿Qué?

—Prométeme que nunca volveremos a separarnos durante tanto tiempo.

Sonreí con mi barbilla apoyada sobre su cabeza.

—Nunca más, *amore* —le aseguré.

Fueron dos semanas que jamás olvidaría. No pude enseñarle Roma porque apenas salimos del piso, aprovechando cada minuto para estar a solas, ya que nunca habíamos tenido esa oportunidad hasta ese momento. Pero le prometí que durante el siguiente verano le mostraría la belleza de mi ciudad.

Los días pasaron tan rápido que casi no nos dimos cuenta, y nuestra despedida fue agri dulce, pero otra vez con la esperanza de que pronto encontraríamos la manera de estar juntos para siempre.

## Capítulo 20

### Aunque tú no lo sepas

~Ana~

*En la actualidad*

—¿Qué tal me sienta este?

Marta me observó con atención de arriba abajo. Se trataba de un pantalón ancho de color fucsia, con mucha caída, y la cintura alta y ancha.

—Te queda divino, como todo —me elogió de mala gana—. No sé cómo lo haces, pero sigues conservando un tipazo, a pesar de haber tenido a Sofia.

Reímos a la par, relajadas y cómodas con nuestra mutua compañía.

Era sábado, Marta y yo habíamos quedado en el pueblo para ir juntas a comprarnos algo de ropa «en condiciones» para estrenar esa misma noche, en su despedida de soltera. Hacía tanto tiempo que no salía a divertirme, que ni siquiera tenía qué ponerme, así que las dos estábamos disfrutando de aquella pequeña escapada como si fuéramos adolescentes.

—Anda, anda, qué exagerada eres —le dije.

Antes de cambiarme en el probador, me enseñó un bonito vestido con un escote de vértigo, desde el otro extremo de la tienda.

—¿Y por qué no te pruebas un vestido? —me preguntó.

—Porque en la moto no me gusta ir con vestido, es incómodo —le respondí sin darle importancia.

Pero me di cuenta tarde de mi metedura de pata, seguro que me tocaba dar explicaciones. Marta me miró con los ojos entrecerrados. Me escondí detrás de la cortina del probador, pero no funcionó.

—¿En la moto? —inquirió desde el otro lado.

—Esto... sí. —Resoplé—. Es que Leo me ha dicho que vaya con él, por el tema del aparcamiento en esa zona de Alcaraz, y como los dos tenemos que volver a la aldea después...

—Ah, como en los viejos tiempos, ¿no? —fue directa.

No quería que Marta se llevara una impresión errónea.

—No pensaba aceptar, pero creo que es una tontería negarme cuando los dos vamos al mismo sitio. Somos adultos y tenemos una relación cordial.

—Ya, claro, es lógico, porque ya no queda nada entre vosotros, ¿no? Cuatro años y pico juntos, una hija en común de la que él no sabe nada. Vamos, lo normal.

Mi nerviosismo iba en aumento, y me sentía una alumna de colegio frente a un examen oral.

Salí del probador disimulando mi inquietud.

—No, por supuesto. Bueno... —Chasqué la lengua, y sin poder reprimir mis dudas, confesé—. No lo sé, Marta, estoy hecha un lío.

Marta soltó una sonora carcajada y la miré con resignación.

—A mí no me engañas, bonita. Sigues suspirando por sus huesos igual que hace diez años —

me soltó con arrogancia.

Me quedé pensativa. Sí, Marta tenía razón, pero no era todo tan sencillo.

—Hay demasiadas cosas que se interponen entre Leo y yo, y tú lo sabes —le afirmé—. Además, él fue el que no quiso continuar conmigo, aunque después se arrepintiera.

—No pienses tanto, Ana. Deja que pase lo que tenga que ocurrir y que todo siga su curso. Por cierto —entrecerró los ojos y cambió de tema—, espero que esta noche no me hagáis llevar penes de goma en la cabeza ni cosas de esas, ¿eh?

Me encogí de hombros con inocencia.

—Nooo, para nada —le respondí, evitando su mirada.

—Vale, vale. Confío en ti.

Le sonreí con tristeza, meditando sobre nuestra conversación, mientras me dirigía hasta la caja para pagar los pantalones fucsia.

Quizás Marta tuviera razón, pero por otro lado, no conseguía evitar recordar el motivo que Leo me dio para romper nuestra relación tantos años atrás.

Traté de quitarme a Leo de la cabeza, una vez más, para centrarme en otros asuntos que debía resolver antes de regresar a Canaleja, como por ejemplo a qué colegio asistiría Sofía ese año.

El hotel me había proporcionado la estabilidad que necesitaba para planear nuestro futuro con mayor seguridad y debía ocuparme de la escolarización de mi hija en Alcaraz, pues el inicio del curso escolar estaba a la vuelta de la esquina y el verano pronto finalizaría.

Cuando tuve arregladas todas las cuestiones pendientes, me puse en marcha rumbo a la aldea.

Llegué a mediodía y fui directamente a casa de Emilia para recoger a Sofía, pero me sorprendí al escuchar la voz de Leo en el interior. Charlaba y parecía gastarle bromas a la niña.

—¿Qué les pasa a estos dos? —le pregunté con curiosidad a Mili.

—Es mejor que lo veas por ti misma —me contestó, sin aguantar la risa.

La estampa que me encontré cuando me dirigí a la salita de Emilia fue algo que difícilmente podría olvidar: Leo sentado en un sofá, con la cabeza llena de moñitos de colores y varios mechones sueltos de su leonada melena, y Sofía de pie en el mismo asiento, dando vueltas a su alrededor, sosteniendo un cepillo en la mano.

—¡Mira, mami! Estamos jugando a los peluqueros —gritaba Sofía con entusiasmo.

En ese instante mis ojos se encontraron con los de Leo, quien se encogió de hombros y levantó las cejas con resignación. Ya no pude contenerme más y prorrumpí en carcajadas.

—¡Pero, Sofi! ¿Qué le has hecho?

—Déjala, se lo está pasando en grande —me contestó Leo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Sin parar de reír, me acerqué a ellos y con suavidad le quité el cepillo de las manos a la niña, que protestó fastidiada.

—Y por lo que veo, tú también —le regañé, divertida aún por la situación—. Espera, que voy a intentar arreglarlo.

—Vale, pero no es necesario, de verdad.

Me situé entre las piernas de Leo, dejando su rostro a la altura de mi pecho, y comencé a deshacer los moñitos y lazos que Sofía le había puesto. Mis manos se movían nerviosas y me di cuenta que temblaban. Estar cerca de Leo me afectaba cada vez más.

—Ven Sofía, vamos a recoger tus cosas —le pidió Emilia, que seguía la escena con atención y se percató de mi azoramiento.

—Yaaa voy —contestó la niña, bajándose del sofá y echando a correr junto a Mili.

Las dos desaparecieron de la habitación y se hizo un silencio incómodo, mientras terminaba de

soltar el último mechón de pelo.

—Entonces, ¿te recojo a las ocho? —La voz de Leo sonaba ronca.

—Sí, perfecto —afirmé con los latidos de mi corazón descontrolados.

Una vez finalizada la tarea, bajé mis brazos y sin moverme de entre sus piernas y contemplé a Leo, con su melena suelta hasta los hombros. Mi león.

—Te he echado de menos esta mañana —murmuró.

No esperaba que me dijera eso. Un intenso rubor subió hasta mis mejillas.

—Yo... también me he acostumbrado a verte todos los días.

Leo levantó la vista y pude percibir un anhelo voraz en sus ojos. A continuación noté la caricia de sus manos sobre la parte trasera de mis pantorrillas, que iban subiendo con lentitud hacia mis muslos desnudos, solo cubiertos por el pantalón short. Paralizada por su mirada y las intensas sensaciones de sus dedos sobre mi piel, me sujeté a sus hombros, mareada de deseo.

—Mamá, ya estoy. ¿Nos vamos?

La voz de Sofia me provocó una sacudida, y Leo se levantó del sofá de un salto.

Tuve que aclararme la voz para conseguir articular palabra.

—Sí, cariño, vamos.

Antes de salir Leo me sujetó del brazo con suavidad y, todavía con los ojos cargados de pasión, me habló en voz baja.

—Nos vemos a las ocho, *cara*.

# Capítulo 21

## En tus manos

~Ana~

Inquietud, nerviosismo y una sensación de euforia que no me abandonó durante toda la tarde, que se acrecentaba conforme las manillas del reloj avanzaban hacia la hora en la que Leo pasaría a recogerme.

Emilia se había llevado a Sofía hacía un escaso cuarto de hora y faltaban tan solo cinco minutos para las ocho. Mi corazón palpitaba desbocado, como una adolescente en su primera cita.

Sin embargo, esto ni siquiera era una cita. ¿Tanto me afectaba verlo?

No era capaz de continuar luchando contra mis sentimientos, ni con la descarga de electricidad que se producía en mi cuerpo cada vez que Leo posaba sus manos sobre mí. Pero no solo era algo físico, también me moría por escuchar su risa, por ser el blanco de sus bromas tontas, por dormirme en sus brazos mientras me acariciaba el pelo, como antaño.

Contemplé mi reflejo en el espejo para darme los últimos retoques de maquillaje. El resultado no era tan malo como esperaba, los pantalones me sentaban bien, y para combinarlos había escogido un top sin mangas de color blanco, que dejaba al descubierto mis hombros y mi ombligo. Unos zapatos de tacón alto en tono rosa palo y el pelo recogido en un descuidado moño completaban un atuendo sencillo a la vez que elegante. No estaba mal para ser la primera vez que me arreglaba tras mucho tiempo usando solo ropa informal.

Los últimos años de mi existencia los había dedicado a calentar biberones, cambiar pañales, preparar papillas y cuidar a mi niña por encima de todo lo demás. Criar sola a Sofía me había costado mucho esfuerzo, pero me reportó una felicidad sin igual. Nada se comparaba con la dicha que ella trajo bajo el brazo el día que nació. Sofía era mi vida entera, me había ayudado a levantarme y luchar cuando los momentos de melancolía y los recuerdos de Leo se apoderaban de mí.

El sonido del timbre me devolvió a la realidad.

Cuando abrí la puerta, Leo esperaba apoyado en el bordillo de la acera, sentado en su Harley-Davidson Street, y sostenía en su mano un casco para mí.

Estaba guapísimo, con unos pantalones negros bastante estrechos y una camisa blanca con los botones de arriba desabrochados y que lucía por fuera de los pantalones. Su pelo, se veía pulcramente recogido, como casi siempre.

Sonrió al verme, no sin antes echarme una ojeada de arriba abajo, asintiendo con la cabeza.

—Estás preciosa —resopló—. Anda, vámonos antes de que me arrepienta.

¿Arrepentirse de qué? Bah, que más daba, le había gustado mi aspecto y eso me dibujó una sonrisa tonta en la cara, que me duró todo el trayecto hasta el pueblo.

Llegamos a Alcaraz con la hora justa, así que Leo me acompañó hasta el lugar donde yo había quedado con las chicas, y se marchó con rapidez.

La despedida de soltera de Marta transcurrió entre risas, bailes, diversión, fotos y parloteo sin

cesar. Era la primera vez que nos reuníamos todas desde hacía más siete años y me di cuenta de cuánto echaba de menos esos momentos.

Al final, hubo penes de goma, de bizcocho, en forma de globo, de peluche e incluso de golosinas; pero Marta no se enfadó, al contrario, se rio con cada una de las bromas que le gastamos.

—¡Son las dos! —exclamó Marta alarmada—. Vámonos, que llegamos tarde. Se supone que debíamos encontrarnos con ellos a la una en el local de Irene.

Con una hora de retraso, aparecimos en el pub de copas de Irene, donde nos esperaban Pablo, Tomás, Rafa y Leo; todos con cara de preocupación, aunque al vernos aparecer con penes de peluches en los brazos, las caras de inquietud se tornaron chistosas.

En grupo jaleamos a Pablo y Marta cuando se fundieron en un apasionado beso. Hacían una pareja preciosa, y no conseguí evitar que se me escapase una lágrima de emoción. Pero al mirar de reojo, Leo me estaba contemplado con una sonrisa sincera dibujada en su rostro.

La música invitaba a bailar, así que tiré de la mano de Irene y la arrastré hasta la pista, donde comenzamos a movernos al son de la canción.

En todo momento sentía los ojos de Leo clavados en mí, y de vez en cuando nuestras miradas se cruzaban sin poderlo remediar.

Cuando me cansé de bailotear en la pista, me acerqué a la barra, donde estaba apoyado Leo sonriendo, pero con el semblante pensativo.

—No bailas —le comenté, mirándolo de reojo.

—No me apetece demasiado.

Lo dijo sin mirarme.

—Que yo recuerde, no se te daba mal —insistí.

—No se nos daba mal —me corrigió—. En realidad, se nos daba bien todo cuando estábamos juntos.

—Cierto —afirmé.

Se giró un poco para observarme, pero continuaba reflexivo.

—Encajábamos a la perfección.

—Sí. —Suspiré y sin saber por qué, le solté con amargura—: Hasta que decidiste que te apetece más acostarte cada día con una chica diferente.

Su rostro se ensombreció.

—Eso no es cierto, Ani.

—¿Ah, no? —le pregunté alterada por el rumbo que tomaba la conversación.

—No. —Negó con la cabeza—. Además, tú tampoco te quedaste en casa llorando. Primero fue mi hermano, y después el padre de Sofia, ¿no? ¿Acaso hubo más?

Eso me hizo daño.

—Eres un imbécil —le contesté, dolida por sus palabras—. Y quizá lloré por ti más de lo que te merecías.

Agaché la cabeza para que no se percatara de lo mucho que me afectaron sus acusaciones, pero noté su mirada fija en mí.

—Toma. Te he pedido tu copa favorita. —Su tono se había suavizado.

—Gracias —le dije seca.

Me entregó la bebida clavando sus profundos ojos oscuros en los míos, pero al poco rato, los desvió y nos quedamos en silencio, tomando nuestras copas, mientras la música se escuchaba de fondo.

En ese instante, vi cómo Marta se aproximaba al Dj y le decía algo al oído. Cuando me quise dar cuenta, comenzaron a sonar los primeros acordes de la canción Colgando en tus manos, de Carlos Baute y Marta Sánchez.

Observé a Leo y nuestros ojos volvieron a encontrarse, esta vez con más intensidad. Sin darme tiempo a reaccionar, tiró de mi mano arrastrándome hasta la pista.

—Ven aquí —me dijo, pegando mi cuerpo al suyo y comenzó a moverse al ritmo de la preciosa melodía.

Sus manos me acariciaron la espalda, hasta que se detuvieron en mis caderas. Instintivamente levanté mis brazos y los enlacé en su cuello. Nuestros rostros quedaron a escasos milímetros de distancia y sentí su aliento en mi frente.

Inspiró con energía y a continuación depositó un dulce beso en mi frente. Un escalofrío me sacudió con fuerza.

—Todavía se te eriza la piel cuando te toco —me susurró con sus labios muy cerca de mi oreja.

No contesté. Mi mente se bloqueaba ante las miles de sensaciones que recorrían mi cuerpo en ese instante. Lo miré a los ojos y levanté mi rostro hasta rozar mis labios con los suyos en una lenta caricia.

—Hay cosas que no cambian.

Leo bufó, estrechándome con fuerza.

—Lo siento, Ani. —Su voz sonaba arrepentida, con sus labios a pocos milímetros de los míos—. No he debido decirte eso antes. Es normal que rehicieras tu vida tras nuestra separación.

¿Qué podía contestar a eso? ¿Que después de él no hubo nadie más? ¿Que el padre de Sofía, al que tanto aludía, no era otro sino él?

Solté una risa amarga, pero no me aparté.

—El padre de mi hija ni siquiera sabe que ella existe. Y a ti jamás he conseguido olvidarte, ni tampoco he logrado rehacer mi vida, aunque no lo creas. —Lo miré a los ojos, mi boca continuaba rozando la suya—. Tú mismo acabas de comprobar cómo me estremezco aún cuando me tocas, al igual que la noche antes de mi boda con Enzo.

Me apretó con más firmeza contra su cuerpo y noté que temblaba tras mi confesión.

—Ana... Pídeme que te bese. No puedo más.

Me sentía aturdida por su proximidad, pero me aterraba dejarme llevar.

—Estoy mareada —le dije soltándome de su abrazo—. Necesito tomar el aire.

Me dirigí a la terraza del local, pero Leo me siguió.

—Ana, espera. —Cuando me alcanzó se situó frente a mí—. Escúchame, *cara*. Me duele imaginarte con otro, pero lo que realmente me parte en dos es saber que has cuidado sola a tu hija durante cuatro años.

Lo miré a los ojos y supe que era sincero. Ya no me quedaban más excusas para no confesarle mi secreto.

—Por favor, llévame a casa, Leo. Creo que he bebido demasiado y no me encuentro bien —le rogué con los ojos empañados.

Movió la cabeza, contrariado por mi actitud, pero finalmente asintió y nos marchamos de allí sin despedirnos de los demás.

En el trayecto, aferrada a su cintura con firmeza en el asiento de atrás de la moto, solo pensaba en la manera de confesarle la verdad sobre Sofía. Había llegado el momento de tener una larga conversación con él y de enfrentarnos a nuestro pasado.



## Capítulo 22

### La cosa más bella

~Leo~

*Verano de 2006*

La ventaja de hacer turismo por Roma con un italiano era que nosotros, los romanos, conocíamos otros lugares menos populares, pero cargados de encanto, además de los típicos sitios a los que se llevaba de visita a todos los extranjeros, como La Fontana di Trevi, El Coliseo o la Basílica de San Pedro.

El entusiasmo de Ana era pegadizo. No paró de tomar fotos en todo el mes, contemplaba cada detalle con una mezcla de asombro y admiración. No cabía duda, Ana se había enamorado de la bella Roma... y yo cada día lo estaba más de ella. Solo por ver su sonrisa aparecer, la habría llevado hasta la luna.

Durante el día, recorriamos las calles de mi ciudad y luego comíamos en pequeños restaurantes que yo frecuentaba durante el invierno. No eran locales de renombre, pero servían platos exquisitos con esa esencia italiana que tanto le gustaba a Ana.

Y por las noches, mi cama prendía fuego con nuestros cuerpos entrelazados, hasta que nos dormíamos exhaustos y saciados el uno del otro. A veces era difícil permanecer silenciosos, pero no nos quedaba otra opción, pues Enzo ocupaba la habitación de al lado.

Hacía unos meses que me había armado de valor para confesarle a mi hermano que Ana y yo estábamos juntos. Al principio, Enzo se lo tomó bastante mal, incluso se marchó de casa durante unos días. Él no entendió que se lo hubiera ocultado, pero lo que más le dolió fue que le traicionara, porque me había dejado llevar aun sabiendo lo que Enzo sentía por Ana.

Cuando volvió a casa tras nuestra discusión, le expliqué que no quise hacerle daño, que traté de negar mis sentimientos durante mucho tiempo, pero que no pude evitar enamorarme de ella, por más que lo intenté.

Con el paso de los meses sentí que mi hermano comenzó a perdonarme y cuando Ana llegó a Italia durante las vacaciones de verano, Enzo se dio cuenta que ella irradiaba felicidad, por eso dejó de lado cualquier acritud y finalmente aceptó nuestra relación, aunque fuera a regañadientes.

Esa mañana salimos temprano porque quería enseñarle a Ana dos de mis sitios favoritos de Roma.

—Qué maravilla —expresó Ana, embelesada por *La Fontana dell'Acqua Paola*—. Mira qué agua más cristalina. ¿De dónde dices que proviene?

—Del lago *Bracciano*. Llega hasta ahí —le señalé—. Y después se divide entre los cinco arcos que constituyen la fuente, hasta terminar aquí.

Pese a su simplicidad, *La Fontana dell'Acqua* era para mí una de las fuentes más hermosas de Roma. Siempre que buscaba un poco de soledad para concentrarme y preparar mis exámenes, me sentaba en el borde a leer, con el sonido de fondo del agua cayendo.

—Es preciosa —afirmó de nuevo, mientras se colgaba de mi brazo para regresar al aparcamiento donde habíamos estacionado la moto.

—Me alegra que te haya gustado. Ahora ponte el casco, que quiero llevarte a un lugar muy especial para mí.

Ani se colocó en el asiento trasero de la moto y se sujetó con fuerza a mi cintura, mientras emprendimos el camino por la carretera hacia el sur. Al poco rato, llegamos a una explanada donde dejamos la moto, y caminamos hasta una gran construcción de piedra, en cuyo centro había un antiguo pórtico.

Nos adentramos por un camino de gravilla que se extendía hasta que la vista se perdía, cuyos laterales estaban adornados por setos rectangulares, perfectamente cuidados y custodiados por altísimos cipreses mediterráneos.

Reinaba un silencio sepulcral.

Ana contemplaba el lugar con curiosidad, avanzando con paso lento y agarrando con fuerza mi mano, hasta que alcanzamos un arco de enredaderas, donde giré hacia la izquierda.

—Es un cementerio —manifestó asombrada.

Asentí con la cabeza y le sonreí conmovido por encontrarme junto a ella en ese lugar.

—Es el cementerio protestante de Roma —le expliqué—. Tiene más de tres siglos de antigüedad. Algunas de las tumbas son verdaderas obras de arte.

Sus ojos brillaban y parecían absorber toda la mística de ese sitio tan singular.

—¿Cementerio protestante?

—Bueno, en realidad aquí se entierra a todo aquel que no se considera católico —le aclaré.

Anduvimos entre inquietantes y hermosas estatuas, lápidas y mausoleos de todos los tamaños, diferentes entre sí. Algunos parecían antiquísimos, otros más modernos. Detuve mis pasos frente a una tumba y me coloqué detrás de Ana, abrazándola.

Ante nuestros ojos se mostró una escultura de una mujer sosteniendo un libro en sus manos, en cuyos pies se extendía una losa de piedra y sobre ella reposaba una placa con un texto grabado.

—*Qui giace* Claudia Bianchi De Luca —leyó Ana, y al instante se giró turbada, buscando mis ojos—. Leo, es... la tumba de tu madre.

Sobrecogida por las emociones, se abrazó a mí con fuerza.

—Era una gran periodista y siempre andaba con la nariz metida en un libro. —Me aclaré la garganta y continué—. Una de sus últimas voluntades fue ser enterrada en este lugar. Cuando murió, mi hermano y yo solíamos sentarnos aquí a contarle cómo nos iba, convencidos de que ella nos escuchaba.

Ana se agachó y acarició la superficie con admiración, acto seguido me indicó que me sentara a su lado, en el suelo, donde permanecimos largo rato contemplando la escultura, absortos con el sonido de los árboles meciéndose con el viento.

—Leo, quiero vivir contigo en Roma —soltó de improviso, con la mirada ausente.

Sonreí.

—No puedes hacer eso, *amore*. Debes finalizar tus estudios en España y convertirte en una gran chef. Ese es tu sueño desde que eras una renacuaja. —Ladeé la cabeza para observar su reacción—. Aquí no conoces el idioma y sería como empezar de cero.

—Eso da igual.

Bromeaba, ¿no? Le revolví el pelo con cariño, se acercaba la hora de comer, así que la insté a incorporarse para regresar a casa.

Por un momento dudé si continuar con esa conversación, pero lo descarté convencido de que

Ana no hablaba en serio y que solo se había dejado llevar por las emociones.

## Capítulo 23

### Mi pequeño tesoro

~Ana~

*En la actualidad*

—Sofía, recoge los juguetes antes de irnos.

—Ya voy, mamá.

Me hallaba en un estado de frustración total. Durante todo el día intenté encontrarme a solas con Leo para hablarle sobre Sofía, pero el ajetreo del hotel nos lo había impedido. Cuando me acercaba a él, siempre surgía algún problema que Leo debía resolver de inmediato, así que finalmente tuve que desistir y retrasar nuestra conversación hasta el día siguiente.

—Pobre de ti, Mili. Sofía te deja la casa que parece una juguetería, con todos sus trastos por medio.

—No seas quisquillosa, es una niña y tiene que jugar. Deja eso. —Me quitó de las manos los peluches que estaba guardando y prosiguió—. ¿Por qué no os quedáis a cenar hoy aquí? —preguntó la anciana, servicial.

—¿Y darte más tarea? Demasiado haces ya por nosotras, Emilia.

—Ya sabes que lo hago con gusto.

Me acerqué a ella y la besé en la mejilla.

—Gracias por cuidar de nosotras, vales un potosí —añadí en voz baja.

Emilia sonrió ampliamente y me acarició la mano.

—Ay, mi niña, si a mí me dais la vida. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de la felicidad que me reporta tener niños en casa y verlos corretear, que parece que he rejuvenecido veinte años. Desde que Leo y Enzo se hicieron mayores, ya nada ha sido igual.

Emilia era lo más parecido a una madre que habían tenido Leo y Enzo, aunque solo la veían durante el verano, pero para ellos significaba mucho recibir el cariño de una figura materna, pues el resto del año vivían solos en Italia, sin los cuidados de una familia. Por ese motivo Leo fue como un padre para Enzo durante su adolescencia, aunque solo les separaban dos años de edad.

Martín, el hijo de Mili y padre de Leo y Enzo, era un hombre que solo pensaba en su trabajo y en cumplir los deseos de su nueva y joven mujer. Leo siempre decía que ellos le recordaban tanto a su difunta esposa que no soportaba tenerlos cerca.

Dijera lo que dijese Leo, a mí me parecía que su padre era un hombre cruel, egoísta y sin sentimientos, que abandonó a sus hijos cuando más lo necesitaban. Si Martín creyó que por concederles todo tipo de comodidades había sido un buen padre, se equivocaba.

Miré a la anciana con afecto, era tan diferente a su hijo...

—Pues nada, nos puedes adoptar a las dos y así te hacemos compañía... aunque no sé cómo se lo tomaría mi madre —le dije riendo—, porque ya sabes lo protectora que es.

Mili soltó una carcajada.

—No, esa no es una buena idea. —Negó con la cabeza—. Pero sigue en pie la invitación a

cenar. Tengo mucha comida preparada que no consigo que se acabe porque casi siempre estoy sola, y Leo está tan cansado cuando sale del trabajo que en ocasiones no viene.

Chasqué la lengua.

—Eso no está bien, mañana le regañaré por no pasar más tiempo contigo —le aseguré.

Mili rio.

—Bueno, es mi última oferta, ¿os quedáis a cenar o no? —nos preguntó con paciencia infinita.

Miré a Sofía y vi que asentía encantada.

—Sofí manda, así que aceptamos —sonreí y continué—: Pero con la condición de ayudarte a preparar la cena.

Sofía puso cara de fastidio y las dos nos echamos a reír.

Cenamos en compañía de Emilia, quien aprovechaba cualquier momento para contar anécdotas sobre la aldea y su juventud. Sofía parecía encantada escuchándola, abriendo los ojos con asombro, sobre todo cuando Mili hablaba de leyendas sobre fantasmas y apariciones.

Cuando terminamos, Emilia y yo recogimos la mesa y entramos en la cocina para fregar los platos, entretanto Sofía se tumbaba en el sofá con ojitos de sueño.

—He bañado a Sofía esta tarde —me comentó al descuido, mientras secaba un vaso.

Mi espalda se tensó, asentí con la cabeza y supliqué para mis adentros que no se hubiera percatado del lunar.

—Vale —murmuré.

—Al salir de la piscina no se enjuagó en la ducha y le olía el pelo a cloro, así que la metí en la bañera cuando llegamos a casa —siguió explicando Mili.

—De acuerdo —dije concisa.

Las dos nos quedamos en silencio durante unos minutos.

—¿Cuándo piensas decirle a mi nieto que es el padre de Sofía? —me soltó a bocajarro.

Mierda.

Con toda seguridad, mientras la bañaba, Emilia había descubierto el lunar que mi hija tenía en la nuca, y que normalmente le tapaba el pelo. Ese lunar era el mismo que poseían sus dos nietos, Enzo y Leo. Emilia intuía que Sofía era fruto de mi relación con Enzo, así que traté de hacerle ver que se equivocaba.

—Yo... Enzo... —No encontré las palabras.

—¿Enzo? —preguntó levantando las cejas—. Mi niña, yo me refería a Leo.

Palidecí.

Mili negó con la cabeza.

—¿Por qué dices eso? —acerté a preguntar.

Emilia rio sin ganas.

—No estaba segura, pero tu cara acaba de confirmar mis sospechas. Es obvio —manifestó—. Leo lleva toda su vida bebiendo los vientos por ti. Y a ti te ocurre lo mismo. A mí no me engaños.

—Yo no he...

—No entiendo qué pasa entre vosotros —añadió sin dejarme hablar—, ni por qué os alejasteis y estuviste a punto de casarte con Enzo. Solo sé que ya es hora de que pongáis las cartas sobre la mesa y me dejéis disfrutar por completo de mi bisnieta lo que me quede de vida.

Me quedé muda, sin saber qué contestar.

—Yo... —suspiré sonoramente—. No sé qué decir.

—Aún no lo sabe, ¿cierto? En eso tampoco me equivocaba —añadió—. Pues se lo debes

contar ya a Leo, no dejes pasar más tiempo.

No tenía sentido seguir negándolo.

—Lo sé, pero no sé ni cómo decírselo. Tengo miedo de su reacción, a que me odie para siempre por habérselo ocultado; a que todo salga a la luz y se rompa el vínculo entre Leo y Enzo.

—Solté todo el aire de mis pulmones—. Hoy he intentado hablar con él, pero es como si todos los planetas se hubiesen alineado para que no lo haga.

—Cuéntaselo.

La presión en mi pecho me impedía respirar con normalidad.

—Lo haré, Mili —le aseguré con tristeza—. Seguiré intentándolo, pase lo que pase.

Un rato más tarde, cargué a Sofía en mis brazos, pues se había quedado dormida, y nos fuimos a casa a descansar.

Al igual que Scarlett O'Hara, ya lo pensaría al día siguiente.

## Capítulo 24

### No me doy por vencido

~Ana~

Cerré la puerta del despacho con un golpe atronador y me situé frente a su escritorio con los brazos en jarra. Mi enfado era monumental.

—¿Me vas a explicar por qué me estás evitando? —le pregunté.

Leo levantó la vista con parsimonia.

—No te estoy evitando, Ana —contestó relajado, y volvió a bajar la cabeza para continuar con lo que estaba haciendo.

—¿Ah, no? ¿Y por qué cada vez que intento hablar contigo inventas una excusa para marcharte?

Dos malditos días me había pasado buscándolo por todas partes, y cada vez que lo encontraba y le decía que necesitaba conversar con él, siempre le surgía algo más urgente que solucionar.

—Solo estoy haciendo lo que me pediste hace dos noches —manifestó, sin tan siquiera levantar la vista de los documentos que tenía encima del escritorio.

—¿¡Qué!?! —espeté indignada—. ¿De qué estás hablando, Leo?

En ese instante posó sus ojos sobre mí y se acomodó en su silla.

—¿No lo recuerdas? —Levantó las cejas—. Entonces supongo que tampoco te acuerdas que te llevé en brazos hasta tu cama, ni de la cantidad de cosas que me echaste en cara por el camino.

Bromeaba. No podía ser cierto. ¿Se refería a la noche de la despedida de solteros de Marta y Pablo?

Presioné mis sienes con ambas manos y cerré los párpados con fuerza. La última imagen que guardaba en mi mente de esa noche era cómo sentía el viento frío en mi piel, mientras me agarraba a la cintura de Leo en el asiento de atrás de su moto, para volver a Canaleja.

Resoplé con fastidio y me dejé caer en la silla que había junto a su mesa. Traté de apaciguar mi irritación, antes de pronunciar las palabras que se acumulaban en mi boca.

—Bien, voy a calmarme —inspiré profundamente y continué—: ¿Me puedes contar qué ocurrió? Por favor.

Leo me contemplaba con tal seriedad que no auguraba nada bueno.

—Veamos —fingió hacer memoria—. Primero me dijiste que en mi presencia te sientes confusa, que te estresa tenerme cerca, que te he fastidiado todos los planes cuando por fin comenzabas a recuperarte, que otra vez has caído en mi trampa como una imbécil y por último, me exigiste que me aleje de ti porque no soportas la idea de que te rompa el corazón de nuevo.

Me tapé la cara con las manos, horrorizada; pero vi por el rabillo del ojo que Leo estaba enfadado y no prestó atención a mi azoramiento.

Qué ridículo tan espantoso había protagonizado. ¿Cómo iba a hablarle de un tema tan serio, como lo era Sofia, en aquel momento tan incómodo?

—No puede ser. —Me sentía avergonzada.

Pero Leo seguía parlotando con el semblante cada vez más hosco.

—...Y eso hice.

—¿El qué? —pregunté confundida.

—Pues alejarme de ti, tal y como me pediste.

—Esto es ridículo —Lo miré, arrepentida—. Bebí demasiado... y dije cosas que no debía. Por favor, no me lo tengas en cuenta.

Leo se incorporó y caminó hasta donde yo me encontraba, se paró frente a mí y se cruzó de brazos.

—¿Eso es lo que piensas realmente? —me interrogó—. Me refiero a lo que me expresaste esa noche. ¿Quieres que me aleje de ti para siempre?

—Leo, yo...

—Bien, ¿y qué trampa se supone que te he tendido, *amore*?

Otra vez me invadió esa maldita sensación de presión en el pecho que no me permitía respirar.

—No me llames *amore* —le supliqué con voz apenas audible.

Pero Leo me escuchó.

—¿Por qué no puedo decirte *amore*, Ani? —me preguntó con desazón y su rostro se ensombreció más todavía.

Esquivé sus ojos, angustiada. Finalmente, estallé.

—¡Porque me recuerda a la época en la que aún me querías! —troné, sin lograr frenar mi rabia.

Leo no esperaba que esas palabras salieran de mi boca, pues noté en sus ojos el efecto devastador que causaron en él. Sin poderse contener, se arrodilló en el suelo frente a mí y me levantó la barbilla, mirándome con dolor.

—Ana, yo... nunca he dejado de amarte —su voz sonaba contundente—, y jamás dejaré de hacerlo.

Esa declaración fue como un cuchillo clavándose en mi alma. Mentía sin ningún tipo de escrúpulos. No había otra explicación. Él me abandonó, me destrozó el corazón sin compasión y se marchó a Italia, sin pestañear.

Me levanté de la silla y caminé hacia el otro extremo de la habitación, hasta que me apoyé en la pared, pues estuve a punto de perder el equilibrio.

—¿Cómo puedes decirme eso? —La angustia se apoderó de mí, imposible de ocultar—. Tú... me diste a entender que ya no estabas enamorado de mí. Volviste a Roma sin mirar atrás. Ni siquiera me llamaste. Desapareciste de mi vida por completo.

Leo negaba con la cabeza una y otra vez. Se irguió y caminó con lentitud hacia la pared donde yo me encontraba.

—No era cierto lo que te dije aquel día. —Sus ojos transmitían el tormento que guardaba en su interior—. En ese momento no vi otra opción, aunque no fuera la correcta.

Estiré mis brazos para evitar que se acercara más a mí.

—¿Otra opción? —le pregunté, confusa.

Suspiró, sobrepasado por la situación.

—Ani, os escuché —hizo una pausa y entrelazó sus manos con las mías, intentando ablandar mis defensas—. Oí tu conversación con Marta. Le contaste que ibas a abandonar tus estudios en España para vivir conmigo en Italia.

—¿Y qué tiene que ver eso con...?

No me dejó terminar, se aproximó a mí, aprovechando mi perplejidad, apoyó las manos en la



pared y posó su frente contra la mía, quedando nuestros rostros a escasos centímetros.

—No podía permitir que te olvidaras de tu sueño por mí —me expresó en murmullos—. Te mentí.

No daba crédito a lo que Leo me estaba confesando.

—¿Qué? —jadeé.

Con una mano, me acarició el pelo. Sus labios rozaron mi mejilla.

—No encontré otra manera de evitar que echaras a perder tu futuro. Lo siento, *cara*. —Su boca se deslizó hasta la curva de mi barbilla—. Nunca fue mi intención que nuestra separación durase demasiado, el tiempo suficiente para acostumbrarme a mi puesto en la empresa y preparar un proyecto que me permitiera instalarme en España, para estar cerca de ti. Iba a pedirte perdón entonces, pero ya era tarde...

Me quedé en estado de shock. Las palabras de Leo retumbaban en mi cerebro, como tambores que se ajustaban al compás de mis latidos, cada vez más fuertes y rápidos.

Lo aparté con firmeza, necesitaba espacio. Caminé hasta la puerta y apoyé mi espalda en ella, respirando con dificultad.

—No es posible —negué.

—Me he arrepentido de aquella decisión durante años. —Su voz era afligida—. Actué mal, no confié en nosotros. No luché por lo que teníamos. Di por sentado que me esperarías.

Trataba de asimilar lo que acababa de desvelarme. Pasé muchos años preguntándome en qué falló nuestra relación para que Leo dejara de quererme tan de repente. Me culpé durante mucho tiempo y me convencí a mí misma de haberlo presionado con mi amor.

—¿Por qué no me dijiste que no te parecía bien? —No lograba entenderlo—. Tomaste la decisión más drástica por los dos.

—¿Me hubieras hecho caso, *cara*? —Chasqueó la lengua—. Ya habías elegido y no ibas a cambiar de opinión.

—No, tienes razón; no habría cambiado de parecer —mascullé en voz baja.

Su mirada era de impotencia.

—Comprendo que no puedas olvidar el daño que te hice. —Se llevó las manos a la cabeza y se giró, dándome la espalda para que no pudiera ver su expresión—. Vete si es lo que deseas, *cara*. Pero debes saber que no me voy a dar por vencido, que voy a seguir intentando conseguir tu perdón.

Con las manos hacia atrás, agarré el pomo de la puerta, que se clavaba en mi espalda y dudé si salir corriendo de allí.

Era imposible describir todas las emociones que me invadieron en ese instante. Ira, confusión, desconsuelo... amor. Un amor que no se acabaría jamás. ¿Leo no había dejado de amarme? Contemplé su perfil, roto de dolor y supe que me decía la verdad. Estaba cansada de luchar contra los dictados de mi corazón, era una batalla perdida.

—Leo —susurré.

—¿Qué quieres, Ani? —preguntó, afligido.

—Bésame.

Se dio la vuelta para observarme, pero al darse cuenta del anhelo que desprendían mis ojos se acercó despacio, titubeando, hasta quedar a pocos milímetros de mi rostro. Me miró, interrogante y tiré con suavidad de su camiseta para atraerlo. Él se dejó llevar, me besó con todo el deseo que acumulaba en su interior.

Separó mis labios con los suyos y cuando sentí el roce de su lengua contra la mía gemí de

placer. Nos devoramos durante largos minutos, sin descanso, con ansia. Notaba su excitación en el centro de mi cuerpo y me apreté más contra él. Lo oí susurrarme algo en italiano, antes de profundizar el beso. Mis dedos se enredaron en su pelo perfectamente recogido. Sus manos se movían intrépidas bajo mi vestido, levantándolo para acceder mejor a mi piel. Cuando llegó a su objetivo y me acarició con suavidad por dentro de mis bragas, eché la cabeza hacia atrás pronunciando su nombre.

—Te necesito —admití entre jadeos.

Lamió mi cuello, provocándome, como solo él sabía y otro gemido se escapó de mis labios. Bajé mis manos por su espalda hasta introducir las en la parte trasera de sus vaqueros. La tela sobraba. Leo presionó contra mí, pero se detuvo en seco cuando el teléfono comenzó a sonar.

—Esto no puede estar ocurriendo ahora —dijo con voz estrangulada y resopló, apoyando su frente en la mía—. Mierda. Había olvidado la reunión con las agencias de viaje.

Sentí una enorme frustración cuando se apartó. Leo frunció el ceño, visiblemente malhumorado. Se alejó de mí, protestando entre murmullos mientras descolgaba el teléfono.

—Diles que en cinco minutos bajo a recibirlos, por favor —contestó y acto seguido colgó el auricular.

Leo me observó titubeando.

—Esto que ha pasado entre nosotros, ¿significa que...? —comentó con sus ojos aún brillantes por la pasión.

—Leo, ve a la reunión —exhalé—. Después seguiremos... hablando, tenemos cosas que aclarar. Y yo... debo contarte algo importante.

Me acerqué a él, que me atrapó con fuerza y me mordió con suavidad el labio inferior.

Suspiró, molesto.

—Estoy a punto de cancelar la junta —susurró con su boca sobre mi cuello.

Si continuaba así, no podría resistir la tentación mucho tiempo más.

—Tengo que dar las últimas indicaciones a los ayudantes de cocina que han llegado hoy y enseñarles un par de cosas más —le dije, con la mente nublada por sus besos—. Pero después si quieres puedo esperarte aquí hasta que finalice la reunión.

—¿Lo prometes?

Otro beso.

—Aquí estaré —le aseguré.

Me mordió la barbilla con suavidad y se marchó, arreglando como pudo su ropa arrugada.

## Capítulo 25

### No puedo vivir sin ti

~Leo~

*Verano de 2007*

—¿Qué pone? ¿Estoy admitida?

Ana era un manojo de nervios, dando saltitos frente al tablón de anuncios, para saber si había sido aceptada en el prestigioso curso de alta cocina de la Escuela Adrián Vargas; donde según ella, todo chef que entraba, después terminaba con una oferta de trabajo como becario en algún famoso restaurante español, con estrellas Michelin.

—Veamos, Ana Hernández Valle, está... —La miré dejando la respuesta en el aire para hacerla rabiar—. No se ve bien, la letra es muy pequeña.

—¡Leo! No me hagas sufrir más.

Reí feliz, porque ya conocía el resultado.

—¡Admitida!

Ani gritó con júbilo y se colgó a mi cuello. La sostuve en mis brazos y di vueltas con ella, compartiendo su regocijo.

—¡Sí, sí, sí!

—Enhorabuena, preciosa —la felicité llenando su rostro de besos.

Ahora solo le quedaban dos años por delante para hacer su sueño realidad y finalizar su formación para convertirse en la gran chef que yo estaba seguro que sería.

Durante todo el mes de julio permanecimos en Madrid, ya que Ana quería enseñarme su ciudad, al igual que yo lo hice en Roma. Fueron unas semanas intensas que me permitieron conocer mejor a sus padres y al resto de sus allegados, quienes me acogieron con tanto cariño que me hicieron sentir que formaba parte de ellos desde el primer momento. Ana era afortunada, tenía una familia de verdad.

Era nuestro último día en Madrid, pues una vez que supimos de su admisión en la escuela de alta cocina, partiríamos esa misma tarde hacia Canaleja, para visitar a mi abuela y pasar el mes de agosto junto a nuestros amigos.

—¿Has llamado a Pablo? —me preguntó, mientras metíamos las maletas en el coche.

—Sí, hemos quedado esta noche donde siempre. Somos los últimos, porque Enzo también llegó con Paola la semana pasada.

Paola era la nueva conquista de Enzo, una exuberante pelirroja que había conocido cuatro meses atrás en uno de sus viajes.

—Bien, pues vamos allá. ¿Quién conduce?

—Trae las llaves —le dije—. Esta vez me toca a mí.

Nos despedimos de sus padres y partimos rumbo a Albacete en su viejo Ford de segunda mano, que unos meses antes le habían regalado por su cumpleaños.

Solo llevábamos una hora de viaje cuando comenzó a sonar la canción Cryin de Aerosmith en

el reproductor y miré a Ana de reojo. Sonreí complacido cuando vi que no tardó en reaccionar, y noté su mano deslizándose por mi muslo, rumbo a mi entrepierna.

—Esta canción me pone a mil —susurró con voz sensual.

Y a mí me pones a mil tú, pensé.

—No juegues con fuego, *amore* —le advertí, excitado, sin apartar la vista de la carretera.

Pero Ana jugó con fuego y se quemó, pues terminamos haciendo el amor de forma salvaje en el asiento delantero, en mitad de un camino de tierra por el que nos desviamos, bajo el cobijo de la sombra de los árboles.

Llevábamos cuatro años juntos y cada vez que nos tocábamos la chispa prendía con la misma intensidad de la primera vez. Nunca me saciaba de ella, Ana era el amor de mi vida, estaba seguro de ello.

Mi abuela nos esperaba en la aldea, como siempre. Nos había preparado todo tipo de dulces típicos de la zona y mi plato favorito de comida. Su rostro reflejaba la dicha que sentía con nuestra presencia, pero sobre todo desde que Ana y yo nos mostrábamos como una pareja formal, eso la llenaba de orgullo.

—¿Volveréis para cenar? —nos preguntó esa tarde, antes de marcharnos.

—Hemos quedado con todos en Alcaraz, así que supongo que regresaremos tarde. Mejor no nos esperes.

—De acuerdo. Id con cuidado y pasadlo bien.

Esa noche nos reunimos en el local de Irene. Ya no éramos los niños de antaño, pero nuestra amistad continuaba intacta, por eso nunca hubiera imaginado que esa sería la última vez que estaríamos todos juntos.

Paola, la novia de Enzo, resultó ser una chica divertida y para sorpresa nuestra, se manejaba a la perfección con el español, como buena estudiante de Filología Hispánica. Y lo más importante era que mi hermano parecía feliz a su lado, había logrado pasar página por completo y su enamoramiento de Ana ya era cosa del pasado, o al menos eso parecía.

—¿Os acordáis cuando Leo le dio un puñetazo al primo de Rafa? —preguntó Irene, y todos estallaron en carcajadas.

—Menudo hostión se llevó mi primo —añadió Rafa.

—Te digo yo que Leo ya en aquel entonces estaba loquito por Ana —afirmó Marta entre risas.

Ana se sentó sobre mis rodillas con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Lo estabas? —me susurró al oído.

La miré y mi pecho se hinchó de orgullo.

—¿Tú qué crees? —Y le mordí el lóbulo de la oreja.

Siguieron parlotando y recordando episodios divertidos de nuestra adolescencia, pero Ana y yo no prestábamos demasiada atención.

—Venga, dejad de hacer manitas y acompáñame al servicio —le pidió Marta a Ana, tirando de su mano para levantarla de mis rodillas.

Comencé a preocuparme cuando pasó casi una hora y Ana no regresaba del baño, así que me acerqué para comprobar que todo estaba bien.

Al bajar las escaleras escuché que Marta y Ana conversaban tranquilas en la puerta de los servicios. Me dispuse a volver, ya convencido de que no les había ocurrido nada, pero me paré en seco cuando oí lo que Marta le estaba diciendo a Ana.

—Piénsatelo bien. No deberías renunciar a esa plaza.

—Voy a hacerlo, Marta —afirmaba Ana—. No quiero pasar ni un día más sin él. En septiembre me iré a Roma y allí comenzaré a estudiar italiano. Sé que con un poco de paciencia puedo aprender rápido el idioma y retomar mis estudios allí. No renuncio a ser chef, solo lo atraso un poco.

—No sé. Eres una cabezota. Yo creo que deberías terminar estos dos años y luego irte donde quieras —le aconsejaba Marta—. Eres una privilegiada, y lo sabes. Es un lujo que te hayan aceptado en la Escuela Adrián Vargas.

—Son dos años más... y no quiero que Leo sacrifique todo por mí y se venga a Madrid. Enzo y él están muy unidos, no puedo separarlos otra vez, me siento egoísta —protestó.

¿Ana pensaba dejar su plaza para irse a Roma? No era posible, ya habíamos hablado de ello. En septiembre yo comenzaría a trabajar en la empresa familiar. Una vez que me hiciera cargo de los resorts rurales en Italia, tenía planeado ampliar la cadena de hoteles en España, así podría trasladarme a vivir cerca de ella. Enzo ya no me necesitaba, además seguiría costeando sus estudios en la facultad y siempre tendría la opción de viajar de vez en cuando a Roma para pasar tiempo con él.

—Tú verás lo que haces, Ana. —Marta la dejó por imposible.

—Ya tengo la decisión tomada. En septiembre me iré —Ana zanjó la conversación.

Me escabullí con cuidado para que no descubrieran mi presencia, pero no acertaba a pensar con claridad tras escuchar la conversación de Marta y Ana. Si de algo estaba seguro era que no iba a permitir que Ana rechazara esa oportunidad por mí.

Las dos siguientes semanas resultaron ser un infierno para mí. Anduve taciturno, tratando de encontrar una solución para evitar que Ana llevara a cabo sus planes. Pero por más que busqué, no logré hallar una salida.

Ana era consciente de que me sucedía algo y su preocupación iba en aumento a medida que pasaban los días, hasta esa tarde en la que todo estalló por los aires.

—Sé que te pasa algo, Leo. No voy a aceptar que continúes diciéndome que no es nada, porque apenas me diriges la palabra, ni me miras. Y ya no hablemos de tocarme. ¿Qué te ocurre?

No podíamos prolongar esto.

—Ya te he dicho que no es nada.

Comenzaba a sentirme realmente abatido por la situación, y para qué negarlo, enfadado con Ana por haber tomado esa decisión sin contar conmigo.

—Dime qué ocurre, si no quieres que me vuelva sola a Madrid —me soltó alterada.

Resoplé frustrado.

—¿Quieres discutir? Adelante —Solté el aire con fuerza—. Estoy agobiado.

Ana se sorprendió.

—¿Por qué? ¿Por mí? —Su mirada se entristeció y me sentí el ser más despreciable que pisaba la tierra.

—No lo sé, Ani. Solo sé que necesito tiempo para pensar.

—Pero ¿a qué viene esto, Leo?

—No me presiones más, por favor.

Se dio la vuelta para que no pudiera ver las lágrimas que asomaban en sus ojos, pero las vi.

—¿Yo te estoy presionando? —murmuró desolada.

—Sí —mentí, y me rompí por dentro—. Yo... necesito salir de aquí. Voy a regresar a Roma.

Me sentí un ser vil, perdiendo el rumbo.

—Leo, ¿me estás insinuando que quieres romper? —Su voz sonaba angustiada—. Si he hecho algo...

—No es eso —la corté—. Tú no tienes la culpa, soy yo. Pero creo que debemos separarnos por un tiempo, y ver qué ocurre.

El silencio cortaba el aire de la habitación.

—No entiendo nada. ¿Por qué este cambio tan repentino, Leo? —preguntó finalmente en un susurro—. ¿Acaso has dejado de quererme?

Las palabras se me atascaban en la garganta por el nudo que se me había formado, que me impedía hablar.

—No sigas por ahí, Ana.

—¿Por qué? —balbució sin fuerzas.

—No, no estoy seguro. —Que me llevarsen los demonios por lo que acababa de hacer, pero ya no había marcha atrás—. Creo que durante estas dos últimas semanas me he dado cuenta que necesito meditar sobre todo esto, antes de dar un paso más hacia adelante y que no haya solución.

Los hombros de Ana se agitaron y supe que estaba llorando. El corazón se me partió en dos.

—No comprendo qué ha pasado. ¿Hace dos semanas me querías y ahora no?

—Ana...

—Pero si eso es lo que sientes, no tengo nada que hacer aquí.

Un sollozo escapó de sus labios.

—Ani, espera.

Pero se fue a toda prisa y no pude retenerla.

A la mañana siguiente, preparé mi viaje de vuelta a Italia, pero ya no era yo, me había convertido en un ser sin vida. En varias ocasiones estuve a punto de ceder a mi impulso de regresar y pedirle perdón, pero entonces recordaba lo que ella pretendía hacer y no iba a permitirlo, jamás dejaría que ella abandonara todo por mi culpa.

¿Cómo podía hacerle eso? Conseguí que Ana no renunciara a su gran oportunidad, pero ¿a costa de qué? Había destrozado la vida de ambos, y aún no era consciente de hasta qué punto.

## Capítulo 26

### Me muero por besarte

~Ana~

*En la actualidad*

Esperé a Leo en su despacho hasta que oscureció, pero la reunión se había alargado más de lo esperado y no tuve otra opción que marcharme para recoger a Sofía e irnos a casa.

Su confesión resonaba en mi cabeza una y otra vez, aunque todavía me costaba asimilarlo. Según él, me mintió para que no rechazase la plaza que con tanto esfuerzo había conseguido. Tenía sentido, pues haciendo memoria recordé que su actitud conmigo comenzó a cambiar el día que llegamos a Canaleja, durante nuestras vacaciones de aquel año, justo cuando le conté a Marta mis planes de irme a Italia.

Quizá era cierto y Leo nunca dejó de quererme, aun así no tenía derecho a tomar una decisión de ese calibre por los dos, abandonándome con mentiras. Aunque yo tampoco actué correctamente, porque debí hablarle de mis intenciones y tener en cuenta su opinión antes de elegir algo que nos afectaba a ambos.

Los dos nos equivocamos y a mí también me correspondía disculparme con él.

Pero había algo que no encajaba; si nunca dejó de amarme, ¿por qué tuvo tantas aventuras con todas aquellas mujeres al poco tiempo de nuestra separación? Yo no fui capaz de iniciar ninguna relación hasta que transcurrieron dos años, y ni siquiera entonces logré olvidarlo.

Salí de la ducha y me vestí con unos cómodos shorts de algodón para andar por casa, pero en un impulso saqué del cajón la vieja camiseta de Leo que aún conservaba, esa que tantas noches me había acompañado en el pasado, cuando el dolor y la añoranza no me dejaban conciliar el sueño.

Me puse la camiseta y sonreí al recordar lo mucho que excitaba a Leo en el pasado verme con sus prendas.

—Mami, ¿me haces hamburguesas Pikachu para cenar?

Sofía apareció en la puerta poniéndome ojitos para conseguir lo que quería.

—Nena, pero si cenaste lo mismo hace unos días —le regañé.

—Porfa, porfa, porfa...

Chasqué la lengua.

—Vale, pero ya hasta la semana que viene no hay más hamburguesas, ¿entendido?

—¡Sííí!

—Y te tienes que comer las verduritas sin rechistar —añadí.

—Que sí, de verdad. —Y puso cara de inocencia.

Me dio la mano y bajamos las escaleras en dirección a la cocina para hacer la cena.

—¿Has encontrado a Gizmo? —le pregunté.

Era el peluche de Gremlin con el que dormía todas las noches, sin él no había manera de que la venciera el sueño.

—No.

—Te lo habrás olvidado en casa de Emilia —supuse.

Me dispuse a preparar las hamburguesas con apariencia de Pikachus, y decorarlas con verduras, así al menos conseguía que se las comiera.

Unos minutos más tarde sonó el timbre; con toda seguridad era Mili para traer el peluche de Sofía. Pero al abrir la puerta mi corazón dio un vuelco, pues me encontré a Leo con Gizmo en los brazos.

—Leo —mi voz sonó chillona y me aclaré la garganta antes de añadir—: Pasa.

Me observó de arriba abajo levantando las cejas y sonrió. Se había percatado de que llevaba puesta su camiseta. Tiré de ella con nerviosismo.

—Esto... traigo al bicho este. —Señaló el peluche—. Dice mi abuela que Sofía no puede dormir sin él.

—Sí —resoplé—. Es su muñeco preferido y no logro quitarle esa manía. Ven, estaba en la cocina preparando la cena. Sofía está en el sillón, viendo una película.

Leo me siguió y noté su intensa mirada clavada en mi espalda.

—¡Leo! —gritó Sofía entusiasmada, y corrió junto a él—. Me has traído a mi Gizmo, ¡gracias!

—Hola, peque. Toma —le dijo ofreciéndole el muñeco—. ¿Me das un beso?

Leo se agachó y la niña le dio un beso en la mejilla.

—¿Vas a cenar con nosotras? —le preguntó Sofía con ojos chispeantes.

—No quiero molestar —manifestó, mirándome de soslayo—, seguro que ya lo tenéis todo preparado, así que es mejor que me vaya y os deje descansar.

Aunque me había sorprendido su visita, pero en ese momento ya no quería que se fuera.

—Quédate. Estoy preparando hamburguesas para Sofía, y para mí algo más ligero. —Le toqué el brazo y noté una descarga eléctrica—. No es molestia, al contrario nos encantará que cenes con nosotras.

Leo clavó sus ojos en los míos y mi corazón comenzó a latir con fuerza otra vez.

—De acuerdo. —Seguí caminando hasta la cocina y él me siguió—. Venga, te ayudo con lo que falte.

—Mami, voy a ver dibujos, ¿vale?

Asentí con la cabeza y Sofía volvió al sillón. Pero nada más cruzar la puerta de la cocina, Leo me agarró la mano y me llevó hasta la nevera, donde apoyó su espalda y me colocó frente a él, fuera del ángulo de visión de la niña.

—Perdona por lo de esta tarde, *cara*. La reunión se alargó más de lo que pensaba.

Me besó la nariz con ternura, mientras enlazaba sus brazos en mi cintura. Estaba tan guapo que me cortaba la respiración.

—No pasa nada, tenemos mucho tiempo para...

Pero sus labios capturaron los míos sin dejarme finalizar la frase. Fue un beso lento, largo, húmedo... como él sabía que me gustaba y que encendió un fuego entre nosotros imposible de apagar. Su lengua lamió la mía con anhelo, con pleno conocimiento de las sensaciones que provocaba en los dos.

Cuando nuestras respiraciones se tornaron entrecortadas, separó su boca de la mía.

—No sabes cuánto he echado esto de menos —me susurró.

—Leo, necesito contarte algo...

—Después hablamos —me dijo apartándose a desgana—. Tenemos toda la noche por delante.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando oí la frase «toda la noche por delante». Temblando de pies a cabeza, crucé al otro extremo de la cocina y me dispuse a terminar de hacer la cena. No



acertaba, mis movimientos eran torpes y solo podía pensar en su voz aterciopelada y en ese beso que me había dejado turbada por completo.

La intensa mirada de Leo tampoco ayudaba, y menos cuando se acercó de nuevo a mí por detrás, pegando su cuerpo al mío, haciéndome notar su excitación.

—Leo, para —le dije con la voz ronca y entre murmullos—. Aquí puede vernos la niña.

Pero Leo miró hacia atrás brevemente, y acto seguido me dio un suave mordisco en el hombro.

—Tranquila, está viendo la tele. —Introdujo su mano por la parte delantera de mi camiseta—. Joder, nena, no llevas sujetador. Esto es una tortura.

Escuché su jadeo, que me erizó toda la piel de mi cuerpo y me apreté contra él, mientras sentía su caricia en mi pezón, y ya no pude pensar con coherencia.

—Te necesito, ya —le susurré con la mente nublada por el deseo.

Leo se tensó aún más y presionó sus caderas contra mis nalgas.

—No me digas eso, Ani. —Su voz sonaba estrangulada—. Que estoy a punto de empotrarte contra la encimera sin importarme nada.

—Mami, tengo hambre. —Era Sofía, que me habló desde la puerta de la cocina.

Leo retiró su mano a toda prisa y con disimulo, tapando la visión de Sofía con su cuerpo. Y sin saber por qué, presa de la excitación y de lo surrealista de la escena, estallé en carcajadas.

Sofía nos miró con asombro; pero el rostro de Leo mostraba una mezcla curiosa de azoramiento y humor.

—¡Hala! ¿Le estabas haciendo cosquillas a mi madre? —se dirigió a Leo contenta, con la boca abierta por la sorpresa.

—Yo...

Me desternillé de risa al ver que Leo no era capaz de articular palabra.

—Bienvenido al mundo de la paternidad —se lo dije sin pensar, pero me di cuenta tarde de lo que implicaba aquello. Sobre todo cuando observé la intensidad de su mirada y el efecto que causó en él.

Cenamos entre risas y bromas, pero a cada instante me topaba con la profunda mirada de Leo, que por debajo de la mesa me acariciaba el muslo de vez en cuando o entrelazaba mi mano con la suya, buscando mi contacto. Sofía no cejaba en su afán por llamar su atención. Me emocionaba ver la complicidad que existía entre ambos y más que nunca tenía ganas de gritar a los cuatro vientos que era su hija.

—¿Has visto La bella y la bestia? Es mi preferida. —Sofía parloteaba sin cesar—. Ven, que te la pongo.

Leo levantó la vista hacia mí, cuando ya estaba siendo arrastrado por la niña hacia el salón.

—Id a verla —los animé—. En cuanto termine esto me reúno con vosotros.

—Vale. —Sonrió Leo.

Los observé divertida, mientras él ponía en marcha el reproductor de Blu-Ray y Sofía brincaba en el sillón.

—¿Sabes? —La niña continuaba hablando entusiasmada—. Tú te pareces un poco a la Bestia cuando llevas el pelo suelto.

Escuché a Leo soltar una carcajada y me fui a recoger la cocina, con una sonrisa en mi cara. Cuando acabé, un buen rato después, me apoyé en el marco de la puerta para disfrutar de la escena que tenía delante: Sofía se había tumbado en el sofá y su cabeza reposaba sobre las piernas de Leo, que la observaba con ternura mientras le acariciaba el pelo.

Me acerqué con cuidado y me senté al lado de mi dios romano. Solo mirarlo me robaba el

aliento. Al percatarse de mi presencia me sonrió y no pude evitar acomodar mi cabeza en su hombro, antes de depositar un dulce beso en su cuello.

—Gracias.

—No tienes que darme, preciosa —me contestó, levantando mi barbilla y besando mis labios con suavidad—. Se ha quedado dormida.

Efectivamente, Sofia dormía relajada sobre las piernas de su padre.

—La voy a acostar, ahora vuelvo —le comuniqué, pero Leo se adelantó y la levantó en sus brazos.

—Dime dónde está su cuarto, yo la llevo.

Le indiqué que me siguiera con un gesto de la mano, para no despertarla, y él la trasladó escaleras arriba, hasta depositarla con delicadeza sobre su cama. La tapó con mimo, apartándole un mechón de cabello que caía sobre su rostro.

En ese momento fui consciente de cuánto habíamos necesitado ambas tenerlo a nuestro lado todos esos años, y de lo cruel que era por mi parte haber privado a Leo del cariño de su hija.

Cuando salimos de la habitación, Leo me acorraló en la pared del pasillo y me miró con profundidad.

—Llévame a tu cama, *amore* —me susurró, mordiendo con delicadeza el lóbulo de mi oreja—. Tú y yo tenemos algo pendiente desde hace mucho tiempo.

Una descarga eléctrica me sacudió de pies a cabeza, pero asentí, enlacé su mano con la mía y lo guíé hasta mi habitación.

—Me estaba volviendo loco verte con mi camiseta y no poder hacer esto. —Cerró la puerta con cuidado y me atrajo hacia él, sujetando los bordes de la prenda para sacármela por la cabeza. Hizo una pausa para observarme con detenimiento—. Eres lo más bello que he visto en mi vida —afirmó en voz baja, contemplando mis pechos desnudos.

Sin esperar más lo agarré con fuerza del cuello y lo besé, apoderándome de sus labios, como sabía que lo enloquecía.

Leo jadeó e introdujo su lengua en mi boca para demostrarme que él también conocía a la perfección lo que me hacía arder de pasión. Sus besos me llevaban a la locura, cada vez más profundos, más intensos, más largos; hasta que sentí que sobraba toda la tela que se interponía entre nosotros. Le quité la camiseta y gemí cuando noté el roce de su torso desnudo contra mi piel.

—Llevo demasiado tiempo esperando —me dijo—. Quiero comerte entera. —Un beso—. Despacio. —Otro beso—. Sin prisa.

Gemí contra sus labios y Leo me desabrochó los shorts, tirando de ellos hacia abajo para quitármelos, junto con mis braguitas.

Preso del deseo, lo empujé con suavidad hasta que topó con la cama y cayó sobre ella, conmigo encima.

—Te he echado tanto de menos, que duele —le susurré sin poder contenerme, mirando fijamente a sus ojos.

Se incorporó un poco conmigo a horcajadas y lamió mi pezón izquierdo con reverencia durante largos minutos, y luego hizo lo mismo con el derecho.

Enloquecida de placer, gemí, mordiendo sus labios, pidiendo más.

—Shhh, vas a despertar a Sofia —murmuró besando mi cuello y haciéndome saber que controlaba la situación.

Mordí su hombro con fuerza a modo de reproche, y él lo aprovechó para girarme, tumbándose de espaldas en el colchón para situarse entre mis piernas. Depositó un dulce beso en el interior de

mi muslo y siguió recorriendo mi piel hasta llegar a mi ombligo. Siguió ascendiendo sin dejar ni una parte de mi piel sin el roce de su aterciopelada lengua. Cuando noté su erección contra mi sexo, se desabrochó los pantalones con una mano y yo se los bajé. Justo en ese momento se separó un poco y me observó con una sonrisa asomada en sus ojos.

—¿Qué quieres, *principessa*?

—Hazlo ya, me estás matando —supliqué.

Y me penetró con fuerza.

—¿Esto, *amore*? —preguntó con la voz ronca, su aliento sobre el mío—. ¿Así? —Volvió a embestir hundiéndose por completo en mi interior.

—Leo... —gemí.

—No, preciosa. Sé que te gusta intenso y duro. —Apoyó su frente en la mía—. Pero esta vez va a ser lento, muy lento. —Continuó introduciéndose en mí, despacio, con embestidas profundas—. Para que sufras la misma tortura que yo he padecido todos estos años sin ti.

Clavé mis uñas en su espalda, para evitar que un grito de placer se escapase de mis labios, y capturé su boca en un febril beso. Él continuó devorando mi boca y penetrándome pausadamente, pero con firmeza, durante largos minutos. Lo envolví con mis piernas para sentirlo más adentro, pero cuando Leo notaba que mi cuerpo se tensaba, paraba y a los pocos segundos volvía a torturarme, clavándose en mi interior con lentas embestidas, llevándome al límite del delirio, hasta que, al borde de la locura, comencé a sentir los primeros espasmos de un potente orgasmo. Entonces no pudo controlarse más y empujó con vehemencia, atrapando mis labios con pasión para acallar nuestros gemidos de placer, hasta que noté cómo se derramaba en mi interior.

Solo cuando nuestros corazones empezaron a latir más calmados, Leo se dio la vuelta, arrastrándome con él, envolviéndome en sus brazos. Aspiró el aroma de mi cabello, sin dejar de acariciarme.

—Leo.

—Dime, *principessa*. —Noté que sonreía, enredado en mi melena.

—Quédate conmigo esta noche —le pedí.

—No pensaba irme a ninguna parte. —Y siguió acariciando mi espalda con ternura. Al rato, volvió a hablar—. Esta habitación me suena mucho —añadió a propósito.

Un ramalazo de dulzura me invadió el corazón. Se había acordado que en esa misma habitación estuvimos juntos por última vez, la noche antes de mi boda con Enzo. Y fue en esa misma cama donde concebimos a Sofia, agregué mentalmente.

—Leo...

—¿Mmmm?

—Hice mal al tomar la decisión de irme a Italia y rechazar la plaza sin decírtelo —declaré con seguridad.

Leo besó mi nariz y levantó mi barbilla estudiando mi expresión.

—Nena, no fuiste la culpable, yo no debí dejarte así. De todas formas, nuestras equivocaciones nos han traído hasta aquí. —Soltó el aire de sus pulmones—. Y eso es lo único que me importa ahora.

Palpé su pecho hasta llegar a su corazón, donde detuve mi mano, sintiendo sus latidos retumbando en mi palma.

—No te atrevas a abandonarme otra vez.

—Eso no pasará jamás —me aseguró, posando su mano sobre la mía.

## Capítulo 27

### Mi dama valiente

~Leo~

Contemplar su hermoso rostro mientras dormía era uno de los placeres que la vida me había arrebatado durante mucho tiempo. Nunca podría cansarme de admirar sus bellas facciones, con su pequeña nariz, sus labios carnosos tan perfectos y sus grandes ojos rodeados de larguísimas pestañas. Su melena castaña se extendía desordenada sobre su espalda desnuda. Toda ella invitaba al pecado y aún no daba crédito a la fortuna que sentía por tenerla otra vez a mi lado.

No recordaba un momento de mi existencia en el que Ana no fuera la protagonista de mis sueños. Creo que me encapriché de ella la primera vez que la vi, cuando yo apenas contaba con quince años y ella tenía trece. Desde entonces, mis sentimientos no habían hecho otra cosa que crecer y madurar con el paso del tiempo, incluso durante nuestra separación, nunca logré olvidarla ni un solo instante.

Lo único que deseaba era recuperar su amor y hacerla feliz durante el resto de nuestras vidas; cuidar juntos a Sofía y quererla como si fuera mi propia hija.

Mis latidos se aceleraron al recordar las palabras de Ana la noche anterior: «bienvenido al mundo de la paternidad». La posibilidad de considerarme merecedor del privilegio de ese apelativo, a pesar de no ser su verdadero padre, me llenaba de orgullo.

Pero mi alegría se esfumó de golpe al visualizar la imagen de Enzo en mi mente. No podía retrasar más esa conversación, debía hablar con Ana sobre Enzo esa misma mañana, sin más dilación. Ella se merecía estar al tanto de lo que había ocurrido entre mi hermano y yo.

Me levanté de la cama con cuidado para no despertarla y sonreí cuando se removió buscando mi contacto, aunque pronto el sueño la venció de nuevo. Me di una ducha rápida y bajé las escaleras para preparar el desayuno.

Apenas habíamos dormido durante la noche anterior, pero no tenía sueño. Comenzaba a amanecer cuando Ana se había cobrado su revancha y me había sometido a una larga y placentera tortura que nos dejó exhaustos pero saciados el uno del otro... al menos por el momento, porque parecía que nunca tenía suficiente cuando se trataba de ella.

—Pareces un león. —La voz de Ana me sacó de mis pensamientos.

—Buenos días, preciosa.

Se acercó a mí con movimientos lentos, aún adormilada. Estaba arrebatadora, con sus perfectas curvas, enfundada en mi vieja camiseta. La envolví en mis brazos y nos besamos con dulzura.

—Me gusta cuando te dejas el pelo suelto sobre los hombros. —Sonrió—. Mi dios romano.

Solté una carcajada, complacido.

—Como sigas con esto te voy a llevar de vuelta a la cama y no te dejaré salir de allí en todo el día.

Metió su mano por el interior de mis pantalones hasta tocar mi erección.

—Mmm, qué tentación. —Pero sacó su mano, traviesa—. Aunque no podemos, porque Sofía se despertará en breve. —Succionó con suavidad mi labio inferior y añadió—: Voy a darme una ducha antes de que se levante.

—No tardes —Resoplé, excitado—. El desayuno ya casi está.

Caminó hasta la puerta, pero se dio la vuelta antes de marcharse.

—Gracias, Leo. —Su tierna mirada derribó todas mis defensas—. Hacía tanto tiempo que nadie me preparaba el desayuno o cuidaba de mí, que ya no recordaba lo bien que me hace sentir.

A duras penas contuve mis ganas de correr tras de ella para demostrarle que jamás volvería a tener esa carencia.

Cuando Ana regresó de la ducha, Sofía ya estaba despierta y desayunaba feliz un vaso de leche y tostadas. Al principio la niña se sorprendió al verme allí, pero pronto su cara reflejó tal alegría que pronunció mi nombre y se abalanzó para que la atrapara entre mis brazos. No había cejado de parlotear, contándome todas las cosas que quería hacer durante el día.

—Sofi, deja ya a Leo —le regañó Ani—. Como sigamos tan pesadas no va a querer visitarnos otra vez.

—No, por favor —pidió la niña con carita triste—. ¿A que sí vendrás otro día?

—Eso depende de tu madre. —La observé, interrogante—. Si ella me invita, volveré.

Ana no contestó, pero sus ojos mostraban un brillo especial.

—Ya veremos. —Cambió de tema y añadió—: Venga, bichito, termina el desayuno, que tengo que vestirme aún para llevarte a casa de Emilia, y ya llegamos tarde al trabajo.

La mañana transcurrió deprisa, ultimando los detalles para la inminente inauguración del resort, mientras Ana estaba inmersa impartiendo instrucciones a sus ayudantes de cocina y en las pruebas para el menú de la boda de Pablo y Marta, lo que me recordó mi conversación pendiente con ella sobre este tema.

Hacia el mediodía apareció en mi despacho, con varios platos que había preparado para que no tuviéramos que salir a comer y para qué negarlo, pasar un rato a solas, ya que desde la noche anterior no podía quitarle las manos de encima y necesitaba verla a todas horas.

No era el lugar más cómodo, pero me sentía en la gloria sosteniendo a Ana en mis brazos, acurrucados en el pequeño sillón de la oficina.

—Hace unos días vino Marta a verme —le comenté, sin saber bien cómo afrontar aquella conversación.

—Me lo dijo cuando bajó al restaurante. ¿Has conseguido todo lo que quería?

—Sí, pero también me habló de otro tema importante. —Inspiré con fuerza—: Enzo asistirá a su boda.

Ana se incorporó de inmediato y me miró con seriedad.

—Creí que no lo haría, me sorprende que haya aceptado. —Se mordió el labio inferior con nerviosismo—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Quieres contárselo? Después de lo que ocurrió no soportaría causarle más daño.

A pesar de mis intentos por disimular, mi expresión se ensombreció.

—*Cara*, Enzo está al tanto de lo que pasó hace seis años y sabe por qué no te casaste con él.

Su rostro demudó.

—¿Qué?

Traté de encontrar las palabras adecuadas, sin alterarla aún más.

—Cuando decidí viajar a España para iniciar el proyecto de los resorts, quise poner las cartas

sobre la mesa porque mi intención era la de buscarte, aunque no hubiera esperanza alguna para nosotros.

—¿Y? —preguntó en un hilo de voz.

Le acaricié un mechón de pelo, intentando tranquilizarla.

—Una noche quedé con él para despedirnos y le confesé lo que ocurrió el día antes de vuestra boda. —Hice una pausa, buscando la mejor manera de continuar el relato—. Pero no se lo tomó bien.

Ana se llevó las manos a la boca, angustiada.

—¿Cómo querías que reaccionara? —espetó—. Le engañamos, Leo. Y para colmo me fui sin darle ninguna explicación.

Chasquéé la lengua.

—No te preocupes, se desahogó bastante bien —le aclaré.

—¿Qué quieres decir? —interrogó con preocupación.

—Me cosió la cara a golpes, Ana. —Disimulé apartando la vista, para que no viera cuánto me afectaba hablar de eso.

Su rostro se tornó lívido.

—¿Enzo te pegó? —susurró incrédula.

—Sí, aunque los dos sabemos que me lo merecía.

Me atrajo hacia ella y me abrazó con firmeza.

—No digas eso —pidió con voz afligida—. La única responsable fui yo por no haber parado esto cuando debía... Por aceptar el cariño de Enzo, aunque tardé dos años, pero nunca hube de hacerlo. —Hizo una pausa y añadió—: Pero me sentía tan sola y llena de rabia por saber que me habías olvidado y que te pasabas las noches con una mujer tras otra, que...

¿Acababa de decir que había tardado dos años en iniciar una relación con Enzo? ¿Que me acostaba con mujeres distintas cada noche?

—¿De qué estás hablando, *amore*? —le pregunté, confuso.

Ana continuó relatando con nerviosismo, observándome como si yo estuviera al tanto de su exposición de los hechos.

—Enzo me lo contó todo. Cuando nos encontramos en Madrid, meses después de nuestra ruptura, él me vio tan mal que no tuvo más remedio que confesarme lo que estabas haciendo para que yo no continuase albergando esperanzas contigo.

Sentí un dolor agudo en el pecho que me dejó sin respiración.

—Mírame a los ojos, cariño —le rogué entre murmullos, levantando su barbilla—. ¿Cuándo comenzaste exactamente tu relación con Enzo?

Durante unos segundos permaneció pensativa y turbada.

—¿Por qué me preguntas eso? Fue dos años y medio, más o menos, tras nuestra ruptura.

Me levanté del sillón con la cara desencajada, hirviendo en cólera, tanto que estampé un puñetazo contra la pared y grité exasperado.

—No puedo creer que mi hermano nos haya mentado, *cara* —contesté en voz baja, preso de la incredulidad.

—Es imposible —negó categórica—. Él fue quien me ayudó a salir adelante, mi único apoyo.

Respiré profundamente para intentar calmarme.

—Enzo me confesó que iniciasteis vuestro romance durante el encuentro que tuvisteis en Madrid, a los ocho o nueve meses de marcharme. —Resoplé, frustrado—. No estuve con ninguna mujer hasta entonces. Yo... cuando me enteré de lo vuestro intenté arrancarte de mis pensamientos,

olvidarte. Solo entonces tuve cuatro o cinco citas, pero ninguna funcionó porque solo podía pensar en ti.

Me acerqué a Ana, la envolví en mis brazos y la besé con todo el amor que guardaba en mi interior, pero ella continuaba pálida.

—¿No era verdad lo que me contó? —dudó, aún impactada.

—No, *amore* —Suspiré—. Y no entiendo cómo fue capaz de hacernos daño a ambos intencionadamente.

Mi alma estaba hecha trizas. Enzo era la última persona que hubiera imaginado capaz de hacer algo así, puesto que era lo más importante en mi vida, junto con Ana. Aún no podía creer que nos hubiera engañado de esa forma.

## Capítulo 28

### Si no te tengo a ti

~Ana~

*Primavera de 2008*

—¡Ana! —La voz de Enzo destacó entre la muchedumbre que esperaba en el aeropuerto.

—¡Estoy aquí! —le grité, abriéndome paso entre la gente.

Atisé su rostro y alargué el brazo hasta que me atrapó y nos fundimos en un abrazo. Qué bien sentaba ese gesto de cariño tras tantos meses de soledad.

—Estás guapísima —declaró con una adorable sonrisa.

Me emocioné, aunque por las razones equivocadas, pues Enzo me recordaba tanto a su hermano que por primera vez en mucho tiempo me sentí arropada, un poco más cerca de él. Sus pupilas azules brillaron, tan distintas de las de Leo.

—Salgamos de aquí —le sugerí, mientras me limpiaba las lágrimas que se habían escapado de mis ojos.

El aeropuerto de Madrid era un hervidero de personas yendo y viniendo durante aquellas fechas. Por fin salía el sol y las vacaciones de Semana Santa prometían unos días maravillosos que nadie quería desaprovechar.

Menos yo, que en vez de aceptar la invitación de mis compañeras para ir al apartamento de veraneo de Lorena, prefería quedarme en casa, descansando tras los duros meses de trabajo a las órdenes del gran chef Adrián Vargas, quien tres meses atrás me hizo un contrato de becaria en uno de sus restaurantes, impresionado por el talento que mostraba en sus clases, según sus propias palabras.

Combinar estudios y trabajo era complicado, pero me había servido para mantener mi mente ocupada. Pensar en Leo me producía todavía un sufrimiento extremo que no lograba mitigar, tan solo el trasiego del restaurante conseguía mantenerme cuerda y con los pies en la tierra.

Leo me había abandonado, tenía que hacerme a la idea, por mucho que me doliera. Desde su marcha, tras aquella discusión, no había tenido noticias de él, ni tan siquiera una llamada, ni un mensaje. Aún me costaba entender lo ocurrido, pero no me quedaba otra opción que aceptarlo. Leo ya no me quería y yo me convertí en un espectro sin alma, que solo transitaba por la vida por inercia, sin ilusiones, con el corazón roto en mil pedazos.

—Lo logramos —dijo Enzo cuando conseguimos una mesa en aquella abarrotada cafetería—. Pensaba que no saldríamos del aeropuerto en todo el día.

—Es un caos, por eso prefiero quedarme en Madrid durante las vacaciones. Ya verás como en un par de días todo el mundo se va y la ciudad se queda medio vacía.

Hice un esfuerzo y sonreí a duras penas, contemplando los gestos de Enzo, tan similares a los de Leo. Quizás fue una mala idea quedar con él, pues me estaba dando cuenta de que aún no estaba preparada para aquello.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo estás? —me preguntó y puso su mano sobre la mía, trasmitiéndome



su cariño.

—Lo voy llevando como puedo. —Un nudo se me formó en la garganta y Enzo se percató—. Pero el trabajo de becaria me ayuda mucho; estoy satisfecha con los resultados y creo que cuando finalice me contratarán en alguno de los restaurantes de Adrián Vargas.

—Pero eso es estupendo, ¿no? —manifestó alegre—. Vales mucho y no te dejarán escapar si son listos.

—Ojalá. Es un privilegio que no puedo desperdiciar. —Forcé una sonrisa y cambié de tema—. ¿Y tú? ¿Es cierto que vienes a Madrid para quedarte? Me dejaste de piedra con tu mensaje.

—Pues sí. —Su rostro se iluminó—. He decidido que el último curso de la carrera lo quiero hacer aquí. Bueno, y las dos asignaturas que arrastro.

Me sorprendí.

—¿Has convencido a tu padre, a pesar de los suspensos?

Enzo entrecerró los ojos con un gesto de fastidio.

—Qué va —rio—. Mi padre sigue tan gilipollas como siempre. —Me observó con intensidad antes de añadir—: Es Leo quien se ha hecho cargo de costear mis estudios y mi estancia aquí desde el próximo otoño. Ahora puede, le va muy bien desde que dirige una parte de la empresa familiar. Ha levantado ya un par de hoteles en La Toscana que han resultado ser un rotundo éxito.

Mi corazón dio un vuelco cuando oí su nombre.

—Me alegro por él, veo que ha llevado a cabo sus planes —declaré en voz baja, y en un impulso añadí—: ¿Cómo está?

No, no, no. ¿Por qué no me había callado? Las lágrimas se agolpaban en mis ojos, a pesar de mi esfuerzo por evitarlas.

Enzo suspiró y me miró con tristeza.

—Leo está bien, Ana. —Acarició mi mano, que descansaba sobre la mesa—. Apenas para en casa desde que comenzó a trabajar; entre los viajes, las cenas de negocios y salir con los amigos...

Eso dolió. Mucho.

—Ha pasado página —afirmé, con la voz llorosa.

Enzo me apretó la mano para infundirme ánimos.

—Sí, Ana. —Hizo una pausa, buscando las palabras—. Va al gimnasio, se divierte con sus amigos... y con otras mujeres. No te quiero engañar, debes saberlo.

Me costaba respirar. Necesitaba soledad para encajar esa información.

—Lo siento, tengo que ir al baño. No tardo —me disculpé, intentando disimular mi angustia.

Y corrí hasta encerrarme en los servicios, donde ya no pude soportarlo más y estallé en lágrimas. Leo me había olvidado. Se divertía con otras mujeres y no recordaba el amor que una vez sintió por mí. Ya no me quería y yo tenía que aprender a vivir sin él. ¿Cómo era posible que me hubiera desterrado como si no le importase todo lo que habíamos compartido?

Hice acopio de valor, sequé mis lágrimas y regresé junto a Enzo, que me recibió con una mirada de comprensión y un abrazo.

—No merece la pena que desperdicies tu tiempo pensando en alguien que no ha sabido cuidarte como te mereces, por mucho que sea mi hermano —me aconsejó con ternura—. Sé que no soy consuelo para ti ahora mismo, pero sabes que me tienes y me tendrás a tu lado siempre. No permitiré que nadie más te haga daño, Ana.

Sus palabras me reconfortaron, aunque no mitigaron mi dolor.

—Gracias. —Le sonreí, esta vez con sinceridad—. Se me pasará. Me va a costar mucho, pero

sé que con el tiempo me sentiré mejor.

Nos sentamos de nuevo para continuar tomando nuestros cafés, que comenzaban a enfriarse. Enzo siguió animándome con sus palabras.

—Además, ya deberías saber que un clavo quita otro clavo. Eres guapa, inteligente y divertida —afirmó Enzo, resuelto—. Estoy seguro que pronto aparecerá alguien que te haga olvidar a mi hermano y te haga la mujer más feliz del mundo.

—No estoy preparada para conocer a nadie —negué—. Creo que tendrá que pasar una eternidad para que recupere las ganas de enamorarme de nuevo.

No quería parecer brusca, pero estaba segura de que jamás volvería a querer a nadie con tanta intensidad como lo había hecho con Leo. Sospechaba que era algo que conviviría conmigo por siempre.

—Bueno, deja que pase el tiempo —insistió, y añadió entre bromas—: Además, ya sabes que si no encuentras a nadie yo te esperaré con los brazos abiertos... soy tu eterno enamorado.

Reí con ganas, su sentido del humor me hizo sentir mejor. Al menos me di cuenta en ese instante que me quedaba su cariño incondicional. Enzo nunca me fallaría, ni tampoco Marta, por supuesto.

—Tú siempre serás uno de mis mejores amigos, pero vale, lo tendré en cuenta —contesté para seguir la chanza—. Aunque conociendo tus dotes de seducción, seguro que en cuanto te acomodes en Madrid ya tendrás a tres o cuatro chicas esperando en tu puerta.

Enzo soltó una sonora carcajada.

—Qué exagerada eres, si apenas ligo y cuando lo hago, no me duran ni tres meses. Nadie me quiere, pero tú eres diferente.

Puso cara de pena y volví a sonreír, pero esta vez sin ganas.

—Por cierto, ¿te instalarás pronto aquí? —le pregunté cambiando de tema, porque ya no me apetecía continuar hablando de su vida amorosa.

Enzo se dio cuenta de mi incomodidad, pero reaccionó con rapidez.

—En septiembre —me contó—. Ya le he echado el ojo a un piso que vi por Internet... me gustaría que me acompañes a verlo mañana.

—Por supuesto —respondí, aliviada por el giro de la conversación—, cuenta con ello.

—Estupendo —rio—. Bueno, prepárate para disfrutar de una semana de diversión sin límite, pues no te pienso dejar tranquila estas vacaciones y no me cansaré hasta que vea una sonrisa perpetua en tu cara.

Asentí agradecida por contar con su amistad y afecto.

Pues sí, Enzo consiguió que por momentos dejase de lado mi dolor y me divirtiera, haciendo de guía turística por la ciudad, compartiendo charlas hasta altas horas de la madrugada. Nunca encontraría palabras suficientes para agradecerle el apoyo que me brindaba desinteresadamente.

No logré desterrar a Leo de mis pensamientos, pero tenía la esperanza de que pronto me sentiría mejor.

## Capítulo 29

### Déjame ser

~Ana~

*En la actualidad*

A Leo le afectó mucho descubrir que su hermano nos mintió para mantenernos separados, tanto que durante varios días apenas articulaba palabra. Se mostraba ausente y ni siquiera aceptaba hablar del tema conmigo.

Lo cierto es que lo comprendía a la perfección. Enzo siempre había sido su debilidad, había cuidado de él más como un padre que como un hermano y destapar su traición lo partió en dos.

Tampoco yo lograba concentrarme tras revelarse el engaño, pero por razones diferentes. Me sentía utilizada. Nunca debí creer a Enzo cuando me contaba aquellas cosas sobre Leo. El dolor por su abandono me nubló la mente y no me dejó ver la realidad. Lo conocía mejor que nadie; él no era así y hube de darme cuenta en su momento.

Caí en las redes de Enzo como una idiota. Me dejé llevar por un extraño sentimiento de agradecimiento y de aprecio. Jamás debí acceder a sus atenciones románticas, siendo perfectamente consciente de no estar enamorada de él, sabiendo que jamás lo amaría. Pero ya era demasiado tarde para lamentarse.

Como cada anochecer, al finalizar mi jornada fui en busca de Leo. Me extrañó no encontrarlo en su suite, así que me dirigí a su despacho, que también estaba vacío. Me acerqué a la ventana tras escuchar un chapoteo que provenía de la piscina, y efectivamente, Leo se estaba dando un baño.

Me puse el bikini que llevaba en el bolso desde aquella tarde de piscina y bajé a la terraza con sigilo, para que Leo no se percatara de mi presencia. Estaba de espaldas, con la mirada perdida y no se dio cuenta ni siquiera cuando me sumergí en el agua. Me acerqué a él por detrás, tocar su musculosa espalda me hacía perder la razón. Lo acaricié con mis manos y lo besé con reverencia.

—Has tardado mucho —me dijo.

Lo rodeé con mis brazos y deposité una ristra de besos en su columna.

—No me has avisado de que estabas aquí —le reproché.

Se giró, atrapándome entre sus brazos.

—Sabía que no haría falta. —Sonrió fijando sus oscuros ojos en los míos.

Sondeé sus pupilas en busca de alguna señal que me indicara su estado de ánimo. Allí estaba, en lo más profundo de ellas vislumbré una inmensa aflicción.

Resoplé, hecha un mar de dudas.

¿Cómo iba a hablarle sobre Sofia? Dadas las circunstancias nunca veía el momento oportuno. Leo se sentía herido y, con toda probabilidad, me echaría de su vida cuando supiera que yo también le había mentado, o más bien ocultado, que tenía una hija. Cada vez que me decidía a contárselo, surgía algún problema o la situación se complicaba de tal manera que me coartaba.

—No estás bien —afirmé.

—Pasará —me contestó, tratando de disimular su expresión, aunque a mí no me engañaba. Aunque compartía su rabia, intenté mediar.

—Leo, piensa que nosotros también le fallamos. —Exhalé ruidosamente—. Los dos sabíamos que alguien resultaría lastimado tarde o temprano. Enzo actuó mal, fue un egoísta sin escrúpulos, pero tú y yo le ocultamos nuestra relación durante mucho tiempo y más tarde fuimos desleales con él. ¿Te haces una idea de lo que tuvo que sentir cuando se lo confesaste?

Hizo un gesto de dolor.

—Sabes que nunca quise hacerle daño. Sin embargo, él sí tuvo la desfachatez de inventarse que estabais juntos, sabiendo que me moría por ti, que era un zombi desde que nos separamos. —Rozó mi frente con sus labios—. ¿Sabes por qué fue a Madrid durante aquellas vacaciones?

—No.

—Yo llevaba tres meses planeando irme a Madrid, a recuperarte. Ya lo tenía todo a punto para comenzar una nueva vida en España, junto a ti. Pero se me adelantó, y cuando regresó de su viaje me dijo que me olvidara de ti, que estabais enamorados y que os respetara, igual que él lo había hecho en el pasado.

Sentí un intenso dolor en el pecho. En un impulso me aferré a Leo hasta que noté el fuerte latido de su corazón contra mi piel.

—Ojalá no le hubieras hecho caso —susurré—. Nunca debimos creerle. Nunca debí arrojarme en sus brazos para intentar olvidarte. Lo siento tanto...

—No se puede cambiar el pasado. —Me besó con dulzura—. Pero ahora te tengo aquí. —Otro beso, esta vez más largo.

Enlacé mis piernas en torno a su cintura para sentirlo mejor, devolviendo sus besos con entrega.

—Cásate conmigo, *amore* —me pidió mientras comenzó a andar hacia una de las paredes de la piscina, hasta apoyarme en ella. El agua nos cubría hasta el pecho.

Me sorprendí al escuchar sus palabras y puse una expresión divertida.

—¿No sabes que estas cosas no hay que decirlas durante un calentón? Has estropeado toda la magia del momento —le regañé.

Río con ganas.

—¿Esto es un calentón para ti? —me dijo moviendo sus caderas contra mí.

Jadeé.

—¿Qué es entonces? —lo provoqué.

Leo sonrió, pero comenzaba a oscurecer y no pude ver con claridad sus facciones.

—Follar con la persona que quieres no es un calentón, *cara*. Se llama amor —susurró, y a continuación me dio un beso largo, lento, muy húmedo—. Amor del bueno —matizó.

Mordí el lóbulo de su oreja cuando noté que me desataba los lazos de la parte de inferior de mi bikini.

—¿Me acabas de decir que me quieres? —murmuré retornando a sus labios.

Con sutileza retiró la pequeña prenda y la sacó del agua, sosteniéndola entre sus dedos.

—¿Aún lo dudas? —Chasqueó la lengua—. Y yo que pensaba que eso había quedado claro... Voy a tener que demostrártelo mejor.

Gemí cuando volvió a besarme sin prisa. Una danza sensual que me enardecía los sentidos.

—Leo, aquí puede vernos cualquiera —dije tratando de poner un poco de cordura.

—Tranquila. —Rozó mi cuello con su lengua—. Todos se han ido ya. Está oscuro. Aunque, sinceramente, me da igual. —Presionó contra mis caderas; su bañador sobra—. Si alguien nos

está observando, pues que disfrute del espectáculo.

—¡Leo! —grité, divertida, pero mi humor se esfumó cuando le bajé el bañador y noté su erección rozándome.

—¿Ya no ríes? —jadeó.

—No. —Atrapé sus labios con lujuria, en un beso profundo, descarnado.

Nuestras respiraciones se tornaron entrecortadas. Lo sentía friccionando mi sexo, pero no se hundía en mí. Una completa tortura.

—¿No vas a decirme lo que necesito oír? —jadeó sobre mi boca.

—¿Fóllame?

Levantó una ceja, y sin poderlo evitar, estallamos en carcajadas, excitados.

—Qué mala eres. —Siguió atormentándome, dándome placer sin penetrarme—. Sabes que no es eso, aunque suena bastante bien.

—¿Qué quieres escuchar? —Me hice la inocente, mordiéndome el labio inferior.

A través de la oscuridad percibí sus características arruguitas en las mejillas, presentes cuando sonreía. Su intensa mirada estaba clavada en la mía.

—Probemos si esto te despeja la memoria —me avisó.

Se introdujo en mi interior, provocándome un potente gemido.

—Algo ayuda...

El silencio se abrió paso. Durante un largo rato solo se escuchaban nuestras respiraciones aceleradas y los leves suspiros que escapaban de mis labios, mientras el placer se apoderaba de nosotros con sus profundas embestidas. Sus interminables besos me robaban el aliento. Cada vez que se retiraba y se hundía en mí, me sentía en un puro éxtasis. No quería que llegara a su fin esa placentera tortura. Apreté mis piernas a su alrededor y mis manos se movieron inquietas por todo su cuerpo, presa del delirio.

—No pienso dejar que te corras hasta que me lo digas —me afirmó en un jadeo.

Acuné su rostro con mis manos, y fijé mi vista en sus oscuros ojos, que ardían de pasión. Sabía perfectamente lo que quería oír.

—Te quiero. —Mi voz sonó ronca pero sincera.

Eso lo desarmó. Sin apartar su abrasadora mirada continuó penetrándome cada vez más profundo, más intenso, más fuerte, hasta que escuché su carnal jadeo y sentí que se corría dentro de mí, provocándome un intenso clímax que me hizo gritar su nombre.

Me acunó en su pecho, durante tanto tiempo que sonrió al descubrir que mis dedos se mostraban arrugados como pasas. Solo entonces, nos pusimos los bañadores y me ayudó a salir del agua. Sin soltarme, me envolvió en una toalla y me levantó en brazos.

En silencio, me trasladó hasta su habitación, donde me depositó con suavidad sobre su cama.

—Quédate conmigo esta noche —pidió, recostándose a mi lado.

—Pero Sofía estará esperándome en casa de tu abuela.

—No te preocupes. —Me acarició el pelo con ternura—. Después la llamo y le digo que no irás a dormir. Mili cuidará bien de la pequeña terremoto.

Sonreí, a sabiendas de lo contenta que se pondría Emilia cuando Leo le comunicara que pasaría la noche fuera de casa.

## Capítulo 30

### Esta soy yo

~Ana~

Comenzaba a amanecer cuando me desperté. A mi lado dormía Leo, boca abajo, con medio cuerpo sobre el mío, por lo que me costó bastante levantarme sin que se diera cuenta.

Era un auténtico espectáculo para la vista, con su ancha espalda apenas cubierta por la sábana y su melena suelta, desparramada sobre la almohada. Todavía no me creía que las cosas se hubieran solucionado entre nosotros, algo para mí impensable unos meses atrás, cuando cada noche en Londres intentaba conciliar el sueño y solo veía su rostro, rememoraba cada momento que habíamos compartido, añorando la felicidad que nunca recuperaría. Y sin embargo en ese momento lo tenía junto a mí.

De repente, un amargo recordatorio hizo que mi rostro se ensombreciera. Pronto se acabaría esa dicha, porque cada día tenía mayor certeza de que Leo no me perdonaría no haberle contado que Sofía era su hija. Si no era capaz de disculpar a su hermano, tampoco lo haría conmigo. Los dos le habíamos fallado de la manera más cruel. De nuevo la culpa se apoderó de mí.

Aprovechando que era festivo y no tenía que trabajar, me fui a recoger a Sofía, que había pasado la noche en casa de Emilia. Una fugaz sonrisa me iluminó la cara cuando evoqué la alegría de la niña al saber que se quedaba con Mili a dormir. Se había encariñado con ella con mucha rapidez, y me alegraba tanto que el destino nos hubiera premiado, al menos, con la oportunidad de que ellas disfrutaran de tiempo juntas...

Llamé a la puerta. No me sorprendió encontrar a Mili despierta, arreglada y acompañada por el aroma de un buen café recién hecho, que invitaba a tomarlo.

—Pasa, mi niña —me dijo, pero su expresión me indicó que algo no marchaba bien—. Imaginaba que vendrías temprano. Sofía está durmiendo aún, pero anoche recibí una inesperada visita que debes ver.

Al adentrarme en el comedor me detuve en seco, sorprendida.

—¿Enzo?

El asombro me dejó muda. No estaba preparada para enfrentarme cara a cara con el mayor responsable de la desdicha que había sufrido durante los últimos años. ¿Cómo reaccionar ante él?

—Hola, Ana. —Se levantó del sillón donde descansaba y caminó hasta mí—. Tenía ganas de encontrarme contigo... han pasado muchos años.

Lo abracé. A pesar de todo, no podía olvidar de la noche a la mañana lo que compartimos en el pasado, por muchas mentiras que nos acompañasen por ambas partes.

—Sabía que vendrías a la boda de Marta y Pablo, pero pensé que no llegarías hasta pasado mañana —le manifesté, aún aturdida por su inesperada presencia.

Sonrió con timidez.

—He adelantado mi viaje un par de días porque tengo que solucionar unos asuntos antes. —Me acarició el brazo y dio unos pasos hacia atrás para contemplarme—. Estás tan guapa como

siempre.

—Bueno, ¿quién quiere café? —Emilia cortó la conversación—. Vega, sentaos a desayunar y bajad la voz, que vais a despertar a la niña.

Hicimos caso a Mili, mientras charlábamos sobre temas banales con ella, pero cuando finalizamos, Enzo me habló en voz baja.

—¿Podemos ir a dar un paseo juntos? Necesito hablar contigo.

Titubeé, indecisa, pero finalmente accedí ante su mirada suplicante, aunque la presión que notaba en el pecho me hiciera dudar de si era lo correcto.

—De acuerdo, vamos —acepté sin convicción.

Emilia nos despidió con un gesto de preocupación en el rostro. Era consciente de la incomodidad que me producía esa situación, pero también sabía que ese encuentro entre nosotros era preciso que se produjese para poder resolver temas pendientes.

Anduvimos durante largo rato en silencio por los caminos de tierra que bordeaban la aldea, hasta que Enzo se paró, bajo la sombra de un viejo árbol y se apoyó en un muro de piedras que separaba dos terrenos de cultivos.

Fui yo la que rompió el hielo.

—Bueno, ¿cómo te van las cosas en Italia? —le pregunté, acomodándome a su lado.

Ladeó la cabeza para mirarme con una expresión triste en sus ojos.

—Todo está bien —hizo una pausa para desviar la vista al frente—. Tras marcharme de Madrid conseguí un buen empleo como profesor de español en una escuela privada en Nápoles. No me puedo quejar.

—Es estupendo —expresé con sinceridad—. Es lo que siempre quisiste.

—Sí. —Suspiró y se puso frente a mí para añadir—: La verdad es que solo me faltabas tú para llevar una vida plena.

Sus palabras me estrujaron el corazón.

—Enzo, yo... —Angustiada, intenté buscar la manera de afrontar aquella conversación causando el menor daño posible—. Lamento que me fuera así hace seis años sin darte ninguna razón.

—Lo sé. —Me sujetó de los dos brazos para instarme a mirarlo a los ojos—. Tranquila. No vengo a pedirte explicaciones. —Hizo una pausa y soltó todo el aire de sus pulmones—. Leo me lo contó todo hace unos meses y he tenido mucho tiempo para pensar.

Sondeé sus ojos, pero no percibí ningún indicio de reproche.

—Entonces, ¿qué quieres de mí? —dudé.

Enzo suspiró, se mostraba desazonado.

—Ana, esto es difícil para mí. —Se dio la vuelta para que no pudiera verlo, pero continuó con su discurso—: Llevo tantos años tras de ti, que apenas recuerdo no haberlo estado alguna vez. —Chasqueó la lengua—. Cuando me enteré, en nuestra adolescencia, que Leo y tú estabais juntos mi mundo se derrumbó, porque a pesar de tus negativas, siempre albergué la esperanza de tenerte algún día. Por eso, vuestra posterior separación fue para mí un bálsamo de ilusión por conseguirte al fin.

¿Iba a confesarme sus mentiras? Me crucé de brazos, asombrada por el rumbo que había tomado la conversación.

—Yo no soy ningún trofeo que se pueda obtener —dije molesta.

Negó con la cabeza, parecía arrepentido. Se dio la vuelta y pude comprobar que su lamento era verdadero.

—Para mí en aquel momento eras algo inalcanzable que de repente el destino había puesto otra vez en mi camino —me reveló.

Levanté las cejas.

—Eso no es amor, Enzo —solté, dolida—. Más bien suena a capricho y a competición absurda.

Entrecerró los ojos y me di cuenta que mis palabras le habían causado un intenso golpe.

—No lo sé —vaciló—. En aquella época pensaba que sí, pero ahora ya dudo que lo fuera. Lo único que sé es que ansiaba tenerte y para lograrlo hice cosas horribles. —Me miró con los ojos atormentados—. Te engañé, Ana. Os mentí a ambos, a Leo y a ti, para manteneros separados, para que te olvidases de él.

Me quedé en silencio. Su confesión no me pillaba por sorpresa, pero tampoco sabía qué responder al respecto. Exhalé con resignación.

—Estoy al tanto de lo que hiciste —le admití finalmente—. Y tu hermano también lo sabe.

Enzo enmudeció.

—¿Ya lo sabías? —inquirió sorprendido, pero continuó—. Lo siento, Ana. Quisiera volver al pasado para borrar lo que os hice. —Apretó los puños con fuerza—. Sé que Leo jamás me va a perdonar, si es cierto que se ha enterado de mi comportamiento.

Inspiré, pensativa.

—Eso debes preguntárselo a él —le aconsejé—. Yo solo puedo decirte que tu hermano nunca ha querido hacerte daño, siempre ha cuidado de ti y has sido su prioridad, hasta tal punto que renunció a mí durante mucho tiempo para no lastimarte.

Enzo cerró los ojos y se frotó la frente con los dedos.

—Me he portado fatal con él —expresó con voz ronca.

Me sentía inmersa en una situación complicada, en la que me veía tan víctima como verdugo.

—En una relación a tres bandas siempre sale alguien mal parado —expuse—. En este caso los tres hemos sufrido, pero también hemos hecho daño; algunas veces de manera consciente y otras sin querer.

—Está claro que no tiene una fácil solución —confirmó.

Me encogí de hombros.

—Supongo que con el paso del tiempo veremos las cosas bajo otra perspectiva —señalé—. Al menos eso espero.

Enzo avanzó con paso lento hasta situarse de nuevo a mi lado. Nos mantuvimos callados durante algunos minutos, hasta que él habló.

—La he cagado, pero bien, ¿eh?

—Bastante.

—¿Volveremos a ser amigos algún día? —me susurró.

—No lo sé. Supongo que sí. Imagino que el tiempo cerrará heridas —contesté en voz baja.

Respiró, aliviado. Sin embargo yo me mostraba cabizbaja.

—Nunca debí acceder a ser tu pareja, Enzo —le confesé.

—No me digas eso —pidió—. Me hace sentir más culpable aún.

Lo miré estudiando su expresión.

—No pretendía hacerte responsable de eso —le aclaré—. Soy consecuente con mis decisiones. En ese momento creí que hacía lo correcto, pero sé que actué mal con vosotros dos porque nunca dejé de amar a Leo.

Enzo asintió en silencio.



—Al menos dime una cosa, ¿volvéis a estar juntos? —me interrogó.

Solté una risa amarga.

—Buena pregunta —apunté—. Sí. —Ladeé la cabeza para mirarlo—. Pero temo que no será por mucho tiempo.

Mi mirada se entristeció.

—¿Por qué dices eso? —Apoyó su mano en mi hombro, en señal de preocupación.

—Porque yo también le he fallado y le he ocultado algo importante. —Agaché la cabeza para que Enzo no pudiera ver mis ojos empañados.

Enzo me apretó el hombro.

—Ven aquí. —Me acunó en sus brazos.

Me aferré con firmeza a él y lloré porque necesitaba desahogarme.

—No sé qué voy a hacer sin él otra vez —le confesé.

Me acarició la espalda. Sentí que su consuelo era real, que me ofrecía su amistad sincera.

—Te perdonará. —Noté su sonrisa sobre mi pelo—. Está loco por ti, siempre lo ha estado. —Hizo una pausa—. Sea lo que sea, lo superaréis.

—¿Tú crees? —consulté con pesimismo.

—Lo sé —me aseguró.

No sabía si era lo correcto, pero en mi interior reconocí que cualquier error de Enzo quedaba en el pasado para mí. Era de humanos cometer fallos; aunque lo que más me importaba era que los dos hermanos consiguieran superar lo ocurrido y volvieran a ser inseparables, como siempre lo habían sido.

—¿Hablarás con Leo? —fue mi turno de preguntar.

Enzo bufó.

—En realidad, he venido para eso —admitió taciturno—. No sé si servirá de algo, pero necesito pedirle perdón. —Y miró hacia el cielo, como si hiciera una súplica.

# Capítulo 31

## Me cuesta tanto olvidarte

~Ana~

*Diciembre de 2009*

Maldita fuera la hora en la que se me ocurrió echarle un vistazo a su perfil de Facebook. Llevaba dos horas llorando sin parar, mirando una y otra vez las fotos que Leo tenía en su cuenta de la famosa red social. Leo sonriendo, Leo divirtiéndose, Leo junto a una rubia despampanante, Leo con una morena que besaba su mejilla.

Se había convertido en un empresario hotelero de gran éxito, incluso más que su padre. Artículos en periódicos, fiestas benéficas y entrevistas en grandes publicaciones daban fe de ello.

Era obvio que estaba feliz, que había rehecho su vida y se había olvidado de mí por completo. Sin embargo yo no lograba pasar página, a pesar del tiempo transcurrido desde nuestra ruptura, dos años y medio, continuaba anclada en el pasado.

Todavía soñaba con la posibilidad de que Leo apareciera un día por sorpresa diciéndome que no soportaba vivir sin mí. Aún revisaba mi móvil en busca de una llamada suya o un mensaje. Pero eso nunca sucedió.

A nivel profesional, mi vida marchaba a las mil maravillas. Por fin tenía un empleo en uno de los restaurantes más prestigiosos de Madrid, propiedad de Adrián Vargas y me encantaba mi trabajo.

Pero en lo personal, era un completo desastre. Mis compañeras se cansaron de insistirme para que saliera con ellas y me dejaron por imposible. No asistía a fiestas, ni discotecas y mucho menos aceptaba conocer a ningún hombre, a pesar del gran interés de algunos. Pasaba las noches leyendo novelas de mis escritoras favoritas de novela romántica y viendo series de televisión.

El único que seguía a mi lado era Enzo. Él siempre lograba arrancarme una sonrisa. Tiraba de mí y me arrastraba hasta el cine, o me obligaba a acompañarlo en sus largos paseos por El Retiro, mientras me contaba anécdotas de su vida amorosa.

Marta viajaba a la capital de vez en cuando para visitarme, pero como era lógico, su vida estaba en Alcaraz, junto a su familia y a Pablo, con quien había formado una pareja sólida con planes de futuro.

Por eso Enzo se había convertido en mi gran apoyo, quien siempre estaba a mi lado, me escuchaba, aconsejaba y me ofrecía su hombro para desahogarme cuando lo necesitaba.

Aunque había finalizado sus estudios universitarios, Enzo no había vuelto a Italia. Madrid se había colado en su corazón. Su intención era instalarse definitivamente en la ciudad y conseguir una plaza como profesor de italiano en algún centro; algo que había logrado justo esa semana, para alegría de ambos.

Era treinta y uno de diciembre y, conforme pasaban las horas, me iba arrepintiéndome de haber aceptado la invitación de Enzo para celebrar la nochevieja en un famoso local de copas de Madrid. Quería festejar la noticia de su inminente entrada en el mundo laboral y no me quedó más

remedio que acceder. Se lo debía.

—¿Quieres parar de resoplar de una vez? —preguntó divertido.

Lo miré de reojo, mientras continuaba retocando mi maquillaje frente al espejo.

—Es que no entiendo que me hagas esto. Sabes que no me gustan las fiestas —protesté.

Enzo soltó una carcajada.

—Deja de pensar, Ana. Pásalo bien y olvídate de todo esta noche —me pidió—. Solo por hoy, ¿de acuerdo?

Lo observé con fastidio.

—Está bien, lo intentaré.

Se situó detrás de mí y levantó mi barbilla.

—Mírate —me ordenó—. Estás preciosa con ese vestido rojo. Eres inteligente, divertida, te has convertido en una de las mejores chefs de Madrid y la mitad de los hombres que te conocen suspiran por ti.

Sonaba bastante convincente, la verdad. Contemplé mi reflejo y admití que no me sentaba mal aquel vestido de encaje, con falda de vuelo y de color rojo vino tinto. El escote de barco realizaba mi busto y a la vez me daba un toque de elegancia.

—Vámonos —le solté decidida—. Esta noche me voy a comer el mundo.

Enzo lanzó un grito.

—¡Así me gusta!

El local estaba abarrotado de gente que bailaba sin cesar, bebían, reían y disfrutaban de las últimas horas del año.

Enzo no me daba tregua, con su habitual desparpajo, me arrancaba carcajadas haciendo el ganso en la pista de baile. Estaba guapo con aquel traje gris y una elegante corbata celeste, del mismo color que sus ojos.

Mi cabeza daba vueltas por el alcohol, pero la sensación de levitar me mantenía en aquel espacio danzando al ritmo frenético de la música, hasta que comenzó a sonar una canción lenta y Enzo me acogió en sus brazos.

—Te tengo —me susurró.

—Estoy mareada —reí—. No me sueltes porque si lo haces me caeré de bruces. Lo intuyo.

—No te pienso soltar —me dijo con seriedad—. Por cierto, me debes un beso... si no recuerdo mal.

Chasquéé la lengua.

—No empieces otra vez con eso, Enzo.

—Vamos, no seas así —intentó convencerme—. Gané la apuesta limpiamente, y sabes que me muero por probar tus labios.

Reí, halagada, abrumada por tanta muchedumbre concentrada en tan pequeño espacio.

—Uno solo —le advertí.

Una sonrisa asomó a su rostro, y dejándome llevar, tomé la iniciativa. Lo besé. Su boca sabía dulce y se apoderó de mí una sensación agradable. Me gustó. No sentí mariposas en el vientre, ni un deseo desgarrador como experimentaba en los brazos de Leo, pero no estuvo mal.

Al momento descarté mis pensamientos. ¿Cómo se me ocurría compararlos? Eso era cruel. Leo formaba parte de mi pasado y Enzo no se merecía que lo analizara así. Él no era su hermano, no me había abandonado; me cuidaba y se desvivía por mí.

—Ana, ¿por qué no lo intentamos? —preguntó sobre mis labios.

Las palabras de Enzo me devolvieron a la realidad. Nuestros rostros se encontraban a escasos

centímetros.

—¿Qué dices? —pregunté oteando la sala, aturdida.

Río, malinterpretando mi turbación como una consecuencia de su beso.

—Que quiero que estemos juntos, que seamos una pareja normal —me aclaró.

Mi mente me jugó una mala pasada, entre la multitud creí ver unos ojos oscuros fijos en mí, idénticos a los de Leo. Sacudí la cabeza para despejarme y cuando volví en su busca, mi visión había desaparecido. ¿Qué me estaba pasando? Mi obsesión por Leo me llevaba a los límites de la locura. No podía seguir así.

—Sí, probemos —acepté entre murmullos.

—¿Lo dices en serio? —me interrogó Enzo, sorprendido.

Continué buscando los ojos oscuros de Leo entre el gentío, pero finalmente desistí. Me concentré en la mirada azul de Enzo y le sonreí con timidez.

—Sí, lo digo de verdad.

Recordé sus palabras, un año atrás: «Un clavo quita otro clavo».

Los cuartos de las campanadas que indicaban la inminente entrada del nuevo año comenzaron a sonar, entre los aplausos de la multitud, y todos corrimos en busca de nuestras copas con las doce uvas de la suerte.

Cuando el último de los tañidos finalizó, el local al completo estalló en gritos, besos y buenos deseos.

Enzo me abrazó con ternura y por un segundo sentí que todo iba bien, que hacía lo correcto. El tiempo me impulsaría a aprender a quererlo, estaba segura de ello.

Un sonido que provenía de mi bolso captó mi atención. Saqué mi teléfono y vi que tenía numerosos SMS y llamadas perdidas, pero mi corazón dio un vuelco al contemplar un nombre en la pantalla: Leo.

¿Era real? Con manos temblorosas abrí el mensaje.

Feliz año nuevo, *cara*. El rojo te sienta bien.

Dejé de respirar. Mis latidos frenaron, todo se ralentizó, como si revisara una escena a cámara lenta. Examiné cada rincón del atestado local, en una desesperada búsqueda. Pero Leo no apareció y mis ojos se llenaron de amargas lágrimas que me resultaron imposibles de contener.

Definitivamente, no podía seguir así, iba a enfermar sin remedio. Era imperioso que pasara página y comenzase una nueva vida.

Me aferraría a Enzo. Mi amigo, mi bastón, mi escape... y con el tiempo también sería mi amor. Traté de convencerme a mí misma.

—Quiero irme a casa, Enzo.

Observó con preocupación mi rostro desencajado.

—No te preocupes, ahora mismo voy a por el coche. —Me acarició el brazo y añadió—: Espérame en la puerta, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza y comencé a andar hacia la salida.

## Capítulo 32

### Cosas de la vida

~Leo~

*En la actualidad*

Los últimos tres días habían transcurrido en un auténtico caos, con los preparativos de la boda de Pablo y Marta, la inminente apertura del hotel, pero sobre todo por la presencia de Enzo, que tenía mi mente hecha un lío.

A pesar de la insistencia de Ana para que hablara con mi hermano, no me veía capaz de hacerlo todavía, pues sabía que si lo intentaba en esos momentos, con el descubrimiento de su traición tan reciente, le diría cosas de las que más adelante me arrepentiría. Por ese motivo llevaba evitándolo desde que supe de su llegada; antes debía poner en orden mis pensamientos.

Entré en la cocina esquivando al personal, que trabajaba a destajo para la celebración que comenzaría en unas horas.

Ana se encontraba concentrada en su tarea y no se dio cuenta de mi aparición.

—¿Estás bien? —le pregunté al mismo tiempo que acomodaba mis manos en su cintura.

Ana dio un respingo y se giró, mostrando varias manchas de harina en su cara y una expresión de cansancio extremo.

—Leo, no te esperaba. —Se puso de puntillas para apoyar su cabeza en mi hombro—. Estoy exhausta, no sé si voy a llegar viva a esta noche.

—Verás como todo sale a la perfección —la tranquilicé, pellizcando su mejilla salpicada—. ¿Has conseguido arreglar lo del vestido?

Esa misma mañana, Sofia le había derramado sin querer un vaso de Cola-Cao sobre la prenda que Ana se compró para lucir en la boda. Su desesperación y nerviosismo fue tal, que estuvo a punto de llamar a Marta para avisarla de que no asistiría al enlace, que se quedaría en la cocina supervisando el banquete. Con mucho esfuerzo conseguí convencerla de que no lo hiciera.

—No —me contestó abatida—. Pero creo que he encontrado la solución. Tengo un viejo vestido que puede servir y que solo me he puesto en una ocasión, así que no creo que alguien se dé cuenta del tiempo que tiene.

—Seguro que estás perfecta —le susurré al oído. Su cercanía comenzó a provocarme una lujuria que no podía satisfacer en ese instante, por eso bufé y me despedí de ella para que continuara con sus quehaceres—. Me voy ya, porque estoy a punto de meterte en la cámara frigorífica y...

Ana rio.

—Vete, anda —me ordenó—. Luego nos vemos.

Me mordió en el hombro con una mirada divertida, pero acto seguido me instó a marcharme.

Tras dar las últimas indicaciones a los encargados y a la organizadora de la boda, me encaminé hacia mi despacho para realizar una llamada a la empresa que se ocupaba de la decoración floral, ya que todavía no habían hecho acto de presencia y se echaba el tiempo encima.

La *wedding planner* no lograba contactar con ellos y comenzaba a mostrarse histérica ante la demora.

Abrí la puerta y me paré en seco, sorprendido al ver que Enzo estaba sentado frente a mi escritorio, con la vista ausente y un gesto serio. Todo mi cuerpo se tensó ante su inesperada visita.

—¿Qué haces aquí? —Mi tono sonó brusco en demasía, pero me resultó imposible controlar mi enojo.

—*Ciao*, Leo —me saludó en voz baja, desconcertado por mi reacción.

Bufé, hastiado.

—Ya le dije *a nonna* que no quería hablar contigo —le espeté.

—Lo sé, pero necesitaba verte. —Se levantó, acercándose a mí con paso lento—. Por favor, dame solo unos minutos. Luego, si no quieres saber nada más de mí, lo entenderé.

Lo observé con detenimiento, mientras una lucha encarnizada tenía lugar en mi interior, sopesando las posibilidades de tomar la decisión correcta. Ante Enzo me encontraba indefenso, pues él era la única persona, junto a Ana que poseía el poder de hacerme daño, ya que eran los únicos que me importaban. Lo hubiera dado todo por él, incluso mi vida, por eso su comportamiento me había causado tanto pesar.

Enzo se frotaba las manos con nerviosismo, compungido oteaba mis ojos en busca de una señal de aliento, de perdón. Lo conocía demasiado bien.

Solté el aire y me froté la frente con los dedos.

—Habla, adelante.

Mi hermano exhaló, aliviado.

—*Grazie, fratello*. —Se posicionó frente a mí, pero no se atrevió a sostenerme la mirada mientras continuó hablando—. No quiero entretenerme, seré breve e iré al grano. Sé que estás al tanto de lo que os hice. —Resopló—. Sabes que siempre has sido mi ejemplo a seguir. —Hizo una pausa y levantó la cabeza—. Te admiraba, pero también era consciente de tu debilidad por mí. Cualquier cosa que yo quisiera, tú eras capaz de quedarte sin ella para dármela a mí.

—Cierto —afirmé intrigado por lo que me contaba—. ¿Y?

Se llevó las manos a la cara para reunir el valor de mirarme a los ojos.

—Pero con Ana no fue así —me confesó—. No cediste y sin embargo te lanzaste a por ella.

Negué con la cabeza.

—Eso no ocurrió así —lo interrumpí; mi enfado iba en aumento—. Para que te quede claro, pasé mucho tiempo luchando contra mis sentimientos, precisamente porque sabía que tú estabas colado por ella. Pero llegó un momento que no lo pude controlar, a pesar de mi esfuerzo por resistirme, sobre todo cuando descubrí que Ana me correspondía.

Enzo apoyó sus palmas en mis brazos, intentando calmarme.

—Lo sé, déjame continuar —me pidió.

Resoplé.

—Adelante —lo insté.

—Era la primera vez que no te apartabas para dejarme mi capricho de turno, por eso se convirtió en un reto a batirte —confesó.

Me indignaba oír esas palabras en boca de Enzo. Me había destrozado la vida, el corazón y todo por una maldita competición sin sentido. ¿Ni siquiera parpadeaba al soltarme semejante estupidez?

—Ana no era un capricho para mí —le manifesté.

—Ya, ya —me dijo frustrado—. Para mí tampoco lo es, pero en aquella época era un niño de

mierda que no valoraba nada. —gruñó—. Tú siempre eras el correcto, el que obtenía el beneplácito de papá, el que siempre actuaba bien y yo solo me sentía satisfecho si te ganaba la partida en algo.

No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Enzo tenía celos de mí? ¿Por qué? Si me desvivía por él, hasta tal punto de posponer mi propia felicidad para costearle los estudios, cuando mi padre se negó a pagarlos.

—Será mejor que no continuemos con esta conversación —expresé, afectado por todo lo que me decía.

—Leo, déjame explicártelo hasta el final, te lo ruego.

Comencé a pasearme de un lado a otro de la habitación, en un vano intento por tranquilizarme.

—Termina, *prego* —lo azucé.

Enzo inspiró profundamente.

—El problema es que durante mi estancia en Madrid me enamoré de Ana hasta las trancas. Aun sabiendo que había actuado mal, pero ya no tuve fuerzas para renunciar a ella —me reveló.

¿Hasta ese momento solo fue un capricho para él? Embaucó a Ana con embustes sobre mí, me engañó sobre su relación con ella y consintió que le pagara, no solo sus últimos años en la Universidad de Madrid, sino también el alquiler de su piso y todos sus gastos.

—¡Me mentiste! —grité sin lograr contenerme—. Y le contaste a Ana una sarta de falsedades. ¿Para qué? ¿Para salirte con la tuya? Ah, claro, que por el camino resulta que te enamoraste de ella realmente. Bienvenido al mundo de los adultos, hermanito.

Enzo se mostraba compungido de verdad, pero eso no aplacaba mi ira.

—Lo siento, Leo. Sé que os hice daño —murmuró avergonzado—. No me he dado cuenta del ser despreciable en el que me convertí hasta estos últimos meses que he meditado sobre lo que me dijiste. Lamento lo que os hice, pero también me arrepiento de haberte tratado así cuando me contaste lo que sucedió el día antes de mi boda.

No me dolieron tanto los golpes de aquel día como descubrir su traición del pasado. Los puñetazos al fin y al cabo los merecía porque no obré de la manera adecuada.

—Nunca quise causarte dolor —insistí, pero cambié el tono cuando recordé que yo tampoco actué bien con él—. Sabes que siempre os respeté durante el tiempo que estuvisteis juntos.

Enzo me miró con un amago de ironía asomando a su rostro.

—En ese sentido, estamos en tablas. —Hizo un gesto con la mano—. No me malinterpretes...

Suspiré. Al final los dos nos habíamos comportado como niños que pelean por lo mismo. No fue mi intención perjudicarlo, pero lo hice. De todas formas, esa no era excusa para su comportamiento.

—Tienes razón, aunque eso no te exime de tu culpa. No se puede destrozarse la vida de los demás por capricho —le recliné con la voz más calmada.

Permanecimos en silencio, los dos cabizbajos y sumidos en nuestros pensamientos, hasta que Enzo volvió a hablar.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —preguntó en voz baja.

Me froté la frente con la mano, vacilante.

—No lo creo —dudé—. Ahora mismo no quiero seguir dándole vueltas a esto, Enzo. Y sé que no conseguiré olvidarlo en un futuro próximo. Lo mejor es que te marches, que hagas tu vida y ya veremos lo que ocurre cuando nos volvamos a encontrar —propuse sin convicción.

Mi hermano asintió con la cabeza, pero su mirada continuaba triste, arrepentida.

—Cuidala, Leo. Ella es lo mejor que hemos tenido nunca.

Sus palabras consiguieron que se me ablandara un poco el corazón.

—Lo haré —le aseguré.

No me moví cuando Enzo abrió la puerta para irse, aunque sentí que mi corazón se partía un poco más. Sería difícil recuperar nuestra relación fraternal, pero tal vez las heridas cicatrizaran poco a poco, con el paso del tiempo. Tal vez...



# Capítulo 33

## Cómo hablar

~Ana~

—¿Estáis listas? —La voz de Leo sonaba impaciente.

—Sí, ya bajamos —contesté apurada.

Me miré por última vez en el espejo y fruncí el ceño otra vez. De nada servía enfadarme porque ya no tenía remedio. Ese viejo vestido me traía malos recuerdos a la mente del fin de año que empecé a salir con Enzo, pero no había otra opción, pues la mancha del nuevo no salía, a pesar de mis esfuerzos por intentar quitarla.

Tomé de la mano a Sofía, que estaba preciosa con su vestidito celeste y juntas bajamos por las escaleras, donde nos esperaba Leo. Enfundado en un traje gris, lucía más guapo que nunca, tanto que sentí cómo me subía un intenso rubor por el rostro al contemplarlo. Sin embargo, me percaté de la rara expresión que puso cuando me vio aparecer. Agrandó los ojos y levantó sus cejas.

—¿Ocurre algo? —le pregunté preocupada, revisando mi atuendo.

—¿Qué va a pasar? Que estáis guapísimas las dos —me contestó, restando importancia a su gesto—. El rojo te sienta bien —añadió de pasada.

Pero esa frase me resultó demasiado familiar. Lo miré a los ojos, tanteándolo... y lo supe.

—Estabas allí —le susurré.

Me llevé una mano a la boca, impresionada por mi descubrimiento. No era una loca ni sufrí alucinaciones. Leo asistió a la fiesta de fin de año en la que Enzo y yo nos besamos por primera vez. Fue real cuando creí verlo entre la muchedumbre.

Levantó a Sofía en brazos al salir a la calle para que no se ensuciara de tierra y se acercó a mí para pellizcarme la mejilla con la mano que tenía libre.

—No soportaba más tiempo sin verte, por eso fui —me confesó con una mirada tierna.

Paralizada por su revelación, no me moví hasta que logré reaccionar, pero cuando asimilé las palabras de Leo, corrí hasta alcanzarlo.

—¿No vas a decir nada más al respecto? —inquirí.

Leo sonrió, mientras Sofía se aferraba a su cuello y le tocaba los mechones de pelo que sobresalían de su recogido.

—¿Qué más te puedo decir, Ani? ¿Quieres saber si os vi? —Giró su rostro para observarme—. Sí, lo hice; por eso no me acerqué a ti. Me di cuenta que de verdad habías rehecho tu vida con Enzo y me marché a Italia de vuelta. Punto.

—Ojalá te hubieras quedado. Si te hubieses acercado a mí... —dije en voz baja.

—Volvemos a lo de siempre, *cara*. No se puede cambiar el pasado.

—Lo sé —murmuré pesarosa.

En ese instante fui consciente de que el destino también había jugado con nosotros de manera caprichosa, aunque debía pensar que todo nos llevaba a estar juntos en el presente, por lo que quizás ese sí era realmente nuestro momento.

Agarré su mano con timidez, esperando su respuesta, que no tardó en llegar cuando me sonrió y apretó con seguridad la mía. Me gustaba esa nueva posibilidad que se abría ante nosotros, los tres juntos. A lo mejor no era tan complicado conseguir la felicidad completa, al fin y al cabo.

—He hablado con Enzo —comentó Leo sin mirarme.

Me sorprendió su revelación.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha pasado?

Suspiró con fuerza, sin dejar de caminar. Sofía continuaba jugueteando con su pelo, pendiente de nuestra conversación, pero ajena a todo.

—Me contó toda la verdad y luego me pidió perdón —manifestó Leo con la vista clavada en el frente—. Pero ahora mismo estoy demasiado dolido para hacerlo, Ana.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—Lo entiendo —le aseguré, pero no añadí nada más porque mi mente estaba de nuevo en otras cuestiones que debía solucionar con urgencia.

Unos minutos más tarde llegamos a nuestro destino, donde los familiares de la pareja y nuestros amigos esperaban la llegada de los protagonistas: Marta y Pablo.

La ceremonia de la boda tuvo lugar en la pequeña iglesia de La Virgen de la Paz de Canaleja. Situada en el centro de la aldea, se erigía con elegancia y sencillez con el paso de los años. En su reducido interior se podía observar dos hileras de bancos, donde no más de cuarenta personas tenían cabida, frente a los cuáles se encontraba el discreto altar, con su precioso retablo en tonos dorados y verdes.

Aquel sitio me recordaba a mi adolescencia, cuando la pandilla al completo nos colábamos a hurtadillas en la iglesia y subíamos por la escalera trasera de madera, hasta sentarnos junto al antiguo órgano. Allí, Pablo nos contaba historias de apariciones de santos y vírgenes que pasaban de generación en generación por los habitantes de la comarca. El resto escuchábamos embelesados aquellas viejas leyendas, hasta que algún ruido extraño nos asustaba y nos hacía salir corriendo de allí.

Ya en aquel entonces Marta soñaba con casarse en ese preciso lugar. En ocasiones recogíamos flores silvestres para emular un ramo de novia, y Marta se paseaba con él en la mano por el pasillo central de la iglesia, mientras el resto de chicas la admirábamos e imaginábamos que se estaba casando.

Pero la imaginación de unas niñas no se podía comparar a la emoción que sentimos cuando realmente apareció en aquel recinto, con su hermoso vestido de novia y un ramillete de Freesias en sus manos.

Torcí la cabeza en busca de la mirada de Leo y me encontré con sus oscuros ojos, que me observaban con intensidad.

—Mamá, mira qué guapa está Marta. ¿Crees que me dejará su vestido para jugar?

Sonreí ante la ocurrencia de Sofía, que sirvió para aliviar la tensión que aún sentía por la profunda mirada de Leo.

—Luego se lo preguntamos —le contesté con complicidad.

Enzo y Emilia se situaron un par de bancos por detrás, pero en cuanto finalizó el oficio se despidieron del resto de invitados. Enzo no pudo quedarse para la celebración porque su vuelo de regreso a Roma salía una hora más tarde, y Emilia prefirió no asistir porque decía que esas cosas eran para los jóvenes, así que se llevó a Sofía con ella para que Leo y yo pudiéramos supervisar el convite y cerciorarnos de que todo salía a la perfección.

Me despedí con tristeza de Enzo, sobre todo porque me angustiaba saber que entre los dos

hermanos las cosas estaban bastante deterioradas y no tenía ni la más remota idea de si habría solución posible, ni cuándo sería la próxima vez que se vieran. Aunque entendía la postura de Leo y era consciente de que no era el momento indicado para forzar más la situación. Pero ni siquiera se despidieron el uno del otro, algo que hizo decaer mi ánimo aún más.

No tuve demasiado tiempo para meditar sobre lo ocurrido, ya que me marché con rapidez hacia el hotel para ultimar los detalles del banquete.

En la cocina todo parecía conducirse a las mil maravillas, tan solo tuve que dar varias indicaciones a los cocineros y aporté algunos toques finales a los platos, pero enseguida pude reunirme con el resto de comensales para disfrutar de la celebración.

El salón se veía precioso con la decoración que Marta había elegido para su boda, daba la sensación de estar dentro de una novela de Jane Austen, tan real que te transportaba a otra época sin apenas darte cuenta.

—¿Te gusta, eh? —me preguntó Leo, que se había acercado a mí sin que lo viera.

—Es todo tan bonito, que creo que voy a llorar de emoción.

Leo soltó una carcajada y tiró de mí para llevarme hasta la mesa en la que nos habían ubicado a todos los amigos juntos.

La velada transcurrió entre risas y diversión, con momentos emotivos como la carta que Pablo le leyó a Marta, que nos hizo llorar a todos. Y la sorpresa que Marta le dio a su recién estrenado marido, un precioso retrato de ellos dos, de cuando todavía eran adolescentes, besándose en un Fotomatón.

El banquete resultó ser un rotundo éxito, todos los platos causaron furor y sentí un gran orgullo por un trabajo bien realizado. Me encantaba esa sensación y la adrenalina que corría por mi cuerpo cuando la gente quedaba satisfecha con mis recetas.

Cuando terminamos con los postres y la tarta se oscureció la iluminación, dejando un ambiente más íntimo, cargado de romanticismo. Y la música comenzó a sonar.

Pablo y Marta se dirigieron a la pista de baile, donde se unieron en una preciosa danza con su canción favorita de fondo.

—¿Recuerdas cuál es la nuestra? —murmuró Leo a escasos centímetros de mi oído.

—No podría olvidarlo, *More than words*, de Extreme —contesté, y acaricié su mejilla, cubierta por una corta barba, que había crecido un poco más durante los últimos días.

Leo sostuvo mi mano con suavidad y besó mi palma.

—Baila conmigo.

Sin soltar mi mano, me condujo hasta la pista y me encerró entre sus brazos. Nuestros rostros quedaron tan cerca que sus labios casi rozaban los míos, entonces comenzó a mecerse al son de la música.

—Aún no me has contestado a la pregunta que te hice en la piscina —me recordó entre susurros.

Me ruboricé al recordar el momento al que aludía.

—Lo pensaré —tartamudeé, sorprendida por el recordatorio, ya que supuse que la proposición de ese día no iba en serio.

La cercanía de nuestros cuerpos comenzó a provocarme escalofríos. Por mucho tiempo que transcurriese, esa reacción de mi piel bajo su contacto nunca cesaría. Siempre había sido así con él.

—¿Lo pensarás? —repitió—. ¿Hay ninguna manera de convencerte? ¿Quizá con una propuesta más formal, con velas, pétalos de rosas y anillo?

Reí con fuerza, pero mi expresión se tornó seria cuando comencé a acariciar su torso por debajo de su chaqueta. Leo siseó, reaccionando a mi contacto.

—Tenemos que hablar de algo importante, y no puedo retrasarlo más —le dije.

—De acuerdo, mañana me lo cuentas en la cama, cuando nos despertemos —declaró, zalamero.

Solté otra carcajada por su descaro.

—Así que das por sentado que vamos a dormir juntos esta noche —observé.

Tracé pequeños círculos en su pecho con las yemas de mis dedos, a la vez que rozaba con mis labios su cuello.

—Estás jugando con fuego, *amore* —dijo frotando su nariz con la mía.

Me mordí el labio inferior al notar que sus manos bajaban despacio desde mi cintura hasta posarse en mis caderas. Levanté la vista hasta sus ojos y su mirada abrasadora me cortó el aliento.

—Quiero besarte —susurré sobre sus labios, sin apartar mis ojos de los suyos.

Leo se paró en seco, pero al instante comenzó a andar a toda prisa, hasta cruzar al otro extremo del salón, sujetando mi mano con firmeza, arrastrándome con él. No le importaron las miradas curiosas y divertidas que nos lanzaron algunos invitados al vernos pasar.

—Salgamos de aquí —propuso.

Sin mediar palabra me condujo hasta los servicios de caballeros, donde me introdujo en una de las cabinas y cerró la puerta con pestillo. Me acorraló en la pared y comenzó a besarme con desesperación. Un beso largo, profundo, por momentos era carnal y a ratos dulce, lento...

—Te deseo —le confesé con erotismo.

Introdujo su mano bajo la falda del vestido y me bajó la ropa interior con destreza, mientras yo desabrochaba sus pantalones con dedos temblorosos por la impaciencia. Sostuvo en su mano izquierda mis bragas y me levantó en brazos, a horcajadas, apretándome contra la pared para hundirse en mi interior con un jadeo de placer.

—Me vuelves loco, *amore* —expresó sobre mis labios—. Contigo no puedo controlarme ni en una sala llena de gente.

Sin podernos reprimir, hicimos el amor dominados por una pasión salvaje, transmitiendo con nuestros cuerpos todo lo que no se podía expresar con las palabras. El amor que sentíamos el uno por el otro nos provocaba más lujuria que el más poderoso de los afrodisíacos.

Cuando alcanzamos el éxtasis, nos quedamos quietos, sin movernos hasta que nuestras respiraciones se normalizaron un poco.

—Nunca dejaré de quererte, Leo —le dije mientras acariciaba su ancha espalda.

Noté su sonrisa rozando la comisura de mis labios.

—Déjame pasar el resto de mi vida contigo, pequeña. Dime que sí.

Me besó largamente, con tanta ternura que creí desfallecer.

No pude contestarle, aunque mi corazón clamara por decirle que sí. Pero antes debía hablarle de Sofía. Sin más demora, al día siguiente se lo contaría. Ya no podía esperar más.

# Capítulo 34

## Perdón

~Leo~

Era domingo. Ana se había marchado bastante temprano a Alcaraz para llevarle a Marta algunos de los regalos que se habían olvidado la noche anterior en el salón de celebraciones del hotel. Pero estaba tardando demasiado y me empecé a preocupar cuando vi que pasaba la hora de comer y no había regresado a la aldea.

A las seis de la tarde, alarmado por no tener noticias suyas, decidí acercarme a casa de mi abuela, porque sabía que Ana iría primero allí para buscar a Sofía.

—¿Y dices que no da tono su teléfono? —se extrañó Mili.

—No. Cada vez que la llamo salta el buzón de voz —le expliqué.

Su expresión de intranquilidad me puso aún más nervioso. No era normal que Ana no avisara si pensaba retrasarse. Algo le había ocurrido, estaba seguro de ello. Además, hacía tres horas que había hablado con Marta, quien me confirmó que Ana se había marchado de Alcaraz en su coche antes de las tres del mediodía.

Mi abuela no cesaba de mirar el reloj a cada minuto y yo paseaba de un lado a otro del comedor, cada vez más inquieto.

Sofía comenzó a darse cuenta de que algo no iba bien. Su madre estaba tardando demasiado, así que Mili se dedicó a entretenerla con juegos para que no se acordara, pero como casi todos los días a esa hora, se metió en el baño mientras preparaba la ducha para la niña.

El timbre de la puerta sonó, abrí con mi corazón latiendo a toda prisa, pensando que se trataba por fin de Ana. No fue así.

—¡Hola, Leo! —me saludó la vecina—. ¿Está Emilia en casa?

—Sí, ahora mismo la aviso. —Me aclaré la garganta, que estaba completamente seca por la ansiedad que se apoderaba de mí—. Pasa, voy a buscarla.

Recorrí la casa hasta entrar en el cuarto de baño para avisar a mi abuela, que se secó las manos con rapidez para ir a ver qué quería Vicenta.

—Leo, ¿puedes secarle el pelo a Sofía? —me pidió—. No tardo, vuelvo enseguida.

—Sí. Yo lo hago, no te preocupes.

Envolví a la niña en la toalla por inercia y la deposité con cuidado en el suelo, pero mi mente no dejaba de dar vueltas, pensando que algo malo le había ocurrido a Ana. En cuanto mi abuela regresase me marcharía con el coche a buscarla.

—¿Ya ha vuelto mi madre? —me preguntó Sofía.

Inspiré con fuerza, angustiado.

—No, todavía no. Pero no pasa nada, porque ahora mismo voy a salir a recogerla y la traeré, ¿vale? Seguro que se ha entretenido en casa de Marta y no se ha dado cuenta de la hora que es.

La pequeña asintió con la cabeza, y me dispuse a secarle el pelo frotándolo con la toalla. Cuando levanté su melena, algo llamó mi atención, tuve que acercarme para cerciorarme de lo que

estaba viendo. Ese lunar... era idéntico al que Enzo tenía.

En ese momento entró Mili y se quedó paralizada al percatarse de mi descubrimiento.

—No puede ser —siseé, con expresión de incredulidad.

Miré a mi abuela, interrogante, pero lo supe en cuanto nuestros ojos se encontraron. Su rostro se desencajó. Giré a Sofía, y me agaché para observar su rostro con detenimiento. ¿Cómo había pasado por alto su parecido con mi hermano y conmigo?

—¿Cuántos añitos, tienes, peque? —le pregunté.

—Cin... digo, cuatro.

¿En serio? La habían aleccionado para mentir sobre su edad. Comencé a sentir cómo la rabia y el pánico se apoderaban de mí. Calculé mentalmente, llegando a la conclusión de que si la niña tenía cinco años, bien podría ser hija de Enzo, aunque también cabía la posibilidad de que fuera mía, pero eso era improbable.

Me costaba respirar.

Dirigí la vista hacia mi abuela, de nuevo.

—¿Desde cuándo lo sabes, *nonna*? —Mi voz sonó estrangulada.

No le dio tiempo a contestar, porque en ese momento comenzó a sonar mi móvil. Corrí a descolgar con urgencia; en la pantalla aparecía un número desconocido para mí.

—¿Sí? —respondí a la llamada.

—Leo, soy yo. —Era Ana; sentí tal alivio que mi cuerpo se quedó laxo, sin fuerzas—. No he conseguido llamar antes.

—Ani, ¿estás bien? —la interrogué, con desasosiego, aturdido aún por lo que acababa de descubrir—. ¿Qué ha pasado?

La oí bufar al otro lado.

—Estoy bien, pero se me ha quedado parado el coche en mitad de la carretera y tengo el teléfono sin batería. He tenido que andar bastante, pero al final un hombre que estaba trabajando en sus tierras se ha apiadado de mí y me ha prestado su móvil para llamarte.

—Salgo ahora mismo para allá. ¿Dónde estás exactamente?

—En la Nacional 322, en el cruce hacia Solanilla —me respondió.

—Vale. No te muevas de ahí, voy a recogerte.

Agarré las llaves del coche y tras contarle a mi abuela lo ocurrido, salí en busca de Ana.

Durante el trayecto no lograba pensar en otra cosa más que en Sofía. ¿Cómo podía haberme ocultado algo así? La niña era mi sobrina, tenía derecho a conocer esa información. Me sentía engañado, dolido y estafado porque Ana no hubiera confiado en mí para contármelo. Debía reconocer para mí mismo que tampoco era agradable saber que la mujer de la que estaba enamorado tenía una hija con mi hermano. Eso lo cambiaba todo. ¿Acaso se lo había confesado a Enzo? ¿Estaría al tanto?

El pasado regresó para golpearme con fuerza. Ana se había marchado a Londres para criar ella sola a Sofía, sin darnos la oportunidad de verla crecer. Eso era terrible.

Cuando llegué al cruce vi que Ana me esperaba junto al cartel que indicaba la ubicación de Solanilla. Me acerqué hasta ella y abrí la puerta del coche para que entrase.

—Gracias por salvarme —manifestó con una gran sonrisa.

Me besó en la mejilla, pero su expresión cambió al percatarse de mi seriedad.

—No tienes que dárme las —repliqué—. Estábamos muy preocupados, creíamos que te había sucedido algo.

Ana me observaba de reojo, supuse que no entendía por qué me mostraba tan hosco con ella.

No era algo normal en mi comportamiento, pero no me nacía actuar de otra forma, después de los últimos acontecimientos.

—¿Te has enfadado? —preguntó con timidez—. De veras que no he podido llamar porque estoy sin carga en el teléfono...

—No es eso, Ana. Déjalo.

Resoplé, sobrepasado por la situación, a punto de estallar por la indignación.

—No lo dejo, sé que te pasa algo y quiero saber qué es —insistió, con un gesto de preocupación en el rostro.

Conducir y mantener esa conversación no era una buena combinación. Ví una bifurcación y giré para introducirme en un camino de tierra, donde paré el coche en un lateral.

—¿Quieres saberlo? Bien, pues hablemos. —Salí del vehículo dando un sonoro portazo y esperé a que ella me siguiera.

Así fue, con cautela se situó frente a mí y habló.

—Leo, me estoy asustando —expresó con voz apagada—. ¿Vas a decirme qué ocurre?

¿Cómo era posible que hubiera construido y mantuviera esa farsa como si nada? No lograba comprender que estuviera tan tranquila, ocultando algo tan serio como era Sofía. Quizá albergaba la esperanza de que no nos diéramos cuenta. En ese momento entendí por qué nunca quería hablar sobre el padre de la niña.

Mesé mis cabellos con furia. Levanté mis gafas de sol para colocarlas en mi frente y busqué las palabras adecuadas. Pero fue inútil. Estallé sin más.

—Y tú, ¿vas a contarme por qué demonios no me has dicho que Sofía es mi sobrina? —No hubo forma de contener mi rabia. Me sentía frustrado, enfadado y herido.

La cara de Ana se tornó pálida. Sin dejar de mirarme a los ojos, se abrazó a sí misma, como si necesitara aliento para responder. Agachó la cabeza y durante unos minutos se mantuvo en silencio.

—Porque no lo es —dijo finalmente, en voz tan baja que me costó escucharla.

Eso sí que fue un golpe bajo. ¿Tenía la desfachatez de mentirme a la cara?

—Venga ya, Ana. No salgas con esas —le solté tan ofuscado que tuve que darme la vuelta y andar unos pasos para tomar aliento—. He visto el lunar. La niña tiene la misma peca que Enzo en la nuca.

Caminé unos pasos, pero regresé a los pocos segundos. Ella permanecía de pie, con los brazos cruzados y el rostro desenchajado. Se apoyó en el lateral del coche y levantó la vista hacia mí.

—El mismo lunar que tienes tú también —murmuró con calma, aunque su rostro no mostraba la misma tranquilidad.

La miré como si hubiera visto un fantasma. No daba crédito a sus palabras.

—¿Qué has dicho? —inquirí, con la garganta seca.

Ana suspiró y vi cómo dos lágrimas se escapaban de sus ojos. Se aclaró la garganta y habló.

—Que Sofía no es tu sobrina —negó—. Es tu hija.

Sentí como si un puñetazo se incrustara en mi estómago y trastabillé hacia atrás. Hube de buscar dónde apoyarme porque noté que mi cabeza daba vueltas. No era posible, eso no podía ser cierto. Ana y yo solo estuvimos juntos aquella noche, seis años atrás. Pero Enzo y ella mantuvieron una relación seria de año y medio. ¿Estaba segura de que Sofía era mía y no de mi hermano?

—¿Cómo puede ser? —susurré, acercándome a ella para sondear sus ojos, en busca de una respuesta sincera.

Ana inspiró, se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y me expuso, con inseguridad.

—Sé lo que estás pensando, pero te lo explicaré; aunque sea algo demasiado íntimo. —Hizo una pausa y se quedó pensativa, hasta que añadió—: Enzo y yo nunca llegamos a... —Chasqueó la lengua, incómoda—. Yo no podía, Leo. Intentamos hacerlo muchas veces, pero mi mente me jugaba malas pasadas. Veía tu imagen, tu sonrisa... Me resultaba imposible seguir adelante, y entonces me echaba a llorar. Enzo se mostraba comprensivo conmigo, no me presionaba. Tuvo una paciencia infinita; por eso le prometí que una vez que nos casásemos las cosas serían diferentes, que nada se interpondría entre los dos. —Pasó su mano por su frente—. No hubo nadie más que tú, Leo. Además, ya sabes que nosotros no solemos usar...

—No sigas, déjalo —la corté, aturdido.

Nos quedamos en silencio durante largo rato, tanto que ya comenzaba a oscurecer. Los dos apoyados en el lateral del coche, sumidos en nuestros pensamientos.

No sabía qué decir, cómo reaccionar. Me costaba asimilarlo. Sofia era nuestra hija, pero Ana me lo había ocultado durante seis años. Me había privado de verla crecer, de su cariño. Por segunda vez tomaba una decisión por los dos, sin siquiera haberme dado la oportunidad de opinar.

—Lo siento —me expresó finalmente—. He intentado contártelo, pero nunca encontraba el momento para hacerlo.

Negué con la cabeza, disgustado.

—¿En seis años no has encontrado el momento para decírmelo? —le reproché—. No es justo, Ana. Hubiera vendido mi alma al diablo por estar con vosotras.

Más lágrimas asomaron a sus ojos.

—Lo sé, pero cuando me enteré de que estaba embarazada habían transcurrido casi dos meses, y pensé que no debía remover todo otra vez, que lo mejor era tener al bebé sola. —continuaba explicándome—. De verdad, lo siento.

No quería continuar escuchando. Necesitaba meditar. Toda esa información era demasiado para un solo día. ¿Cómo podría perdonarle tal engaño?

—Toma las llaves del coche. —Le tendí los dedos con ellas y las solté en su mano—. Llévatelo y vuelve tú sola a la aldea. Yo... necesito estar solo, caminaré hasta allí.

Ana me miró con preocupación.

—Pero hay varios kilómetros de distancia.

Le hice un gesto para restarle importancia y comencé a andar.

—Vete. Tengo que meditar sobre todo esto.

Y sin volver la vista atrás, me marché de su lado.



# Capítulo 35

## Tu noche y la mía

~Ana~

*Septiembre de 2011*

Mi último año y medio había pasado tan rápido que no me dio tiempo a meditar con calma cada acontecimiento.

Profesionalmente todo iba sobre ruedas. Logré un buen puesto de trabajo en uno de los mejores restaurantes de Adrián Vargas, como segunda cocinera, bajo las órdenes de una de las mejores chefs españolas: Alejandra Soto, a quien le debía mi agradecimiento incondicional por enseñarme tanto.

En el terreno personal, había logrado una estabilidad junto a Enzo que me generaba paz interior, pero nunca me paré a pensar si estaba siguiendo el camino correcto o no.

—Mamá, voy a salir un rato a despejarme. Estoy un poco nerviosa y necesito que me dé el aire —le comunicó a mi madre, mientras abría la puerta para marcharme.

—Vale, cariño. No tardes, que ya está oscureciendo y mañana es el gran día.

El gran día.

Todavía no me hacía a la idea de que había llegado el momento. Seis meses antes aceptaba la proposición de Enzo, como si fuera un robot. Casarnos era lo más lógico tras un año y medio de relación, ¿no? Sí, estaba haciendo lo que se esperaba de mí, no cabía duda. Pero, ¿era lo que yo anhelaba? En realidad me daba igual, simplemente me dejé llevar, pues hacía demasiado tiempo que ya no tenía ilusiones, que no creía en príncipes azules ni finales felices.

El amor apasionado estaba sobrevalorado. Lo mejor era encontrar un buen compañero de viaje con quien compartir la vida, que fuera comprensivo, atento, amable, cariñoso y lo suficientemente maduro como para no tomar decisiones a lo loco que pudieran hacerme daño. Y yo lo había encontrado: Enzo.

—Hola, Mili —saludé a mi futura abuela política desde la acera de enfrente.

—Buenas noches, mi niña bonita. ¿Qué haces por aquí a estas horas? —se extrañó—. Mañana os casáis y ya deberías estar descansando para estar como una rosa.

Reí ante su regañina.

—Me hacía falta tomar un poco de aire, pero no te preocupes que ya voy de regreso a casa.

—De acuerdo. Hasta mañana, prenda mía.

Le lancé un beso y me despedí con la mano.

Enzo y yo habíamos decidido casarnos en la iglesia de Canaleja, pues nos parecía el lugar indicado, ya que era donde nos habíamos conocido cuando solo éramos unos niños. Por eso estaba allí.

Pero cuando llegué, dos días antes, me arrepentí de haber elegido ese lugar para la ceremonia... Miles de recuerdos de Leo acudieron a mi memoria sin conseguir reprimirlos. La pequeña aldea era nuestro lugar especial y no sabía cómo había pasado por alto aquello al

escoger el sitio.

Leo. Tan soberbio que ni siquiera había aceptado asistir a nuestra boda. No, no me permitiría volver a caer en la trampa de pensar en él. Lo descarté, cerrando los puños y los ojos con fuerza, echándolo de mi mente con rabia.

—Ya estoy de vuelta —anuncié en voz alta cuando entré para que mis padres me oyesen.

—Vale —contestó mi madre—. Oye, Ana, toma esto. Acaba de venir una vecina a traerte un regalo de boda.

Recogí la gran caja sin intención de abrirla, sin curiosidad por saber qué era. No me importaba demasiado. Subí a mi habitación, transportando el pesado obsequio entre mis brazos. Me costó abrir la puerta con los dedos, sin soltar mi carga y me adentré a oscuras en el cuarto, pues no podía encender la luz con las manos ocupadas.

Tras de mí escuché que la puerta encajaba en el marco con suavidad. ¿Cómo se había cerrado sola?

No me dio tiempo a reaccionar. Una mano me tapó la boca y presa del pánico sentí un suave vello en mi oreja. Forcejeé aún con la caja en mis manos, pero un fuerte brazo, enlazado a mi cintura, no me permitió moverme.

—Shhhh, no grites, soy yo. Leo —me susurró una voz ronca.

¿Leo? Mis latidos comenzaron a retumbar en mi pecho con fuerza. Era él, su aroma inundó mis fosas nasales, evocando miles de recuerdos en mi mente. Intenté articular palabra, pero su mano, que se aferraba con firmeza, me lo impidió. Frustrada, solté el paquete que transportaba, el cual se estrelló en el suelo formando un gran estruendo.

—Vale, vale. Ya te suelto —me aseguró Leo, consciente de mi enfado—. Pero prométeme que no me echarás y escucharás lo que he venido a decirte.

Intenté contestar, pero lo volvió a evitar apresando también mis brazos con el suyo y con su otra mano continuó tapando mis labios. Cabreada, asentí con la cabeza y fruncí el ceño.

De pronto me sentí liberada. Me volví, pero solo pude distinguir su silueta entre la oscuridad. Me acerqué al interruptor y encendí la luz.

Allí estaba Leo, parado frente a mí, con su metro ochenta de altura, más imponente y atractivo que nunca. Hacía cuatro años que no nos veíamos, pero conocía a la perfección cada rasgo de su rostro, cada centímetro de su piel, tanto o más que mi propio cuerpo.

Nos observamos con intensidad durante unos largos segundos, hasta que una voz desde la planta de abajo me hizo reaccionar.

—Ana, ¿qué ha pasado? —Era mi madre, que con toda seguridad había escuchado el ruido del regalo chocando contra el suelo.

—No te preocupes, mamá. Se me ha caído una de las cajas, pero no le ha ocurrido nada. —Oí que subía las escaleras y añadí—: Estoy cansada y me voy a acostar. Hasta mañana.

—Vale, que descanses, cariño —aseveró desde el otro lado de la puerta.

Cuando estuve segura de que se había marchado, me enfrenté a Leo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —interrogué, nerviosa—. ¿Y cómo has entrado sin que te vieran?

Leo se encogió de hombros.

—Por la ventana —respondió con naturalidad.

Abrí mucho los ojos, pero intenté calmar mi tono para que no nos oyeran.

—¿Estás loco? —lo acusé, alterada—. Hay dos pisos de altura, te podías haber matado.

Sonrió, sin dejar de contemplarme. Había ternura en su mirada.

—Bueno, digamos que te he devuelto la visita —declaró.

¿De veras recordaba aquel episodio de nuestra adolescencia? Me quedé paralizada. No daba crédito a lo que estaba sucediendo. Leo estaba allí, frente a mí y era de carne y hueso. Era real.

—Creí que no vendrías a la boda —murmuré, apenas consciente de que lo había verbalizado en voz alta.

—No pensaba hacerlo —reveló, pero en ese momento algo captó su atención y desvió la mirada hacia un lateral. Era mi vestido de novia, que colgaba por fuera de la puerta del armario. Se acercó hasta él—. Debes estar preciosa con él —dijo acariciando la prenda.

Una punzada de dolor me atravesó el corazón. ¿Cómo osaba presentarse allí y soltarme eso? ¿Acaso no recordaba nada del amor tan inmenso que habíamos compartido?

—¿A qué has venido, Leo? ¿Qué quieres de mí? —inquirí, dolida.

Lo oí exhalar, mientras sus pasos se acercaron a mí por detrás. Al momento, sentí una leve caricia en mi brazo.

—A ti —soltó—. Te quiero a ti.

Me quedé sin habla. Tenía la desfachatez de venir, cuatro años después de haberme abandonado, el día antes de mi boda para decirme que me quería. No daba crédito a sus palabras. Llevaba todo ese tiempo sin tener ni una triste llamada suya, tan solo un mensaje impersonal felicitándome el año nuevo.

Me giré para sondear sus ojos, en busca de algo que me indicara que se trataba de una broma de mal gusto.

—¿Te burlas de mí? —le reproché.

No era una mofa. Su profunda mirada era sincera, angustiada. Noté cómo sus pupilas me atravesaban hasta calarme el alma.

—No, *amore*. No puedo seguir viviendo sin ti. —Acarició mi mejilla con dulzura—. Nunca debí marcharme de tu lado, pero lo hice. Y esta es la última oportunidad que tenía para hacértelo saber. No pensaba venir, pero no conseguí reprimir el impulso porque sé que ya no habrá otra ocasión.

—Me abandonaste... —le dije sin fuerzas, dejándome llevar por las sensaciones que provocaba en mí su caricia.

—No te cases con Enzo —me suplicó apretándome entre sus brazos—. No quiero perderte otra vez.

Su mirada de anhelo me nubló los sentidos, y al posar mis manos en su pecho, él tembló.

—Leo, no podemos...

Su voz aterciopelada y ronca atormentaba mi cerebro.

—No soy nadie cuando no te tengo, Ani.

Acercó su rostro al mío lentamente, sin dejar de mirarme, hasta que su aliento rozó mis labios.

—Enzo no se merece que...

—Hablaré con él —me cortó—. Le explicaré la verdad, que no he dejado de quererte.

—No me hagas esto ahora, Leo —le supliqué.

Pero me besó, con tanto amor que creí desmayarme. Un beso lento, largo, cargado de sentimientos, destinado a derribar todas mis defensas. Un beso al que no logré resistirme porque lo deseaba con tanta intensidad que dolía. Un beso que me hizo darme cuenta que yo tampoco había dejado de amarlo, que por mucho que lo intentase no olvidaría a Leo jamás. Un beso que lo cambiaba todo, porque en ese momento supe que mi matrimonio con Enzo sería una completa farsa.

—Sé que sientes lo mismo que yo —susurró contra mis labios—. Cada poro de tu piel responde a mi contacto. Nada ha cambiado entre nosotros; es la misma magia que no se puede controlar.

Y sucumbí ante su hechizo.

Me desnudó con lentitud. Besó y saboreó cada parte de mí, sin dejar un solo rincón sin hacerlo suyo, mostrándome cuánto de verdad había en sus palabras, expresándome con todo su ser todo lo que sentía por mí.

Fue una noche de amor sin barreras, de pasión desatada por tanto tiempo de ausencia. Las horas del reloj pasaban y nosotros seguíamos despiertos, entrelazados, saciándonos el uno del otro.

Durante aquellos momentos comprendí que nunca más podría conformarme con menos. Leo era todo para mí, y si no era él, no sería nadie más. Seguía enamorada de él como el primer día y estaba segura de que eso no cambiaría, por mucho que me empeñase en negarlo.

No había vuelta atrás.

Cuando desperté Leo ya no estaba allí, pero no lo busqué. Tomé la decisión de huir al más puro estilo de *Novia a la fuga*, sin dar cuentas a nadie, tan solo a mi madre.

No podía casarme con Enzo. Tampoco mirarlo a la cara, pues la vergüenza me lo impedía. Y aunque mi corazón clamaba por Leo, lo nuestro era una historia imposible. Al menos en ese instante...

## Capítulo 36

### Si tú quisieras

~Ana~

#### *En la actualidad*

No estaba preparada para sufrir su indiferencia. Después de lo que habíamos compartido durante los últimos días, tras nuestra reconciliación, encontrarme con un Leo totalmente distinto que no quería ni verme supuso un mazazo enorme para mí.

—¿Sabes algo de mi nieto? —me preguntó Emilia esa mañana, cuando fui a llevarle a Sofia.

—No. —Mi voz debió sonar más apagada de lo que pensaba porque Mili se acercó a mí y me acarició la mejilla con ternura—. Hace dos días que ni siquiera coincido con él en el hotel.

—Todo se va a solucionar —intentó consolarme—. Es un chico listo y pronto se dará cuenta de lo que tiene y lo que puede perder.

—No me va a perdonar, Mili —le dije—. Y tiene sobradas razones para no hacerlo.

Cabía la posibilidad de que ocurriera. No lo culpaba, pero perderlo otra vez fue más de lo que podía soportar. Me sumí en una inmensa tristeza de la que no lograba salir.

Intenté hablar con él en varias ocasiones, pero se negaba en rotundo, ni tan siquiera levantaba la vista cuando nos cruzábamos por los pasillos del hotel.

Aunque a mí no quería verme, al menos a Sofia sí la visitaba. Cada día iba a verla a casa de Emilia y pasaba un buen rato con su hija, hasta que se acercaba la hora en la que yo la recogía, entonces se marchaba para no tener que encontrarse conmigo.

Me despedí de Sofia y Emilia, como cada mañana, antes de dirigirme al hotel.

—Buenos días —saludé a mis compañeros cuando entré en el restaurante—. ¿Cómo se presenta el día?

Todos respondieron con entusiasmo. Lo cierto era que el buen ambiente se había instalado allí y no tardé en encariñarme con el personal, sobre todo con Julia, que se había convertido en mi mano derecha con rapidez.

—Hoy toca *fiestuqui* —contestó Julia, irónica—. Han reservado una mesa para veinte personas. Un cumpleaños, me han dicho... y me temo que nos darán las tantas aquí.

—Vaya fastidio —apunté—. Le había prometido a Sofia que comeríamos juntas.

—Pues vete olvidando de comer con ella, maja —me soltó, cantarina, mientras se introducía en la cámara frigorífica.

La inauguración del hotel tuvo lugar una semana antes, con un enorme éxito de asistencia. Desde entonces no habíamos tenido ni un minuto de respiro, pues el resort estaba al completo de huéspedes desde su apertura, además de los clientes que acudían para degustar la comida del restaurante, o para utilizar cualquiera de las salas de reuniones o celebraciones.

Leo debía sentir un enorme orgullo, había realizado un trabajo maravilloso que comenzaba a dar sus frutos. Pero algo me tenía inquieta, además de lo sucedido. Sabía que estaba planeando

levantar otro resort con las mismas características en Salamanca, y tuve el presentimiento de que no tardaría en marcharse, con la excusa de supervisar ese nuevo proyecto.

La voz de Begoña me devolvió a la realidad.

—Ana —me llamó.

—Dime, Begoña.

—El jefe quiere verte en su despacho —me informó.

—Vale. Gracias por avisarme. Ahora mismo voy —le expresé y fruncí el ceño.

¿Tan mal estaban las cosas entre nosotros que no era capaz de llamarme él mismo para decirme que quería verme?

Me limpié las manos en el delantal y me lo quité, antes de subir a la planta donde estaba el despacho de Leo. Estaba enfadada. Una cosa era que estuviera dolido conmigo, pero hasta tal punto de no ser capaz de escribirme un simple mensaje para comunicarse conmigo, eso ya era demasiado.

Llamé a la puerta con enojo y cuando escuché la voz de Leo que me indicaba que entrase, lo hice.

—¿Qué desea su majestad? —le espeté sin mirarlo.

Leo levantó las cejas y se cruzó de brazos, dirigiéndome una mirada indescifrable para mí. Desde luego, su expresión era seria.

—¿A qué viene eso, Ana?

Me acerqué con orgullo, hasta situarme frente a él, al otro lado de su mesa.

—¿Acaso no podías enviarme tú mismo un mensaje al teléfono, o haberme llamado para decirme que subiera?

Sonrió, a su pesar. Supuse que no esperaba mi contestación.

—¿Te molesta que me comporte contigo igual que con el resto del personal? —me soltó con descaro.

Sí, me molestaba, y que en ese momento me recordase que era mi jefe también me sacó de mis casillas.

—Hace una semana no tenías reparos en llevarte a la cama a esta empleada tuya que viste y calza —le reproché—. Para eso no hay formalismos entre nosotros, ¿no?

Se frotó la barbilla para evitar que viera su sonrisa. Le divertía la disputa, pero a mí no me hacía ninguna gracia. Eso me enfadó aún más.

—Pero ahora estamos trabajando, Ana —me comunicó, consciente de mi furia.

Solté una carcajada.

—Lo tendré en cuenta, señor Soler —le dije con ironía—. ¿Qué desea de mí, entonces?

Leo me contempló de arriba abajo y resopló. Parecía satisfecho por haber provocado mi ira.

—Te he mandado llamar porque quiero hablar de Sofia —expuso—. Quiero que le digamos que soy su padre. Ya es hora de que lo sepa, ¿no?

¿Me había hecho acudir a su despacho para hablarme de Sofia? Después de todos mis intentos, sin éxito, por mantener una conversación con él sobre nuestra hija, él consideraba que durante la jornada laboral era el mejor momento para discutir sobre el tema.

Estallé.

—Discúlpeme, señor Soler —siseé, furiosa—. Estoy en mi horario de trabajo. Si quiere comentarme algo sobre mis obligaciones laborales, adelante. Pero si lo que desea es dialogar sobre nuestra hija o cualquier otro tema privado, ya sabe dónde encontrarme.

Y me marché dando un sonoro portazo.

# Capítulo 37

## Te necesito

~Leo~

Ana tenía razón, me había portado como un gilipollas al tratarla así esa misma mañana. Pero lo cierto era que no sabía cómo abordar el tema. Continuaba enfadado con ella por ocultarme la existencia de Sofía durante tanto tiempo. Eso era algo que tardaría bastante en asimilar, aunque la echaba tanto de menos que a veces dudaba si merecía la pena seguir así.

Por muy disgustado que estuviera, me pesaba más el amor que sentía por las dos y mis ganas de estar junto a ellas todo el tiempo.

Mi familia. Mi corazón se paró, como siempre que pronunciaba esas palabras en mi mente. Ana y yo éramos padres de una preciosa niña que me robaba la sonrisa cada vez que la veía. Era tan pequeña, la veía tan frágil, que solo quería acunarla en mis brazos y protegerla de todo mal.

Me había perdido cinco años de su vida, pero quería formar parte de su presente y su futuro, de eso no cabía duda.

Ana se había quedado hasta tarde en el hotel, pues la celebración de un cumpleaños en el restaurante se había alargado hasta altas horas de la tarde. Por eso, decidí esperarla en la puerta, tal y como ella me había indicado, fuera del trabajo.

Sonreí al recordar la discusión que habíamos mantenido unas horas antes. Su carácter rebelde me volvía loco, me encantaba provocarla para que lo sacara a relucir.

Sí, estaba dolido, disgustado y enojado con Ana, pero la amaba con cada poro de mi piel, y eso era algo a lo que ya había decidido no resistirme más desde hacía bastante tiempo.

La puerta de salida se abrió y Ana apareció, reaccionando con sorpresa ante mi presencia allí. Pero ella, orgullosa, hizo como si no me viera y continuó andando.

—Ana, espera —le pedí.

Aceleró el paso e hizo caso omiso a mi llamada.

—Sé que me has escuchado —le avisé—. Para un segundo, por favor.

Pero ella siguió andando como si nada.

—O paras o te cargo al hombro —le advertí, malhumorado.

Se frenó en seco.

—No serás capaz —me dijo, inclinando la cabeza hacia un lado para mirarme.

Arqué las cejas ante sus palabras.

—Pruébame, si te atreves —la provoqué.

Y lo hizo. Con soberbia comenzó a caminar de nuevo. Pero yo cumplí con mi aviso, me situé a su lado, la agarré con fuerza y la cargué en mi hombro, ignorando la sarta de protestas e insultos que empezó a proferir.

—Pedazo de animal, ¡bájame ahora mismo!

—Te suelto si me prometes que me dejarás hablar contigo, como adultos.

Anduvimos durante unos segundos de aquella forma, hasta que se calmó y decidió concederme

al menos eso.

—¡Bájame ya! —me ordenó—. Sí, ¡de acuerdo, te escucharé!

La dejé en el suelo con cuidado y sondeé sus ojos, que estaban cargados de furia. Sus mejillas sonrojadas también la delataban.

—Esto está mejor —afirmé—. Y ahora, ¿vas a oír lo que quiero decirte?

Afirmó con la cabeza, pero sus brazos cruzados sobre su cintura me indicaban que aún seguía enfadada.

—Adelante. ¿Qué quieres? —me espetó.

Resoplé, aliviado.

—Lo único que quiero es formar parte de la vida de mi hija. Nuestra hija —maticé, con tono conciliador.

Vi cómo su mirada se ablandó ante mis palabras.

—Sabes que por mi parte no vas a tener ningún problema —aseguró—. Puedes verla siempre que quieras. Eres su padre y estás en tu derecho. —Hizo una pausa y dudó, pero finalmente añadió—: He intentado tener esta conversación contigo durante toda la semana, pero tú no estabas por la labor.

Tenía razón, pero los últimos días para mí habían sido un calvario. Estaba indignado con ella y con el mundo.

—Lo sé, Ana, pero créeme, habría sido peor. Estaba demasiado enfadado.

Ana se llevó una mano al corazón. Sus ojos se tornaron más oscuros y tristes.

—Leo, yo... de veras siento lo que te he hecho —volvió a pronunciar las mismas palabras que la semana anterior—. Comprendo que no me perdones, pero solo quería que supieras que me arrepiento.

La observé pensativo. La conocía a la perfección, era sincera. Pero aún me costaba demasiado pasar por alto que me hubiera mantenido alejado de ellas durante todo ese tiempo. Ana había cuidado sola de Sofia, para bien o para mal. Y yo hubiera dado todo lo que poseía por haber tenido la oportunidad de vivir todos esos momentos junto a ellas.

Me moría por abrazarla, besarla con todo el amor que guardaba en mi interior y decirle que todo estaba bien. Me contuve. No podía, una parte de mí, marcada por el rencor me lo impedía.

—Ahora mismo lo único que me importa es que me dejes formar parte de su vida —le dije con voz cansada—. Quiero que ella sepa que soy su padre.

Ana agachó la cabeza para que no pudiera verla, pero fue inútil, vi cómo sus ojos se empañaban y me sentí cruel por provocarle esa desdicha.

—Claro —afirmó, aclarándose la voz—. Si quieres ven a casa esta noche y se lo contamos entre los dos.

Me dolían los brazos por enjugar sus lágrimas, aun así solo fui capaz de asentir. Me quedé paralizado, desconcertado por todas las emociones diferentes que se agolpaban en mi interior.

—Allí estaré.

Varias horas más tarde me dirigí a casa de Ana. Estaba nervioso por conocer la reacción de Sofia cuando supiera que yo era su padre. Ese sería el primero de muchos momentos especiales que iba a compartir con ellas, eso me hinchaba el pecho de orgullo.

Llamé a la puerta y me abrió Sofia, con su habitual desparpajo. Me tranquilizó saber que Ana solo le dejaba abrir la puerta cuando esperaba que fuera alguien conocido.

—Hola, peque —le dije, levantándola en brazos para darle un sonoro beso en la mejilla.



—¡Leo! —gritó alegre—. Ha dicho mamá que te quedarás a ver dibujos. ¿Lo harás?

Mi hija. Cada vez que la contemplaba me quedaba embelesado, todavía me invadía la incredulidad ante la idea de haber creado esa preciosa vida.

—Si tú quieres, me quedaré.

—¡Sí! Porfi —rio la niña.

Ana se asomó desde las escaleras. Estaba tensa y tenía los ojos enrojecidos, pero forzó una sonrisa al verme.

—Pasa —me alentó—. Hemos hecho palomitas y ahora íbamos a poner la peli de La Cenicienta, ¿verdad, Sofía?

Sofía asintió. La dejó en el suelo con cuidado y me agarró la mano, tirando de mí para que me sentase junto a ella en el sofá.

—¿Quieres? —me preguntó, arrimándose el bol de palomitas.

—Claro. —Acepté su ofrecimiento, mientras Ana se acercaba a nosotros.

Cuando llegó, se agachó apoyándose en las rodillas de Sofía y la contempló con dulzura. Luego me miró a mí, indicándome que era el momento.

—Antes de ver la película, Leo y yo tenemos que contarte algo —le dijo a la pequeña, quien la miró intrigada.

—¿Qué es, mami?

Ana puso una de sus manos sobre la mía, en señal de complicidad, y aquello me provocó un escalofrío por la espalda.

—Verás —explicó, buscando las palabras adecuadas—. ¿Recuerdas que siempre que me preguntas quién es tu papá yo te digo que tengas paciencia porque algún día te lo enseñaré?

Sofía abrió mucho los ojos.

—Sí.

Ana sonrió ante la sorpresa y el entusiasmo de la niña.

—Pues tienes que saber que tu papá es Leo —le comunicó y su voz sonó extrañamente ronca.

La miré y vi que intentaba contener la emoción, pero se rompió al escuchar el sonido de asombro que emitió Sofía.

—¿De verdad Leo es mi papi? —La niña se puso en pie en el sofá y caminó titubeando los pasos que nos separaban, para lanzarse finalmente a mis brazos con más seguridad.

Reí y la acuné con fuerza. No me salían las palabras y solo pude apretarla aún más contra mí, mientras contemplaba el rostro de Ana, que trataba de contener las lágrimas y apartaba la cara con timidez.

Sin lograr reprimirme, estiré el brazo para alcanzar el de Ana y tiré de ella hasta que se unió a nuestro abrazo. Solo así me sentí completo.

Mi familia. Las dos partes de mi alma que faltaban, sin las que ya no podría vivir, por muy enfadado que estuviera.

## Capítulo 38

### Te lo agradezco, pero no

~Ana~

Entre Leo y yo se había establecido una tregua temporal. Ninguno mencionaba lo ocurrido, pero nos tratábamos con cordialidad sin más. Bueno, en realidad nos comportábamos como padres divorciados a los que no les queda más remedio que verse por sus hijos.

Leo se acostumbró a visitar todas las tardes a Sofía en casa de su abuela, después me la acompañaba hasta mi casa a la hora de cenar y él se marchaba.

Al menos me gustaba que compartiera con ella esos ratos, como también verlos juntos, con la complicidad que se había creado entre los dos.

Sin embargo, conmigo guardaba las distancias, aparte del día que le contamos a Sofía que Leo era su padre, ya no se había acercado a mí, solo lo justo y necesario. Pero yo lo echaba tanto de menos que ni siquiera lograba conciliar el sueño. Que regresara a mi vida había sido tan bonito, que ahora mi corazón no concebía ninguna otra opción. Lo extrañaba con todo mi ser.

Mi móvil comenzó a sonar.

—¿Marta? —pregunté, extrañada—. ¿No se supone que estás disfrutando de tu luna de miel?

—Hola, cariño —me saludó—. ¡Sí! Y Roma es tan preciosa como me dijiste. ¡Qué maravilla de ciudad!

—Sabía que te iba a encantar.

—Bueno, vamos al grano, que no tengo mucho tiempo para hablar mientras Pablo ha bajado a comprarme un helado, y tienes que explicarme bien eso que ponías en tu E-mail —soltó sin tapujos.

Bufé.

—¿Te refieres a Leo, verdad? —inquirí.

—¡Pues claro!

—No hay mucho más que contar, Marta —manifesté, abatida—. Se lo confesé y él no me perdona que se lo haya ocultado durante tanto tiempo.

—Lo hará. Te quiere demasiado.

—No lo creo, ni siquiera consiente hablar conmigo del tema. Me esquivaba, no quiere verme —le relaté.

—No te desanimes, preciosa —intentó alentarme—. Lucha por lo que deseas. Ahora tengo que dejarte, que acaba de llegar Pablo y se me va a derretir el helado.

Solté una carcajada.

—Venga. Pasadlo bien, pareja —la despedí.

—*Ciao, bella* —me dijo, imitando el acento italiano.

Quizá Marta tuviera razón y no debía darme por vencida con tanta facilidad. Igual, si perseveraba en mi intento por conseguir nuevamente su confianza, lo podría conseguir. Pero ¿cómo?

¿Y si sacaba mis armas de seducción? No es que yo tuviera mucha experiencia en ese terreno, pero sí sabía lo que complacía a Leo. ¿Por qué no intentarlo? Decidida a reconquistar su amor, me propuse volverlo loco resaltando todas las cosas que sabía que le gustaban de mí. A ver quién ganaba esa batalla.

Esa noche, al llegar a casa me duché y me puse un sencillo pero informal vestido de tirantes que sabía que me sentaba bastante bien; me recogí el pelo en un moño alto y esperé hasta que el timbre de la puerta sonó, como era costumbre desde hacía un par de semanas.

Ante mí apareció el rostro sonriente de Sofia, que llegaba de la mano de su padre. El corazón me dio un vuelco, como siempre que lo veía llegar. Era el único momento del día que podía disfrutar de su presencia, pues lo habitual era que me evitase a toda costa cuando estábamos en el resort.

—Mamá, ¿sabes qué? —soltó la niña, con tanto entusiasmo que se olvidó de saludarme.

Me agaché para darle un beso, al tiempo que los insté a que entraran.

—Hola, cariño. Te echaba de menos. —Me incorporé y sentí la mirada de Leo sobre mí, pero continué charlando con Sofia—. ¿Qué tengo que saber? Dime.

—Leo me ha prometido que me llevará al Parque Warner.

Todavía no lo llamaba papá, continuaba dirigiéndose a él por su nombre, pero yo sabía que no tardaría en hacerlo, ya que el día anterior Sofia me preguntó si podría decirle papá algún día. Por supuesto, le respondí que debería intentarlo porque estaba segura de que a él le encantaría.

—Hola, Ana —me saludó Leo, que no quiso pasar más allá de la entrada—. Yo me marcho ya, solo vine a traerte a Sofí.

Lo observé con cautela, debatiéndome entre invitarlo a pasar nuevamente, o dejar las cosas como estaban, al igual que había hecho hasta ese instante. Pero me armé de valentía y lo hice.

—Pasa, Leo. No te vayas aún, por favor. —Y dirigiéndome de nuevo a la niña, añadí—: A ver, contadme los dos qué es eso de ir al Parque Warner.

Leo asintió con la cabeza y entró, aunque noté que no estaba cómodo. Era extraño tenerlo allí con esa tirantez, después de haber compartido juntos muchos momentos de complicidad durante las semanas anteriores.

—Si no te importa, me gustaría llevarla este fin de semana —me dijo él, como pidiéndome permiso.

Fijé la vista en sus ojos. Una oleada de anhelo se apoderó de mí. Lo echaba tanto de menos...

—Sí, por supuesto —me aclaré la garganta—. Ya sabes que por mí no hay problema.

—Pero tú también vendrás, ¿no, mami? —preguntó Sofia.

Sin apartar los ojos de Leo, respondí, tratando de no ponerlo en un aprieto.

—Yo no puedo, bichito —le conté—. El sábado por la noche tendré mucho trabajo en el restaurante.

—Jo, yo quiero que vengas —protestó la pequeña.

Fui a contestar, pero Leo se adelantó.

—¿Por qué no? Puede ser un buen momento para dejar la cocina en manos de Julia y así comprobar si es capaz de desenvolverse sola con lo que le has enseñado.

Levanté las cejas, sorprendida por las palabras que acababa de escuchar, aunque indecisa por no ser capaz de descifrar la expresión que mostraba en su rostro.

—Yo... bueno, si queréis que os acompañe...

—Pues no se hable más —me cortó Leo, lanzándome una mirada de ¿alivio?—. El sábado por

la tarde nos vamos los tres a Madrid.

—Sííí —chilló Sofía, encantada.

Volví a sondear los ojos de Leo y solo vi dulzura, aderezada con una leve sonrisa. Me animó ver que comenzaba a desaparecer ese rechazo que había sentido en él durante los últimos días. Quizá me estaba perdonando...

—Yo me encargo de reservar el hotel —me dijo y asentí, todavía sin saber cómo reaccionar ante ese giro de los acontecimientos.

—De acuerdo —acepté con timidez, y en un impulso añadí—: ¿Quieres quedarte a cenar con nosotras? He preparado comida de sobra.

Leo abrió la boca para hablar, pero la niña lo interrumpió.

—¡Quédate, porfa! —le pidió.

Su rostro se enterneció. Yo sabía que no se resistiría a Sofía, cuando ponía la carita del gatito de Shrek siempre se salía con la suya.

—Bueno, vale —suspiró, cediendo ante su hija.

No pude evitar soltar una carcajada, y Leo me miró arrugando el ceño. Pero nos siguió hasta la cocina, donde se sentó frente a la mesa. Añadí un plato y cubiertos para él, con una gran sonrisa en mi rostro.

Sofía parloteaba sin cesar, y de vez en cuando me encontraba con los ojos de Leo que me observaba con una expresión indescifrable.

—Mamá, ¿por qué Leo no vive con nosotras? —soltó Sofía.

Los dos nos miramos, sin saber qué responder.

—Pues... porque él está viviendo en el hotel —Tiré balones fuera.

A ella no le bastó esa explicación.

—Pero el padre de Elena vive con ellas y su hermanito.

Leo me miró, divertido.

«¿Ah, sí? ¿Eso te hace gracia?», me dije mentalmente.

—No sé, pregúntale a él si quiere vivir con nosotras. —Y la niña lo miró, esperando una respuesta.

A Leo se le borró la sonrisa de golpe y me lanzó una mirada indignada.

—Ahora mismo no se puede, peque —intentó excusarse—. Queda mucho trabajo por hacer en el hotel y tengo que estar allí a todas horas por si me necesitan.

«¡Vaya mierda de excusa!», pensé para mí.

—Pues yo quiero que estés con mamá y conmigo —replicó Sofía.

Leo se pasó la mano por el pelo, nervioso.

—A lo mejor más adelante...

Su respuesta me irritó. Lo contemplé con fijeza, intentando transmitirle mi desdén con mi gesto.

—Quizá más adelante no sea posible —espeté, airada—. Pueden ocurrir muchas cosas. —Y aparté la mirada.

Continuamos cenando en silencio, solo Sofía seguía con su incansable retahíla, mientras su padre y yo la escuchábamos con atención, pero a la vez sumidos en nuestros pensamientos.

Leo no se fue tras la cena. Sofía quería enseñarle su colección de princesas Disney, así que los dos subieron a su habitación.

Al cabo de una hora me extrañó que no dieran señales, así que entré en el cuarto de la niña. Me quedé paralizada en el marco de la puerta, al descubrir a Sofía dormida en su cama y Leo a su lado con un cuento en las manos, contemplándola con dulzura.

Sonreí sin poder evitarlo. En ese instante él se percató de mi presencia y me miró.

—Tiene tus labios —afirmó, hipnotizado.

Me acerqué despacio, hasta sentarme al otro lado de la cama, apoyando mi espalda en el cabezal. Sofía continuaba durmiendo entre nosotros, ajena a todo.

—Pero sus ojos son idénticos a los tuyos —le dije en un susurro, para no despertar a la pequeña—. Cuando sonrío le salen las mismas arruguitas que a ti.

Me observó con intensidad, pero tras unos breves segundos se levantó como un resorte.

—Tengo que irme, se hace tarde —murmuró como disculpa, dirigiéndose con premura hacia la puerta.

Lo seguí, confusa por su repentina huida.

Cuando se disponía a salir a la calle, lo llamé, acercándome hasta él.

—No tienes que sentirte en la obligación de vernos si no te apetece —le aseguré, interpretando así su reacción.

Leo suspiró; me miró, comprendiendo mis palabras. Un ramalazo de dolor pasó por sus ojos. De inmediato, levantó su mano y me acarició la mejilla, para acto seguido pegar su rostro al mío. Nuestros alientos quedaron a escasos milímetros, entonces rozó su nariz con la mía.

—No se trata de eso, *cara*. —Su voz sonaba profunda, ronca—. Pero si me quedo más tiempo, ya no tendré fuerzas para marcharme.

No lograba articular palabra, pero finalmente, lo hice.

—No te vayas —le reclamé.

—No me pidas eso, Ana. —Exhaló, derrotado.

Continuamos así unos segundos, pero tras ser testigo de la lucha interna que tenía lugar en su cabeza, me dio un tierno beso en la frente y se fue.

## Capítulo 39

### De aquí a la eternidad

~Leo~

—¿Falta mucho? —preguntó Sofia por enésima vez.

—No, ya estamos llegando. —La voz de Ana sonaba divertida, mientras sostenía el teléfono con el que nos estaba guiando para llegar al hotel sin perdernos—. ¿Ves aquel montón de edificios del fondo? Pues allí es.

Miré a la niña por el retrovisor interior y reí al ver su cara de fastidio. Se había pasado todo el trayecto charlando sin parar, excepto un rato que estuvo cantando el repertorio completo de la banda sonora de La Bella y la Bestia.

Todavía me costaba creer que esa preciosa niña pudiera ser mi hija. Cada vez que la observaba encontraba algo nuevo de Ana o mío en ella y eso me tenía maravillado. Me dolía haberme perdido sus primeros cinco años de vida, pero en ese momento ya solo me importaba permanecer junto a ella durante el resto de mi existencia.

Contemplé a Ana con disimulo durante unos segundos. Resultaba una tortura para mí tenerla tan cerca y no abrazarla, pero me había prometido a mí mismo que no cedería hasta estar completamente seguro de poder confiar en ella. Sentía un miedo atroz a que me volviera a ocultar algo tan importante, o a que se marchasen las dos de mi lado; algo que no podría superar tras saber cómo era vivir junto a ellas.

—Pues ya estamos aquí. —Ana bajó del coche y sacó a Sofia del asiento trasero para niños, manejándose con soltura.

Llevábamos poco equipaje, solo para los dos días que permaneceríamos allí, así que agarré las dos pequeñas maletas y me dirigí al interior del hotel, mientras Ana me seguía con Sofia de la mano.

Había reservado dos habitaciones; una para Ana y Sofia, y la otra para mí. Parecían bastante confortables, aunque supuse que no pasaríamos demasiado tiempo allí, ya que habíamos planeado permanecer en el Parque hasta que cerrasen.

Fue un día inolvidable para los tres, en el que las risas no cesaron. Sofia se subió en todas las atracciones para niños. Disfrutó como si estuviera dentro de un cuento, viendo y haciéndose fotos con todos los personajes que veía. Su carita lo decía todo, y Ana estaba feliz, despreocupada, tan relajada que en varias ocasiones me tomó de la mano sin darse cuenta, aunque no rechacé su contacto.

Anochece cuando nos sentamos para ver uno de los espectáculos al aire libre que tenían lugar allí, pero a Sofia le venció el sueño, quedándose dormida en mis brazos.

—Está dormida como un tronco —corroboró Ana—. Si quieres la sostengo un rato.

—No te preocupes, me gusta tenerla así —le dije—. ¿Es la primera vez que visita un parque de atracciones?

—Sí —me contestó Ana, sonriendo. Y apoyó su cabeza en mi hombro antes de añadir—: Si

tuviera que describir la felicidad, sería este preciso momento —susurró, cerca de mi oído—. Me da igual lo que pase. No pienso irme de tu lado jamás, a no ser que me eches.

Me hacía falta escuchar eso, aunque era consciente de que me costaría mucho superar mi miedo a perderlas. Ya había perdido demasiado durante mi existencia, pero no me quedaba más remedio que arriesgarme porque la otra opción ya no tenía cabida en mi vida.

Permanecí callado, sin contestar a sus palabras. Me quemaban los brazos por abrazarla, pero me contuve. Todo a su tiempo, aún necesitaba algo más.

Sofía se desveló de su sueño con los fuertes sonidos que provenían de la actuación. Se incorporó bostezando, pero comenzó a aplaudir cuando vio a uno de sus superhéroes favoritos en acción, Batman.

—¡Mira, papá! —gritó sin darse cuenta.

Pero yo sí me la di. Todo se borró a mi alrededor tras escucharla llamarme papá. Sonreí como un bobo y desvié la vista hacia Ana, que reía complacida.

—Pues ¿sabes qué? —le pregunté a Sofi.

—¿Qué?

—Que si esto te ha gustado, Disneyland París te encantará.

La niña abrió mucho los ojos y se llevó las manos a la boca.

—¿Has estado allí? —soltó, asombrada.

Reí con ganas.

—No, pero si te portas bien iremos el verano próximo.

—¡Sííí! —jaleó, entusiasmada.

Miré a Ana, que me sonreía mordiéndose el labio inferior. Pero permaneció callada, no supe por qué.

Regresamos al hotel un par de horas más tarde y pedimos la cena en la habitación de Ana. Estábamos exhaustos pero contentos, así que cuando llegó la comida, hicimos una especie de picnic en el suelo, extendiendo un improvisado mantel sobre el que pusimos las pizzas, para regocijo de Sofía. Pero antes de sentarse en el suelo, Ana se dirigió al armario y, ni corta ni perezosa, se deshizo de la ropa que llevaba para ponerse algo más cómodo.

La contemplé levantando una ceja a modo de interrogante, pero ella solo puso un gesto divertido cuando se encontró con mi mirada. ¿Me estaba provocando? Sofía contaba los trozos de pizza que había para cada uno y parecía ajena a lo que sucedía entre Ana y yo, así que me deleité contemplando la espectacular figura de su madre en ropa interior.

Dos gotas de sudor resbalaron por mi frente. Iba a ser una noche complicada, me temía.

—Eso ha sido juego sucio —le susurré, cuando se sentó a mi lado.

—No es nada que no hayas visto antes —manifestó Ana, con falsa inocencia.

¿Conque esas teníamos?

Efectivamente, aquella cena resultó una tortura para mí. Ana estaba decidida a volverme loco, o eso me lo parecía a mí, pues no dejó de tentarme ni un instante. Un roce aquí, una mirada hacia mis labios por allá, una caricia en mi muslo al descuido... Desde luego, sabía bien lo que hacía y lo consiguió.

Cuando terminamos de cenar, Sofía no quiso que me marchase e insistió para que nos tumbásemos a su lado hasta que se durmiera. Me emocionó contemplar su cara de ilusión al vernos a Ana y a mí en cada extremo de la enorme cama, mientras ella estaba en medio. Se encontraba tan a gusto que no tardó ni diez minutos en quedarse dormida.

—Gracias. —La voz de Ana me sorprendió—. Ha sido un día perfecto y sé que no lo va a

olvidar nunca.

Le sonreí.

—No tienes que dármelas —le aseguré—. Para mí también ha sido especial y espero que podamos repetirlo muchas veces —añadí, inseguro.

Pellizqué su mejilla, restando importancia a la conversación, pero Ana desvió la mirada.

—Voy a darme una ducha, ahora que se ha quedado dormida —añadió en voz baja—. ¿Te quedas con ella mientras regreso?

—Claro —afirmé—. Dúchate tranquila, que yo estaré aquí.

Desapareció tras la puerta del baño y al momento escuché el sonido del agua correr.

Era tan sencillo todo cuando estábamos juntos, que me costaba creer cómo se nos había complicado la vida, hasta el punto de mantenernos separados durante tantos años. Quizás el tiempo y las equivocaciones nos habían enseñado una valiosa lección y sirviera para no volver a tropezar con las mismas piedras. Solo era cuestión de dejarse arrastrar y ver hasta dónde nos llevaban nuestros sentimientos. Sin rencores, comenzando de nuevo.

Miré la puerta del cuarto de baño y me di cuenta que Ana no había echado el pestillo. De manera automática me dirigí hacia ella y entré. Cerré con el cerrojo, con cuidado de no hacer ruido. El ambiente de la habitación estaba empañado por el vapor del agua caliente, pero distinguí su preciosa silueta desnuda en el interior de la ducha.

Me aclaré la garganta para llamar su atención y funcionó. Ana se giró y me vio. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa, pero no dijo nada. Durante largos segundos permanecí en silencio, embelesado por su belleza.

—No puedo seguir luchando contra esto —le confesé, cuando logré articular palabra—. ¿Sabes? Nunca volveré a tomar decisiones sin contar contigo —le afirmé en voz queda.

Ella sonrió con timidez.

—Yo tampoco —confirmó.

—Nunca daré por hecho algo que me cuenten sobre ti sin consultártelo antes —le garanticé.

Sonrió ampliamente, mientras el agua caía sobre su cuerpo.

—Ni yo. —Y tras una pausa, añadió—: Tampoco volveré a marcharme de tu lado, jamás. Ni siquiera cuando esté enfadada contigo, y sé que eso ocurrirá con frecuencia. —Ana agachó la cabeza, como si recordase algo—. Pero sobre todo... nunca más volveré a ocultarte algo importante.

La observé con intensidad y me acerqué a ella lentamente. Me deshice de la camisa que llevaba puesta, continué haciendo lo mismo con los pantalones y el resto de la ropa.

—¿Lo prometes, *amore*? —le pregunté en un susurro, mientras me introduje en la ducha, frente a ella.

—Lo prometo.



# Capítulo 40

## Solamente tú

~Ana~

Me besó con dulzura, un roce leve de nuestros labios, aunque le siguió otro más intenso y otro más, esta vez noté su aterciopelada lengua que se abrió paso en mi boca con timidez. Perdí la razón cuando sentí la suavidad de su caricia y enlacé mis brazos en su cuello para atraerlo, para exigirle más.

Lo había echado tanto de menos que me pareció vivir un sueño. Pero era real. Se había presentado allí mientras me duchaba, aceptando mi poco sutil invitación. Ya nada importaba, me había perdonado, me lo transmitía con cada beso, cada vez más profundo, más voraz.

—Has tardado mucho —le reproché, recordando nuestro encuentro en la piscina.

Sonrió y con lentitud me acorraló en la pared de la ducha.

—Mi pequeña revoltosa —susurró mientras me levantaba en sus brazos y se posicionaba entre mis piernas—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Ahora, solo bésame —le pedí.

Y lo hizo.

Mis labios se abrieron, dejando paso a su lengua, iniciando una erótica danza con la mía. Mi cuerpo se tensó al notar su erección presionando en el centro de mi ser y mi corazón se aceleró con una imperiosa urgencia por querer más, mucho más de él. Como si me leyera la mente, comenzó a introducirse en mi interior con lentitud, centímetro a centímetro, provocándome una oleada de placer que recorrió cada célula de mi cuerpo. Gemí quedamente.

—Shhh —me susurró al oído—. No podemos hacer ruido, *amore*. Sofia está en la habitación de al lado.

Me mordí el labio inferior, tratando de acallar mis gemidos, mientras él avanzaba y se retiraba con suavidad, colmándome de gozo. Leo sonrió, sus ojos eran dos carbones ardientes, que me transmitían con su mirada todo el deseo que guardaba dentro de sí.

Mordí su cuello con sutileza, deslizando mi lengua en una lenta caricia, para no soltar un gemido de satisfacción, mientras él me penetraba una y otra vez sin acelerar el ritmo, hasta que tampoco pudo soportarlo más y comenzó a besarme desesperadamente, soltando un jadeo sobre mis labios.

—Nunca tengo suficiente de ti —le confesé en un murmullo.

Sus embestidas se tornaron más profundas e intensas, llevándome a casi tocar el cielo, devorando cada centímetro de mi piel al que tenía acceso, acariciándome con su aterciopelada lengua.

—Córrete para mí, *amore* —me exigió, provocándome un placer tan potente que tuve que besarlo con fuerza para que no se escapase un grito de mis labios, mientras se introducía en mí, empujando cada vez más duro, hasta llevarme al límite para finalmente hacerme alcanzar un orgasmo tan intenso que no pude evitar explotar en un gemido. Leo me siguió, con sus ojos fijos en

los míos, derramándose en mi interior, culminando con una larga embestida y un jadeo que no logró reprimir.

Siguió repartiendo besos por mi rostro, susurrándome palabras de amor. El grifo de la ducha continuaba mojándonos, pero no nos importó. Tras unos minutos, Leo me soltó de sus brazos, con delicadeza me ayudó a salir de la ducha y me envolvió en una toalla.

En silencio, nos secamos y nos vestimos con algo de ropa, después me tomó de la mano con ternura, y me llevó hasta la cama que estaba en la habitación contigua. Sin soltarme, él se situó a un lado de Sofía y yo al otro. Así nos quedamos dormidos, con nuestra hija en medio, hasta la mañana siguiente.

Me despertó la voz de Leo. Eché un vistazo y vi que no estaba en la cama, así que me levanté para ir en su busca. Lo encontré de espaldas, frente a la puerta de la habitación de hotel, sosteniendo el móvil en la mano. Me di la vuelta para regresar a la cama, pero escuché algo que me llamó la atención.

—No, solo quiero terminar esto cuanto antes —dijo Leo con impaciencia. Tras un breve silencio en el que supuse que hablaba su interlocutor, continuó—: Necesito esos papeles con urgencia. Me iré mañana y daré por zanjado este tema.

Mi corazón dio un vuelco. ¿A qué papeles se refería Leo? ¿Se iba a marchar al día siguiente? No entendía nada, pero sus palabras me dejaron en un estado de inquietud del que no logré deshacerme en todo el día.

Cuando Sofía despertó, desayunamos en la cafetería del hotel y partimos hacia Canaleja de vuelta.

Leo apenas me dirigió la palabra. Se mostraba pensativo, serio, como si algo le preocupase en exceso. Por más que intenté conversar sobre temas banales, solo obtuve respuestas escuetas y secas.

No mencionó nada sobre lo ocurrido la noche anterior, ni tan siquiera me regaló un gesto de complicidad o cariño. Tampoco a Sofía, pues parecía ausente cada vez que la niña le preguntaba algo, tardaba bastante en responderle. A medida que transcurrían las horas mi alarma aumentaba. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había cambiado su actitud con nosotras?

Llegamos a la aldea unas horas más tarde. Leo aparcó el coche frente a mi casa y nos ayudó a introducir las maletas.

—Tengo que solucionar unos asuntos, pero si no te importa me gustaría pasarme esta noche por aquí para veros —me comunicó con expresión solemne.

—Claro, ven cuando quieras —atiné a responder—. Hasta mañana no tengo que trabajar, así que estaremos en casa.

Pellizcó mi mejilla y me dio un leve beso en la punta de la nariz, luego levantó a Sofía en brazos y le dio un sonoro beso en la cara.

—Nos vemos después —aseguró.

Se metió en el coche y se fue, sin más.

El tiempo parecía haberse detenido, las agujas del reloj no avanzaban, mientras mi mente inventaba toda clase de disparates para hallar una explicación a la actitud de Leo.

La noche anterior me dio a entender que todo se había solucionado entre nosotros, que retomábamos nuestra relación, pero en esos momentos ya no tenía nada claro. Leo había dicho a quien fuera por teléfono que se marcharía, y eso me sumió en un estado de desasosiego del que permanecí en bucle, sin poder salir de él. ¿De verdad nos iba a abandonar otra vez? Ahora que las cosas parecían encauzarse al fin...

Anocheecía cuando oí el timbre de la puerta. Abrí para encontrarme con el rostro animado de Leo. Sonreí, aliviada.

—Pensé que ya no vendrías —le confesé—. Pasa.

—Se me han complicado un poco las cosas —me explicó. Enlazó su brazo a mi cintura y me besó en los labios—. Te echaba de menos —murmuró cerca de mi oreja.

Eso me tranquilizó. En sus ojos vi sinceridad, una ternura que me provocó una descarga eléctrica por la espalda. Con toda seguridad, mi inquietud había sido infundada por culpa de mi imaginación. Leo se mostraba tan amoroso como era habitual en él.

No pregunté sobre esos misteriosos asuntos que tenía que resolver.

—¿Dónde está mi pequeña *bambina*? —preguntó acercándose a Sofía, que no dudó en echar a correr hacia él.

—¡Aquí! —soltó, cantarina—. Leo, ¿sabes qué? —Le costaba acostumbrarse a llamarlo papá.

—¿Qué?

—Mi madre dice que eres el mejor jugando a los videojuegos y que me vas a ganar todas las partidas, ¿a que no es verdad? Yo siempre gano.

Leo soltó una sonora carcajada.

—Tu madre exagera porque es un paquetillo con estas cosas —le dijo en voz baja, pero lo oí—. Venga, demuéstreme lo que sabes hacer con el mando.

—Oyeee —le regañé—. ¿Qué es eso de paquetillo? Pues os vais a enterar los dos —les dije, y me uní a ellos en la partida.

Al contrario que el día, la noche transcurrió a una velocidad increíble. Me encantaba observarlos relajados, viendo una película en el sofá, mientras Sofía se apoyaba en su padre y se esforzaba por no cerrar los ojos, vencida por el sueño.

Leo y yo no habíamos hablado de lo ocurrido en el hotel, ni tampoco pregunté por la misteriosa llamada. Pero me bastaba con disfrutar del presente, sin pensar en nada más.

Cuando Sofía se quedó profundamente dormida, Leo la llevó hasta su habitación, la arropó con mimo, contemplándola durante minutos.

Salió del cuarto y dirigió sus pasos hacia mí, que lo esperaba apoyada en la barandilla de la escalera. De improviso, me besó. Un beso lento y húmedo que prometía una larga noche en vela...

—¿Te apetece quedarte? —pregunté.

Sonrió.

—¿Quieres que me quede? —me replicó.

Reí al darme cuenta que me pasaba la pelota a mí.

—Quiero que te quedes —confesé en un susurro—. ¿Y tú?

—Nada me gustaría más —me confirmó. Depositó un dulce beso en mis labios, tomándome de la mano para entrar en mi habitación y cerrar la puerta.

# Capítulo 41

## Más que palabras

~Ana~

Desperté entre un revoltijo de sábanas, pero al mirar a mi lado vi que estaba vacío. Leo ya se había levantado, así que me hice la remolona, hasta que escuché los pasitos de Sofia por el pasillo. Entonces me vestí y me encontré con ella al pie de las escaleras.

—¿Tienes hambre, bichito? —le pregunté, depositando un beso en su mejilla.

—Un poco.

—Bajemos —la insté—. Seguro que Leo nos ha preparado el desayuno.

Sofia me miró sonriendo.

—¿Ha dormido aquí?

Reí, asintiendo con la cabeza. Se estaba acostumbrando a verlo con demasiada frecuencia, eso en parte me daba miedo porque no quería que se sintiera decepcionada si en adelante las cosas eran distintas. Antes debía mantener una seria conversación con Leo.

—Sí, cariño, anoche durmió en casa.

Al entrar en la cocina me sorprendí cuando la encontré vacía. Leo no estaba. ¿Se había ido sin avisarme? Qué extraño. Durante un par de horas no pensé más en el asunto, pues supuse que se habría marchado para ducharse y cambiarse de ropa, antes de comenzar a trabajar.

Cuando estuvimos preparadas nos encaminamos hacia casa de Emilia, como cada día.

—Buenos días, mi niña bonita —saludó Emilia a Sofia—. Pasad, estaba en el huerto, haciendo tiempo hasta que Leo venga a recoger esto.

Enmudecí cuando vi que Mili señalaba una gran maleta.

—¿Para qué quiere Leo eso? —inquirí con voz estrangulada.

—Pues no lo sé, hija. —Se encogió de hombros—. Pero me ha dicho que en media hora pasaría a por ella y que tenía prisa porque se le hacía tarde.

Todas las alarmas saltaron en mi mente.

—¿Hoy no va a trabajar? —le interrogué.

—No me ha explicado mucho más, pero creo que no, ya que ha ido a por su coche y se va a no sé dónde.

Recordé la conversación telefónica que escuché en el hotel y mi corazón se paró. No era posible. Leo no podía abandonarnos así, sin avisar, dejando las cosas en el aire entre nosotros. Pero, ¿y si lo sucedido durante las dos noches anteriores no era otra cosa que una despedida?

Me olvidé de respirar.

—Yo... tengo que irme, se me hace tarde —dije, antes de darle un beso a Sofia y encaminarme hacia la puerta.

Salí a la calle, pero tuve que apoyarme en la pared para tomar aliento. ¿Acaso no significábamos nada para Leo? Pensaba salir de nuestras vidas sin titubear, sin siquiera despedirse de nosotras.

No. No lo permitiría. Con decisión, crucé la calle y me dirigí a mi coche. Me subí y cerré la puerta con fuerza. Estaba enfadada, indignada y con el corazón roto en mil pedazos. Pero eso no quedaría así.

Conduje el coche hasta la carretera de salida de la aldea, allí aparqué en un lateral, a la espera de ver aparecer a Leo. Veinte minutos más tarde, vi que se acercaba un todoterreno; era él.

Me paré en mitad del camino, con los brazos cruzados y no tuvo más remedio que frenar su coche para no atropellarme. Acto seguido, Leo se bajó hecho un basilisco, pero se sorprendió al descubrir que se trataba de mí.

—¿Qué demonios haces, Ana? —espetó, furioso—. He estado a punto de llevarte por delante con el coche.

Mi ira aumentaba por momentos. ¿Qué hacía yo? El muy... cabrón tenía la desfachatez de hablarme en ese tono, cuando era él el que se marchaba de nuestras vidas otra vez.

—Ni se te ocurra hablarme como si estuviera loca —le espeté—. Eres un idiota sin sentimientos. ¿Es que no significamos nada para ti? —Me acerqué a él, apuntándolo con el dedo índice—. No tienes corazón.

Leo levantó las cejas y se colocó las gafas de sol en la frente. Se quedó sin habla, dando un par de pasos hacia atrás.

—¿De qué estás hablando, Ani?

—No te hagas el inocente. Sé perfectamente que planeabas dejarnos. —No pude reprimir mis lágrimas—. La conversación por teléfono, la maleta... Pensabas irte sin mirar atrás, ¿verdad? Pues esta vez no te ha salido bien la jugada. Esta vez vas a escucharme —le aseguré—. Llevo enamorada de ti más de la mitad de mi vida; me rompiste el corazón y aun así te seguí queriendo. —Hice una pausa para limpiar las lágrimas que resbalaban por mis mejillas—. Sí, te oculté la existencia de Sofía, pero no fue para hacerte daño, lo hice para que no me volvieras a romper el corazón, ni a mí, ni a ella. Y ahora lo vas a hacer. ¿Cómo crees que se va a sentir tu hija cuando descubra que no te importa una mierda? He hecho todo lo que he podido y más para que me perdones, pero no ha servido de nada.

Leo me observaba, boquiabierto.

—¿Has terminado? —preguntó en voz queda.

—No he terminado —grité—. Porque no quiero que te vayas y vuelvas a dejarme otra vez. Porque casi me muero de pena cuando te marchaste, y ahora es todavía peor. Te quiero, Leo y no quiero perderte de nuevo.

Y lloré con rabia, con amargura, con el alma partida en dos.

Leo se acercó con los brazos en alto, en señal de paz. Su rostro se mostraba desenchajado. Al llegar junto a mí, me abrazó, a pesar de mi forcejeo para que no lo hiciera. Pero logró apretarme con fuerza entre sus brazos.

—Shhh, ven aquí, *amore*. —Besó con ternura mi coronilla—. Escúchame, ¿vale? —me pidió con la voz ronca—. No me voy a ninguna parte. Bueno sí, pero no es lo que piensas, ¿entiendes? —Suspiró, sonoramente—. Llevo varios días en contacto con mi abogado porque quiero iniciar los trámites para reconocer legalmente a Sofía como mi hija.

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —murmuré, sondeando su mirada, aún compungida.

—Totalmente —afirmó besando mi frente—. ¿De verdad pensabas que os iba a dejar cuando por fin he conseguido recuperaros? No te va a resultar tan fácil perderme de vista, *cara*. Jamás me volveré a separar de vuestro lado.

—¿No te ibas, entonces?

Enmarcó mi rostro con sus manos y me besó con suavidad.

—No, *amore*. Cuando te dije que quería pasar todos los días de mi vida contigo, lo decía en serio. No quiero estar ni un día más sin verte, ya he perdido demasiado tiempo sin ti. —Volvió a besarme, más profundamente—. *Ti amo, dolce principessa*. Para siempre.

—¿De veras me quieres? —pregunté, insegura.

—Más que a nada —expresó, y puso mi mano sobre su corazón—. ¿No lo sientes? Late por ti. Sonreí con timidez.

—¿Por qué no me has dicho lo que pensabas hacer? ¿Y la maleta? —dudé.

Soltó una carcajada, a pesar de la tensión del momento.

—La maleta es de mi abogado, me la dejó hace unos meses e iba a llevársela para devolverla. Y no te he dicho nada porque quería darte una sorpresa al reconocer a Sofía.

Me mordí el labio inferior, avergonzada.

—Todo lo que te he dicho hace un momento...

Rozó de nuevo sus labios con los míos, transmitiéndome un amor tan puro, que creí estar soñando.

—Olvidalo, Ani. Es nuestro turno, vamos a comenzar una vida los tres juntos, aquí, sin importarnos nada más. —Llenó mi rostro de besos—. Eso me recuerda... ¿Vas a casarte conmigo, o no?

Arrugué la nariz, haciéndome la interesante.

¿De verdad tengo que responder a eso ahora? —Hice una pausa para tomar aire—. Lo pensaré.

Leo rio con ganas y continuó besándome.

—¿Me acompañas, *amore*?

# Epílogo

~Ana~

*Un año más tarde*

Depositó con cuidado la foto de la ecografía sobre la losa de piedra y me senté en el suelo, frente a la estatua.

—Hola, Claudia —saludé mirando la figura de piedra—. He venido para presentarte a tu segunda nieta. ¿A que es preciosa? —le dije, acariciando mi abultado vientre—. Se va a llamar como tú. —Reí al recordar algo—. Leo ha comenzado a ponerme los auriculares en el abdomen con tus canciones favoritas y no te imaginas la cantidad de patadas que da el bebé cuando las oye. Creo que vamos a tener otra rockera en la familia.

Hacía solo tres meses que me había enterado que estaba embarazada, para regocijo de Leo y fastidio de Sofía, ya que no le había hecho especial ilusión saber que venía en camino una hermanita. Todavía no tenía demasiada barriga, pero ya comenzaba a notarse.

—¿Sabes? Las cosas entre Enzo y Leo están mucho mejor. Se llaman casi todos los días y durante las vacaciones siempre solemos reunirnos, ya sea en Italia o en España. —Hice una pausa, mirando al cielo—. Me gustaría que pudieras ver la bonita familia que has creado.

Dos semanas antes habíamos llegado a Roma para disfrutar de unos días de descanso, aunque más que descansar parecía todo lo contrario, ya que el torbellino de Sofía solo quería visitar sitios divertidos para conocer la ciudad donde había nacido su padre.

—Por cierto, Enzo tiene novia nueva, pero me parece que esta sí va a ser la definitiva. Lo he visto muy enamorado. Se llama Allegra y es bastante simpática. A Sofía le ha caído bien, han hecho buenas migas. Yo creo que esta sí te gustaría para Enzo.

Leo y yo continuábamos al frente del hotel de Canaleja. Vivíamos en el caserío de mi familia, pero pronto tendríamos nuestro propio hogar, pues Leo se había empeñado en ello. Meses atrás compró un gran solar en el que habían comenzado a construir la vivienda, muy cerca de la de Emilia.

—Bueno, creo que va siendo hora de marcharme. Leo y Sofía me están esperando en el coche para ir al *Castello di Lunghezza*. Es la tercera vez que vamos, pero a Sofía le gusta tanto, que cada vez que regresamos a Italia tenemos que llevarla.

Acaricié la escultura y le lancé un beso para despedirme.

—Hasta la vuelta, *mamma* Claudia.

~Leo~

Esta vez no se negaría, aunque mis nervios me traicionasen y la inseguridad me pasara factura una vez más.

—Ya viene, papi —me informó Sofía, que observaba entusiasmada desde la ventana del coche. Me tensé, pero arranqué el coche mientras Ana caminaba desde la entrada del cementerio hasta

donde nos encontrábamos.

—¿Preparada? —le pregunté a Sofi, buscando sus ojos a través del espejo retrovisor.

—¡Adelante! —contestó eufórica.

—Pues vamos allá —Me giré para guiñarle un ojo a la niña, que permanecía en el asiento trasero del vehículo.

Un rato más tarde nos abríamos paso entre el gentío para acercarnos a la Fontana di Trevi, que en esa época del año estaba abarrotada de turistas. Con dificultad, tras unos minutos, logramos llegar hasta la barandilla de hierro.

—De verdad que no entiendo por qué tanto empeño en venir aquí hoy, con el calor que hace y la cantidad de gente que hay estos días —protestó Ana—. ¿Por qué no seguimos con los planes iniciales y vamos al *Castello di Lunghezza*?

—A Sofi le hacía ilusión —le expliqué, encogiéndome de hombros, mirando con complicidad a la pequeña.

Tras unos segundos contemplando la preciosa fuente, respiré hondo y traté de concentrarme en lo que me disponía a hacer. Tomé la mano de Ana y me arrodillé frente a ella. Un murmullo de asombro se escuchó entre la multitud, que empezaba a darse cuenta de lo que sucedía ante sus ojos. Intenté olvidarme de los flashes de los turistas que relampaguearon sobre nosotros y fijé mis ojos en los de Ana, que asustada no cejaba de otear a un lado y a otro, sin saber qué ocurría.

—¿Se puede saber por qué nos mira todo el mundo? —preguntó, sin percatarse aún de lo que estaba pasando.

—*Cara*, mírame —le pedí. Cuando lo hizo, agrandó sus ojos por la sorpresa, le sonreí y tendí mi mano con la cajita abierta; dentro había un precioso anillo de oro blanco con brillantes—. ¿Te casarás conmigo? —inquirí con un nudo en la garganta.

Sofía se llevó las manos a la boca y prorrumpió en carcajadas. Pero a los pocos segundos, emocionada, comenzó a lanzar sobre nosotros los pétalos de rosa que portaba en sus bolsillos.

Ana se ruborizó de pies a cabeza.

—No me puedo creer que me hayáis tendido esta trampa —nos reprochó, pero una sonrisa asomaba a sus labios—. ¿Qué puedo decir? Claro que sí —aceptó, con los ojos empañados—. ¿Cómo voy a negarme con semejante proposición?

El gentío aplaudió, lanzando palabras de entusiasmo. A su vez, me incorporé y levanté a Sofía en brazos, para envolver entre los dos a Ana, estrechándola con suavidad.

—Ahora sí. Ya no te escaparás de mi lado —le manifesté, divertido.

Ana suspiró.

—Al final te has salido con la tuya, ¿eh? —me echó en cara.

—Siempre —le confirmé riendo.

Y entonces la besé, mientras Sofía posaba sus brazos sobre nuestros hombros y nos apretaba con firmeza.